

AÑO XXXI.

Agosto y Septiembre de 1900.

Núms. 2 y 3.

# REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS.



50  
SEPTIEMBRE

1900



Y BIBLIOTECA · · · · · ESPÍRITISTA

ADMINISTRACIÓN: CORTES 209, Principal. — BARCELONA (ESPAÑA.)



## MISCELANEA

Aprovechando el espacio que en estas cubiertas nos dejen libres las atenciones de anuncios y asuntos administrativos, insertaremos á título de **Miscelanea** toda clase de trabajos de materia diversa é independiente del texto de la REVISTA, pero que sean de reconocida utilidad.

Entre ellos figurará con el título de

### PERSONAJES HISTÓRICOS

una serie de esbozos biográficos de los principales hombres de todas las naciones desde la más remota antigüedad. Del estudio sintético que haremos en este sentido se verá que en medio de las supersticiones más ridículas y de los sistemas más absurdos, se ha engrandecido siempre el dogma de la inmortalidad del alma, que han reconocido y proclamado todos los hombres de talento. Otra sección no menos importante por su amenidad é interés será la de

### CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

que ha tomado á su cargo nuestro estimado director Sr. Navarro Murillo, y para la cual tenemos ya en cartera abundancia de original. El estudio del Planeta en que vivimos hecho á *retazos* ocupará la mayor parte: siempre hemos creído que los conocimientos geológicos, aún adquiridos en forma entretenida y agradable son un auxiliar poderoso para el estudio del Espiritismo y sus derivados.

Con las dos secciones apuntadas ó sean *Personajes históricos* y *Curiosidades científicas*, alterarán en estas páginas de **Miscelanea** otros trabajos, siempre escogidos entre aquellos que según nuestra modesta opinión comprendamos hayan de ser útiles y agradables al lector.

### PERSONAJES HISTÓRICOS

#### ORÍGENES

DE LA ESCUELA CRISTIANA DE ALEJANDRÍA.—ANALOGÍA DE SUS DOCTRINAS CON EL ESPIRITISMO DE ALLAN KARDEC

Orígenes floreció á la par de Ammonius, Plotino, y S. Clemente.

Sus libros y fama se extendieron por Arabia, Siria, Copadocia, y Grecia.

Profesor desde joven, era muy instruido en las escrituras.

Fundó la Escuela exegética de Cesárea. A imitación de esta se fundaron después en Siria las Escuelas de Antioquia, Edesa, y Nisibis, mantenedoras de una exégesis esclarecida, que tomaba el *sentido natural* de las palabras. Estas escuelas se llamaron *antialejandrinistas*, *antiflonianas*, *antiorigenistas*, *antialejandrinas*. Mantuvieron el *Monofisismo*.

Orígenes aceptaba: la magia y astrología; la intervención y protección

de *espíritus protectores*, que nos ayudan para la perfección (*L. de los Espíritus*, párr. 489 y ss.); las Misiones de los espíritus, que velan por un pueblo ó villa, por la poesía, la geometría, las artes y ciencias, (*Idem*, párrs. 521, 584 &); la *Preexistencia* del alma, á la que son debidas las *desigualdades humanas*; la *Vida futura* en ascenso hacia la perfección; y en fin, el *Cuerpo celeste*, llamado entre los neoplatónicos *vehículo neumático*.

Fué ecléctico como su época.

Como cristiano, excusado es decir que admitió la existencia de Dios.

Escribió contra Marcion y contra Celso.

La Ortodoxia condenó sus doctrinas.

N. M.



CORRESPONDIENTES A LA

## BIBLIOTECA ESPIRITISTA

se reparten con el presente cuaderno los

Pliegos 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19 y 20, páginas 97 á 160 de la obra

## EL INFIERNO Ó LA BARQUERA DEL JÚCAR

LEYENDA ESPIRITISTA OBTENIDA MEDIANÍMICAMENTE

en el «Grupo LA PAZ» de Barcelona.

El pliego final de esta obra formara parte del próximo cuaderno

### ÚLTIMA OBRA TERMINADA

**LA MÉDIUM DE LAS FLORES**, por EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT.  
Investigaciones hechas por el «Grupo Marietta» de Madrid.—*Pneumatografía, Biorporeidad, Materializaciones, Aportes y Otros fenómenos espiritistas.*—  
Única edición para la venta: 500 ejemplares numerados. Precio: 3 pesetas.

### OBRAS EN PUBLICACION

**La ciencia espírita.** (Estudios espiritistas), por D. Manuel Sanz Benito. (Se ha repartido hasta la página 16).

**Historia crítica del Gnosticismo**, y de su influencia sobre las sectas religiosas y filosóficas de los seis primeros siglos de la Era cristiana, por M. Jacques Mattey, Inspector general de la Universidad de Francia.—Obra premiada por la Real Academia de Inscripciones y Bellas Letras. Fragmentos de traduc-

ción libre, por Manuel Navarro Murillo. (Se ha repartido hasta la pág. 40).

**El infierno ó la barquera del Júcar.**—Leyenda espiritista obtenida en el «Grupo LA PAZ» de Barcelona. (Se ha repartido hasta la página 160).

**Una excursión por el Infinito.** Vivir-Morir-Renacer, por Ed. Grimard. Versión española por D. Juan Juste. (Se ha repartido hasta la página 40).

### OBRAS EN CARTERA (PREPARADAS PARA LA PUBLICACIÓN)

**Los Grandes Misterios**, por Eugenio Nus.

**La Cristiada**, drama medianímico.

**Teoría de los Fluidos.**—Dictado medianímico.

**Lenguaje de redención**, novela espiritista, por D. Miguel Gimeno Eito.

**Introducción al Estudio del Espiritismo**, por la redacción de la «Revista de Estudios Psicológicos.»

**Las Leyes de la Vida**, segunda parte de «La Nueva Doctrina», por Rogerio Walt.

**El Cristianismo Histórico y el Gnóstico**, por Geralt Massey.

**El Jesús histórico y el Cristo mitológico**, por Geralt Massey.

**Compendio elemental de Espiritismo para los niños**, por Daniel Grang.

**La Bruja ó Cuadro de la Corte de Roma.**—Novela hallada entre los manuscritos de un respetable teólogo, grande amigo de la Curia Romana, por D. Vicente Salva.

**La Cuestión Social según el Espiritismo**, por Manuel Navarro Murillo.

**Memorias de un fraile.**—Dictado medianímico, obtenido por D. J. Antonio Almasqué.

**La Ciencia de la vida ó la Caridad en acción.**—Notable obra medianímica dictada al Centro Perseverancia de Sancti Spiritus.

**Fatalismo de la Expiación.**—Medianímica.

**Diálogo entre un Espíritu y su guía.**—Medianímica.

**La Misericordia es la Justicia en su más elevado concepto.**—Opúsculo.

Ayuntamiento de Madrid  
Y OTRAS QUE SE IRÁN ANUNCIANDO



# MISCELÁNEA

## CURIOSIDADES CIENTÍFICAS

### Acciones del viento.

Las arenas saharianas son transportadas á Italia y mitad del Océano.

El África septentrional, Europa meridional y latitudes análogas de Asia, han sido teatro de transportes de organismos microscópicos, en especial diatomeos, de color rojo y origen desconocido, fenómeno designado como "Lluvias de Sangre".

En 1823, durante un huracán en la Guadalupe, una plancha de madera de 2 centímetros, ó más, de gruesa, atravesó un tronco de palmera de 0<sup>m</sup>,40. Restos de muebles fueron transportados á Montserrat por encima de un brazo de mar de 80 kilómetros.

Las calcáreas del Sahara se pulimentan como el mármol por las arenas y el viento, y los camellos no pueden marchar.

Las cenizas del Vesubio, en 472, se esparcieron hasta Constantinopla; y las de los volcanes de Islandia, en 1875, cayeron en las calles de Stokolmo, después de un recorrido aéreo de 1900 kilómetros.

En América del Norte el azote de arenas y viento redondea las cuarcitas y calcedonias; deja en salientes los cristales duros del basalto y el traquito, ó surca las calizas de arabescos caprichosos y encajes de incisiones.

El viento da lugar á las *rocas colgadas*, de varias formas; zapato ape-

nas apoyado en el suelo; cabeza de caballo sobre una cresta; obelisco en forma de pera invertida, etc.

A la acción del viento atribuyen algunos, los amas de polvo, ó marga amarilla, mueble sin estratificación y de espesor de 100 metros, en algunas montañas mejicanas, debida tal vez á cenizas de los volcanes; y el *loess* de China, tierra vegetal acumulada, á veces en 600 metros de espesor, sin indicio de estratificación.



### Las Dunas del Sahara.

La altura de las montañas de arena suele ser de 150 á 200 metros, pero algunas alcanzan á 500 metros.



### Fulgurites.

Cuando cae un rayo en una duna vitrifica la arena y forma un tubo. Las rocas de los Pirineos alcanzadas por un rayo se recubren de un baño escoriáceo, negruzco, afectando forma de gotitas.

La cima de la montaña del pequeño Ararat es la más rica del globo en fulgurites. Su calcárea compacta se ha cambiado por la acción del rayo, en una masa cavernosa perforada, rellena de estrías y tubos vitrificados.

MANUEL NAVARRO MURILLO



# DIPLOMA DE COOPERACION

LA REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DE BARCELONA, en consejo de redactores celebrado en fecha 1.º Enero de 1900, acordó conceder un Diploma de cooperación á todas aquellas personas que, aportando su concurso á nuestros trabajos de propaganda, se interesen por el fomento de la REVISTA y BIBLIOTECA, y consigan proporcionar á la Administración cuatro nuevos suscriptores.

Tirado en litografía sobre cartulina mate, mide el diploma 40 centímetros de alto por 31 de ancho, y en la composición del dibujo figuran alegorías del Espiritismo, de la Mediumnidad y de la Revista con el retrato de su fundador, resultando el cuadro de un conjunto artístico y propio para exhibir en despachos, gabinetes, salas, secretarías de sociedades, &c. &c. Llevará inscrito el nombre de la persona á cuyo favor se expida, é irá autorizado con las firmas del Director, del Secretario de la Redacción y del Administrador de la Revista con el sello de la misma y el número correspondiente del Registro.

El *Diploma de Cooperación* de la REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DE BARCELONA, igual al concedido á los *colaboradores* del periódico, cuyo facsímil publicamos, se expedirá libre de gastos enviándose por correo franco de porte y certificado á las personas que, como queda dicho, consigan proporcionar á la Administración *cuatro nuevos suscriptores*.

Por la Redacción de la R. de E. P.—EL SECRETARIO, J. A. ALMASQUÉ.

Ayuntamiento de Madrid



FACSÍMIL DEL DIPLOMA



# REGALO MENSUAL

Á LOS SUSCRIPTORES

DE LA « REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS » Y « BIBLIOTECA ESPIRITISTA »

Con el fin de que nuestros abonados puedan ir formando poco á poco, sin sensibles desembolsos, una buena y escogida biblioteca; en todos los cuadernos de la REVISTA les ofreceremos *variados lotes de obras* que les resultarán siempre á *menos de la mitad de su valor*.

## LOTE REGALO

correspondiente á este número

Por 5 pesetas, más 50 céntimos para el franqueo y certificado del paquete, remitiremos las siguientes obras cuyo valor en junto es de once pesetas:

**Maravillas históricas de las Ciencias Ocultas**, por R. Ruiz y Benítez de Lugo.

**Reseña del Primer Congreso Internacional Espiritista** celebrado en Barcelona.

**La Pluralidad de Mundos y el Dogma Cristiano**, por Camilo Flammarion.— Edición Sócrates.

**Devocionario Espiritista** con el retrato de Fernández Colavida.—

9.<sup>a</sup> edición. (Acaba de publicarse).

**Lecciones de Espiritismo para los niños**.— Edición Sócrates.

**Procedimientos magnéticos**, por el profesor Durville.

**Lo que hay acerca del Espiritismo**, por Q. López Gomez.— Edición Sócrates.

**Enciclopedia Espiritista**.— Un tomo en rústica de la "Revista de Estudios Psicológicos" á elegir.

## ADVERTENCIAS

1.<sup>a</sup> El tomo de la **Enciclopedia** podrá elegirse de entre los 30 que forman la colección. Cuando del que se elija no hubiese existencias se avisará al suscriptor para que escoja otro. Y si no se indica nada al hacer el pedido, se remitirá uno cualquiera de ellos.

2.<sup>a</sup> Solo tendrán derecho al anterior regalo los suscriptores que estén al corriente en el pago de la Suscripción.

## NUESTROS PROPÓSITOS EN EL PORVENIR

*Si nuestra Revista halla aceptación creciente, no solo nos proponemos mejorar su parte artística, á la altura de las más lujosas, cosa que creemos posible entre los artistas de Barcelona; sino que, sin dejar de cultivar los puntos esenciales de la doctrina, y dentro de las Leyes Morales del Libro de los Espíritus, pensamos servir, en nuestra medida, todos los progresos mas relacionados con nuestra filosofía: Mutualidad y Cooperación, Garantismo, Extinción de la Miseria, Colonizaciones racionales, Educación, Paz y Arbitraje, Libre-pensamiento, Emancipación de la mujer, Estudios históricos, críticos y científicos, tales como nociones de Prehistoria, y Orientalismo, Espiritismo antiguo, bosquejos de Astronomía y Geología, etc., etc.*

*Cultivaremos también la comunicación de los Espíritus, y seguiremos con el Espiritismo Progresivo y Humanitario de Allan Kardec.*

*De nuestros suscriptores y de su cooperación en todos sentidos, depende el realizar esta obra colectiva en pró de un gran Ideal de perfección, que armoniza la Revelación y la Ciencia.*

NAVARRO MURILLO

Ayuntamiento de Madrid







# EL PRESENTE CUADERNO

Como verán nuestros suscriptores, el presente Cuaderno se compone de 32 páginas Revista, 64 páginas Biblioteca y 16 páginas de Cubiertas ó sea un doble número completo de nuestras publicaciones que corresponderá á los meses de Agosto y Septiembre. Esta combinación nos ha permitido dar salida al interesante artículo de D. Segundo Oliver, ilustrado con los cuatro grabados de sus notables dibujos medianímicos. La extensión de dicho trabajo y la del artículo titulado "Prodigios del Hidromagnetismo" habria imposibilitado su inserción en un solo número. Además, disponiendo de 16 páginas de cubiertas hemos aprovechado una buena parte de ellas para ampliar el extracto del *Catálogo general de Obras Espiritistas* (1), agrupando en secciones las fundamentales de Allan Kardec, las de Camilo Flammarion, las de Magnetismo é Hipnotismo, las de la Biblioteca "Sócrates", y las Obras Nuevas. Especialmente hemos aumentado la sección de las de Magnetismo é Hipnotismo con obras importantes y en su mayoría poco conocidas.

Otra ventaja resulta y es el poder adelantar, hasta alcanzar casi su terminación, la publicación de la leyenda medianímica "El Infierno ó La Barquera del Jucar", que tanto interés ha logrado despertar entre los lectores de la misma, hasta el punto de habernos escrito muchos de ellos pidiendo ejemplares de dicha obra suponiendo que la tuviesemos ya terminada y en disposición de poderla servir completa aparte de la suscripción.

Esto y la abundancia de grabados que publicamos demuestran bien claramente cuantos son los deseos que nos animan de corresponder, en concordancia con las tradiciones de la REVISTA, al favor que los espiritistas nos dispensan ayudandonos en nuestros afanes por la propaganda de la doctrina para lo cual nos sobran alientos y voluntad.

El próximo número de la REVISTA Y BIBLIOTECA verá la luz á primeros de Octubre, de modo que la publicación del doble número presente no significa que los suscriptores tengan que esperar á recibir el siguiente más tiempo del que ahora mediaba entre uno y otro cuaderno; solo que en adelante lo recibirán dentro de la primera decena de cada mes; variación que adoptamos siguiendo las indicaciones de muchos suscriptores.

Esperamos confiadamente que nuestros correligionarios y amigos apreciarán estos sacrificios y desvelos siguiendo favoreciendo y procurando el fomento de la lectura y suscripción de nuestras publicaciones.

(1) Agotada la edición del "Catálogo general" estamos confeccionando otra que comprenderá todas las obras publicadas en español, aún aquellas de las que no existen ejemplares en venta ó raramente se encuentran en las librerías antiguas y de lance. Será un catálogo completo que demostrará la importancia y desarrollo alcanzados por el espiritismo, desde su divulgación en España, á juzgar por el número de obras que con relación á dicha doctrina se han publicado. En una sección del futuro catálogo figurarán también aquellas obras de que tengamos noticia se hayan impreso para combatir el Espiritismo.



# REVISTA

## DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

AÑO XXXI. Barcelona, Agosto y Septiembre de 1900. Núms. 2 y 3.

### ESPIRITISTAS DISTINGUIDOS

En el número de la *Revista* correspondiente al mes de Noviembre

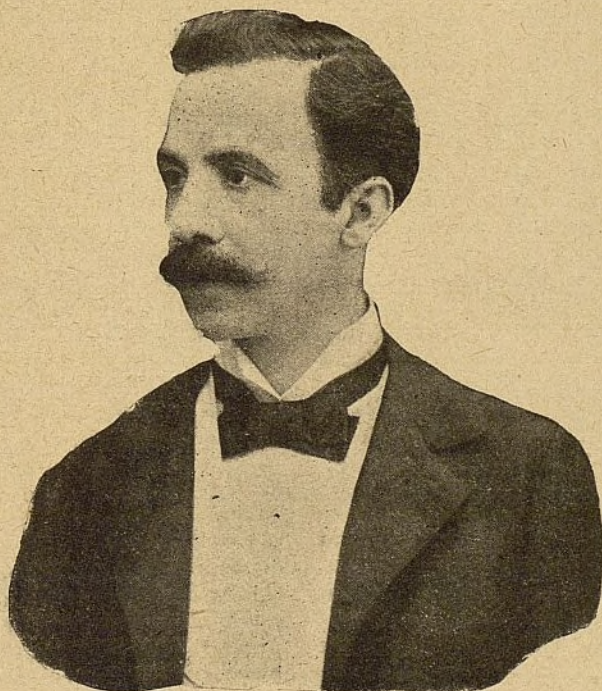
de 1896 y con el epígrafe *Un Premio de 3 000 pesetas* publicábamos, extractándolo de la *Revue Spirite*, un artículo suscrito por don Segundo Oliver, cuyo trabajo vamos a reproducir para que nuestros lectores tengan idea de la personalidad del corresponsario cuyo retrato honra la primera página del presente cuaderno.

Habla el propio Sr. Oliver:

«En noviembre de 1880 fui invitado por monsieur C. M. para ir a casa de uno de sus amigos. Accedí, y me en-

contré en presencia de tres personas muy instruidas, pero incrédulas, que

buscaban la verdad con buena fe. Estos señores rogáronme intentase producir algún fenómeno que pudiera convencerles de la comunicación de los espíritus. Yo respondí que mis facultades eran DIAGNOSTICAR LAS ENFERMEDADES (1) sin recurrir a la auscultación, ni preguntar a los enfermos, ni valerme de ningún otro



D. SEGUNDO OLIVER

medio de los empleados por los médicos. Dos de los presentes sufrían enfermedades crónicas y me rogaron les dijese qué órgano tenía afectado.

(1) Esta facultad parece ser la misma que en el «Libro de los Médiums», parte 2.ª, n.º 193, 3.º, se designa con el nombre de *medicinal* ó *consultiva*.



Sin prometerles nada, pero dispuesto á probar la verdad, pedí lo necesario para escribir, y les rogué se retiraran durante algunos instantes.

Una vez solo, mi mano trazó lo que sigue *de una manera mecánica y sin que mi voluntad interviniera*:

«Isidora—edad 50 años—nacida en San Sebastián—muerta el 31 de Marzo de 1870—enfermedad: cáncer intestinal—dejó tres hijos—sus nombres y edades los siguientes:—P., 15 años—C., 19 años—M., 25.»

Después de haber trazado estas líneas, cifras y guiones, sin conocer su sentido, el lápiz se desprendió de mi mano y no obtuve nada más.

Rogué entonces que entraran los señores. Sin enseñarles la comunicación, principié á leerla á la inversa, es decir, de abajo arriba, empezando por la cifra 25 y en el orden sucesivo.

—Señores—les dije;—durante los cortos instantes que habéis estado fuera, alguno ha pensado en el número 25 y la letra M., que se encuentra delante de esa cifra?—*Todos me respondieron que no.*

—¿Habéis pensado en la cifra 19 y en la letra C. que le antecede?—*La misma respuesta negativa.*

—¿Habéis pensado en la cifra 15 y en la letra P. que va delante?—*Todos contestaron como antes.*

Continué interrogando del mismo modo hasta el nombre de Isidora, que no pronuncié, por más que se hallaba en el comienzo de la comunicación. Sus respuestas fueron siempre negativas, esto es, *que no habían pensado ni en las palabras, ni en las cifras, ni en los guiones trazados por mi mano durante su ausencia.*

—Pues bien, señores; puesto que afirmáis que cuanto ha trazado mi mano no ha existido en vuestro cerebro (ni en el mío tampoco), es imposible que me lo hayáis sugerido, y es imposible de igual modo que mi espíritu haya podido leer en vuestra substancia gris ó blanca lo que en ella no ha existido.

He aquí la comunicación. Y como quiera que ignoro lo que ella quiere decir, os ruego que me ayudéis á interpretarla. Es posible que esté escrita por un espíritu al cual podáis reconocer.

—¿Alguno de ustedes ha conocido á una mujer llamada Isidora?

—Yo—respondió uno de aquellos señores.

—¿Cuántos años contaba de edad?—*R. 50*

—¿Dónde nació?—*R. En San Sebastián.*

—¿Sabéis la fecha en que murió?—*R. Sí. El 31 de Marzo de 1870.*

—¿De qué enfermedad?—*R. Cáncer intestinal.*

—¿Cuántos hijos dejó?—*R. Tres*

—¿Cuál es la primera letra del nombre del más joven y qué edad tiene?—*R. P., 15 años.*

—¿Y del segundo?—*R. C., 19 años.*

—¿Y del otro?—*R. M., 25 años.*

—Si en esta comunicación, añadi, reconocierais la identidad de un espíritu, ¿sería indiscreción preguntaros quién era él?—*No. Es mi madre; ha dicho exactamente la verdad. Además, afirmo que no pensaba en ella, y que en vez de la prueba de identidad que nos ha dado, yo esperaba obtener el diagnóstico de mi enfermedad.*

Este caballero, en extremo sorprendido y muy halagado por semejante revelación, rogóme preguntara al espíritu de su madre si tenía algo que aconsejarle. Volví á tomar el lápiz, y figuraos la satisfacción y alegría que experimentaría al verme trazar en menos de cinco minutos *el retrato exacto de su madre.* Su sorpresa fué mayor todavía cuando le dije que *no sabía dibujar*, que jamás había aprendido dicho arte.

Inútil es añadir lo dichoso que se consideró el aludido caballero al poseer el retrato de la que, en vida, nunca había querido fotografiarse.

Obtuve, además, otras pruebas que satisficieron grandemente á dichos señores; pero lo que más les maravi-



«fó, fué el diagnóstico que hice de sus enfermedades, sin tocarles ni preguntarles cosa alguna. Uno de ellos, médico y farmacéutico, me dijo: «Posee vuestro dedo meñique más ciencia, que la que poseen en el arte de diagnosticar todos los profesores reunidos del mundo.» (Obran en mi poder varios certificados de doctores en medicina que justifican lo propio.)

Algo exagerada me pareció la alabanza. Pero no me costó gran trabajo hacer comprender á dichos señores que yo no era más que un *simple intermediario de los espíritus*, sin mérito alguno; y que no lo había tampoco en prestarles mi mano para ello, puesto que los espíritus se complacen en dar pruebas de nuestra inmortalidad á todos aquellos que las buscan de buena fe, con inteligencia y con sencillez de corazón.

No teniendo el derecho de exigir que otros hagan lo que yo hice, obediendo la voluntad de dichos señores, me abstengo de publicar sus nombres. Sin embargo, diré que el primero es un profesor de matemáticas, el segundo, Doctor en farmacia y medicina, y el tercero un cura, que me ha prometido *no predicar más en contra del Espiritismo*.

Hemos dicho siempre que es absolutamente imposible que el Espiritismo sea estudiado y bien comprendido en su filosofía, si los hechos no son aceptados por las almas inclinadas á nobles y generosos sentimientos, por aquellos que amen el progreso, el bien y la verdad, por todos aquellos que sensatamente se preocupen del destino de su yo consciente.

A los que no lo han comprendido les aplicamos la frase del poeta latino: *Barbarus hic ego sum quia non intelligor ulli*. Lo que significa en buen castellano: Aquí me tienen por bárbaro, porque no me comprenden.

Acabo de hacer la narración de un hecho acerca del cual la ilusión no es posible. Dicho hecho es inexplicable

por las solas leyes de la materia; absolutamente inexplicable por las teorías más ó menos racionales, más ó menos sutiles ó absurdas preconizadas hasta la fecha por los príncipes de la ciencia y de la religión, interesados todos en que no prevalezca la ciencia espiritista.

Pues bien, destino 3 000 pesetas y pongo este premio á disposición de la persona que presente una teoría más racional que la que nos ofrece el Espiritismo, para explicar el hecho que acabo de relatar. La nueva teoría ha de ser confirmada por un hecho semejante al mío, y para obtener el premio, es menester que el autor me dé la prueba de identidad de mi padre, muerto hace algunos años, y también su retrato.

Por esta vez adopto este principio materialista:

*«Toda proposición no demostrada, merece el desprecio.»*

No olvidaré tampoco el axioma de Aristóteles: *«Nada hay en la inteligencia que no haya pasado antes por los sentidos.»*, lo cual está en absoluta contradicción con lo del retrato obtenido por mí; puesto que no he ejercitado mis sentidos jamás en el arte del dibujo, ni nunca he conocido á la persona cuyo retrato trazó mi mano.

He aquí la teoría espiritista que explica los hechos medianímicos:

«La muerte es la cesación de la forma corporal, pero jamás la de la fuerza que constituye la conciencia; el alma, principio individual que sobrevive á la disolución del cuerpo, existe siempre, y puede, bajo ciertas condiciones que nos son desconocidas, manifestarse de nuevo por medio de un cuerpo humano accesible á las influencias de este género. Denominamos *médiums* á las personas susceptibles de recibir dichas influencias.»

Esta teoría está confirmada por la ciencia experimental del siglo XIX. Las personas de clara inteligencia, las ilustradas, lo saben. Los sabios más eminentes están convencidos de la



realidad de los hechos espiritistas.

M. William Crookes, miembro de la Sociedad Real de Londres gran químico, acordándose de aquel consejo de Salomón que dice: *es una estupidez ó una necedad ridiculizar una cosa que no se comprende*, emprendió con ardor el estudio del Espiritismo, y después de cuatro años de experiencias consecutivas hechas con todo rigor científico, ha logrado, con ayuda de instrumentos de gran sensibilidad, y ha hecho constar: *que ha visto y tocado una forma materializada, no estando solo para quitar toda idea de ilusión que podría achacársele haber sufrido, sino acompañado de hombres cuya autoridad científica es incuestionable, habiendo estos mismos visto también á dicha forma, Katie King (el espíritu), en condiciones innegables de materialidad (1).*»

Y añade: *No digo que esto sea posible, digo que es.*

M. Alfredo Russel Wallace, célebre naturalista, también miembro de la Sociedad Real de Londres, Presidente de la Sociedad de Antropología, que formuló al propio tiempo que Darwin la teoría de la selección natural, ha dicho: *Sostengo que los fenómenos espiritistas no tienen ya necesidad de más confirmación. Están probados ya tan positivamente como los hechos de otras ciencias. La negación sistemática ó la prevención de escuela, no puede refutarlos.*

*Siendo una realidad los hechos, tocante á su evidencia y pruebas de los mismos, estamos plenamente autorizados á tomar los del Espiritismo moderno, como completamente comprobados y por lo tanto reales, matemáticos, incontrovertibles; y con ellos la teoría espírita como la única sostenible.*

*Los hechos me vencieron*, ha dicho R. Wallace, y como él, yo afirmo que los hechos me vencieron: después de

veinte años de experimentos y observaciones, la realidad de los hechos me ha probado que la comunicación de los espíritus es una sublime verdad, conforme con la lógica, con la razón, con la historia profana y sagrada, con el progreso indefinido, con la armonía universal y con la evolución por la selección natural. Los hechos me han probado que tanto el materialismo como el clericalismo, son dos errores lamentables, y como tales, llamados á desaparecer en breve »

Esto decía D. Segundo Oliver hace cuatro años, y respondiendo á su oferta ha recibido durante ese tiempo miles de cartas sin que en este especial concurso se presentara trabajo alguno merecedor del premio ofrecido.

En vista del resultado negativo, aumentó el Sr. Oliver la cuantía de la oferta hasta 10.000 PESETAS, á conceder bajo las mismas condiciones. El anuncio, por lo raro, ha corrido por la prensa de todo el mundo sin mejor éxito para la turba multa de sabios averiados que tratan de reformar la obra de Kardec y sustituir la teoría espiritista, que explica el fenómeno de manera lógica, racional y confirmada por el hecho, con esa variedad de hipótesis aducidas por la psico-física, el inconsciente parasitario, etc., etc., que convierten una obra sencilla en problema laberíntico é insoluble.

Nuevamente insiste hoy el Sr. Oliver y no son ya 10 000 pesetas las que ofrece, sino

**Un Premio de 20.000 pesetas,**

cantidad que está dispuesto á depositar en el *Crédit Lyonnais* desde el momento que se le indique la persona que, con las debidas garantías de formalidad, ofrezca realizar el

(1) Véase la obra de William Crookes «Nuevos experimentos sobre psíquicas», de venta en la administración de la Revista al precio de 2 ptas.



fenómeno explicándolo y probándolo por medio de cualquier teoría que no sea la espiritista.

La oferta es tentadora y por ello creemos que aprovecharán la ocasión de ganar estos *cuatro mil duros* quienes aun en periódicos y revistas de nuestra comunión tanto se afanan por destruir la obra de Allan Kardec *que es la obra de los Espiritus*.

Por nuestra parte agradecemos al Sr. Oliver la deferencia con que nos honra, y deseando corresponder á sus desvelos en defensa de la buena doctrina, publicamos su retrato y algunos de los notabilísimos trabajos medianímicos que nos ha remitido, debiendo advertir que á excepción del que va colocado en 2.º lugar y que en tamaño menor publicó la *Revue Spirite*, de París, en Mayo de 1897, los demás son inéditos.

Réstanos manifestar que D. Segundo Oliver no es un *parvenu* cualquiera. Hace muchísimos años

viene consagrándose al estudio y práctica del Espiritismo, relacionándose con las primeras figuras entre lo más saliente de sus adeptos en España, Francia, Rusia, Inglaterra y América, celebrando sesiones con el célebre médium Slade y otros no menos notables, viajando mucho, estudiando más y llevando el fruto de sus observaciones y entusiasmo á las columnas de la prensa de gran circulación. Los suscriptores á la *Biblioteca Espiritista* habrán leído en la obra «La Médium de las Flores», ya terminada, el nombre del Sr. Oliver y la parte que tomó en las sesiones del Grupo «Marietta.»

He aquí ahora la carta á que nos referimos y los términos con que el Sr. Oliver invita á ganar las 20.000 pesetas. Dado el interés que el asunto reviste, veríamos con gusto que los periódicos espiritistas de todo el mundo reprodujeran este escrito del denodado paladín de la obra de Allan Kardec.

LA REDACCIÓN.

### BODA ESPIRITISTA

Ha tenido lugar en Manzanillo (Cuba), el enlace matrimonial de D. Adolfo García, presidente del grupo «La Luz» y representante de la Revista, con la distinguida y virtuosa Srta. D.<sup>a</sup> Emilia Pérez médium de dicho centro. El acto fué puramente civil y el primero en su clase celebrado en aquella localidad, siendo testigos ante el juez municipal que legalizó la unión, nuestros correligionarios D. Pedro Piquera Martínez y D. Francisco Rodríguez Armengol.

Reciban los cónyuges, con nuestra cordial enhorabuena, los sinceros votos que hacemos por su felicidad. Y un aplauso, además, á D. Adolfo y D.<sup>a</sup> Emilia por su acto de civismo, que demuestra la firmeza de sus creencias y su emancipación del yugo romano, aplauso que hacemos extensivo á todos los hermanos de Manzanillo que con su presencia honraron y dieron realce á la ceremonia civil.



## UNA CARTA, VARIAS MEDIUMNIDADES Y 20,000 PESETAS DE PREMIO

*Sr. Director de la "Revista de Estudios Psicológicos".—BARCELONA.*

Estimado amigo y H. E. C.: Remito á V. varios dibujos obtenidos por las facultades medianímicas que poseo: Si encuentra en ellos alguna originalidad y desea darlos á conocer á sus lectores, puede fotografiarlos y reproducirlos en la simpática REVISTA de su acertada dirección (1).

Creo interesante hacer saber á aquellos que se ocupan de ciencias ocultas, que en las comunicaciones que obtengo (sirviéndome de un simple lapicero) no pienso en nada, no deseo nada, ni busco á leer en el cerebro de los experimentadores; no apercibo en mi organismo nada que excite mi sangre, ni mi sistema nervioso, ni mis funciones cerebrales; no siento depresión alguna en mis energías vitales, ni obedezco á impresión ó percepción íntima de mi conciencia; tampoco existen en mí intenciones ó inspiraciones que pudieran exaltar mi imaginación ó mi inteligencia; jamás he poseído lo que llaman clarividencia, ni siento ningún esfuerzo de translación en el acto de la comunicación. Jamás he sido magnetizado ni hipnotizado.

En honor de la verdad diré que hace veinte años fui magnetizado una sola vez por el excelente amigo y estimado sabio, Mr. Couillant, de Madrid, que me curó, en menos de tres minutos, un fortísimo dolor de cabeza. En aquel día de grato recuerdo, me convencí de que con el fluido magnético, negado durante cien años por los príncipes de la ciencia y admitido en nuestros días como verdad irrefutable, pueden obtenerse curas milagrosas (si el milagro existiese); pero como yo no creo en lo sobrenatural, ni en la derogación de las leyes naturales, afirmo por experiencia, que con el agua, magnetizada por un hombre sano de cuerpo y sano de alma, podemos obtener curas sorprendentes: Jesús, que por la virtud de sus fluidos curaba á los leprosos, daba vista á los ciegos, oído á los sordos y movimiento á los paralíticos, dijo: «estas cosas y mayores que éstas, harán los que en mí creyeren,»; «cuanto pidáis en mi nombre, á nuestro Padre que está en los cielos, os lo concederá.»

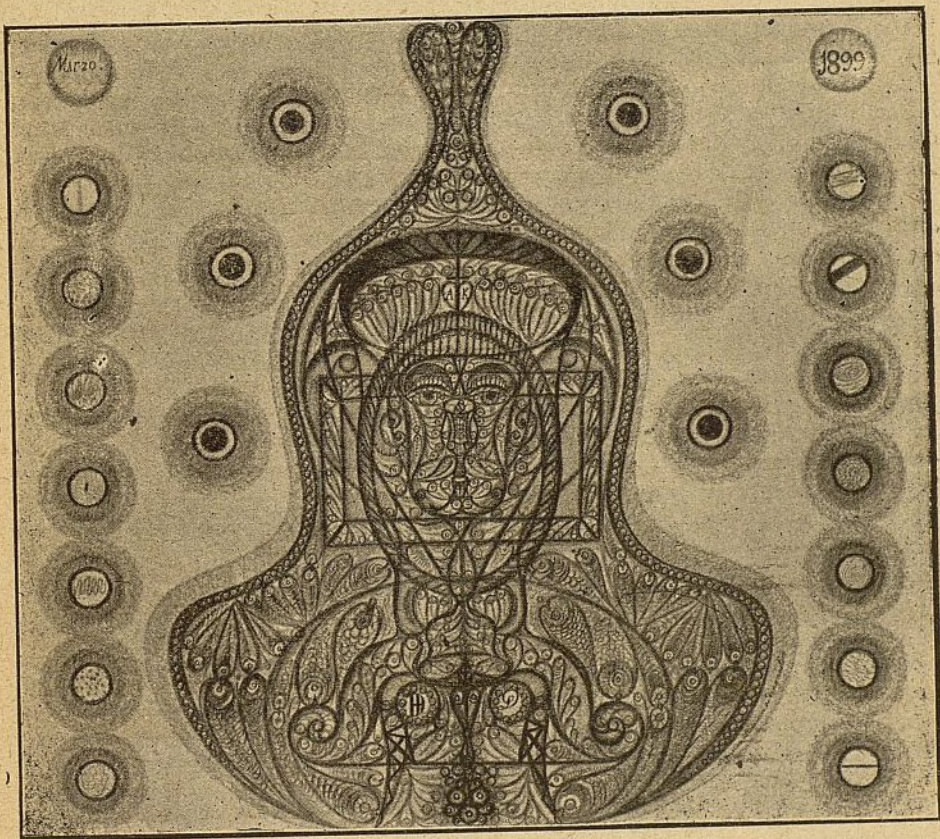
Yo poseo varias facultades, todas suspendidas en éste momento sin adivinar la causa.

En el acto de la comunicación, lo único que pongo de mi parte es *mi pasividad*, es decir; que cuando dejo mi mano completamente abandonada, sin ningún esfuerzo muscular, siento una fuerza exterior que la coge con bastante fuerza, escribe lo que quiere, y algunas veces en idioma que jamás aprendí; dibuja (no poseo de este arte la más ligera noción) sin regla ni compás, con regularidad increíble á no verlo; también he obteni-

(1) Tan notables nos han parecido estos trabajos del Sr. Oliver, que sin reparar en gastos reproducimos en este cuaderno cuatro dibujos elegidos de entre los que constituyen su curiosa colección. Son de apreciar en ellos, «examinándolos detenidamente en detalla y en conjunto, variedad de alegorías y simbolismos del Espiritismo, el Magnetismo y la Mediumnidad. Creemos que nuestros lectores verán con gusto esta nueva prueba de nuestros desvelos por corresponderles.—N. de la R.



do por escritura mecánica, miles de hechos que han probado la identidad de los espíritus evocados ó que se han presentado espontáneamente en las sesiones; he contestado á preguntas que se han formulado con el pensamiento; he nombrado y descrito la forma de objetos que contenía una cajita cerrada con llave; he reproducido los pasajes de un libro cerrado; tomando en todas circunstancias las más rigurosas precauciones para evitar la ilusión y el error.



Recuerdo que nuestro bueno y dignísimo amigo el Sr. Vizconde de Torres Solanot, en una de sus sesiones celebradas en Madrid y ante numerosas personas, preguntó por uno de sus amigos, enfermo á la sazón; mi guía el espíritu *Lara*, diagnosticó el mal con toda precisión; dijo que desencarnaría tres días más tarde y su predicción se cumplió. Al señor Couillant de Madrid le diagnosticué la enfermedad de su querida madre que se encontraba en París, no siendo obstáculo la distancia que mediaba del punto donde recibíamos la comunicación: Fácil es de comprender que si un Es-



píritu posee la facultad de ver en el interior de nuestro organismo, igualmente la poseerá para revelar los desórdenes anatómicos que en él observe.

*El diagnóstico* lo obtengo de la manera siguiente: 1.º El Espíritu que me asiste pone en movimiento mi mano, y la dirige, recorriendo mi cuerpo, hasta detenerla en la región que corresponde al órgano afectado en el enfermo. 2.º Dibujando con signos convencionales (inventados por el Espíritu) los tisus ó sistemas lesionados.

En el dibujo que presentamos en primer lugar, estos signos están indicados por las siete circunferencias que se encuentran á los lados derecho é izquierdo del mismo. Las otras seis figuras, que tienen un punto negro en el centro, representan (si debo dar crédito á espíritus que jamás han mentido) los seis años de misión que debo cumplir como *médium* á diagnóstico y curandero. En lo que podemos llamar el centro del dibujo, cuyo contorno figura una campanilla, hay también otros signos simbólicos que me conciernen particularmente.

Hace ya algún tiempo que mis guías me han prometido *el diagnóstico en las pizarras*. Conociendo la importancia del hecho, yo les he prometido que desde el día que obtenga este hecho físico-intelectual, podrán disponer de todo mi tiempo, con el fin de propagar el bendito Espiritismo.

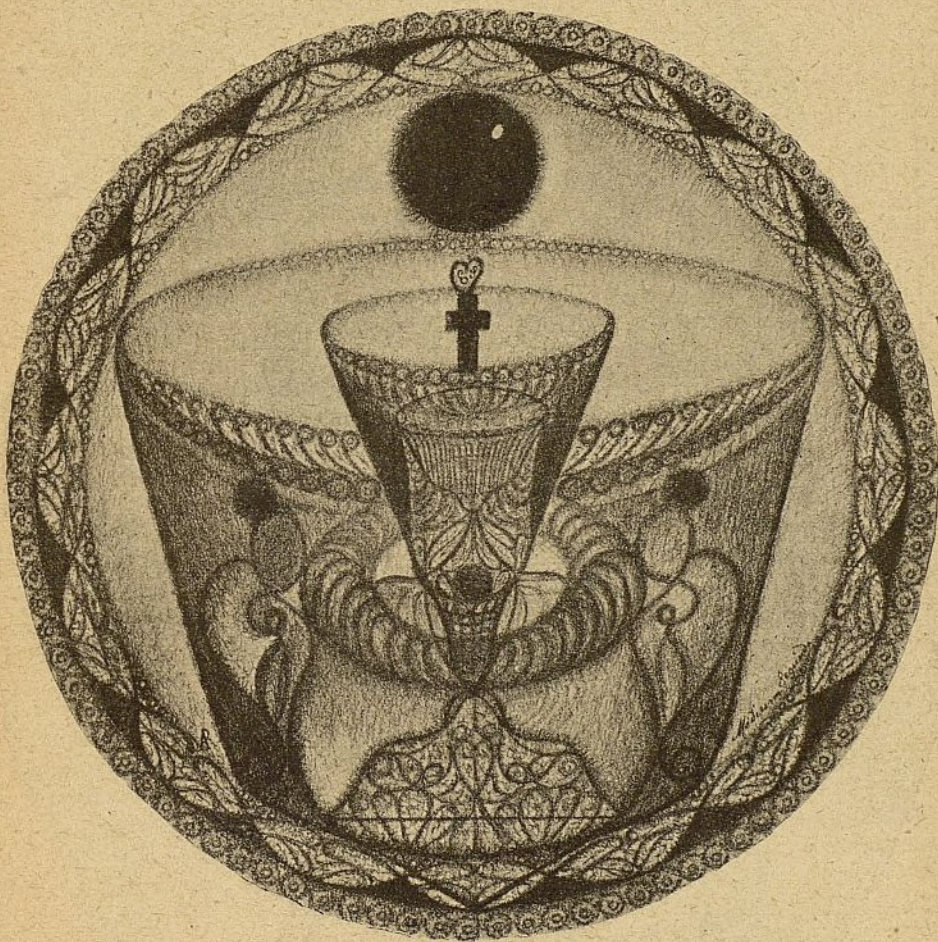
Hombres que se dicen sabios pretenden explicar los hechos medianímicos por la absurda teoría de la *doble conciencia*; es decir, que si debemos de creerlos, en este momento que escribo, yo poseo una conciencia, *que no tengo conciencia de poseer*; siente lo que yo no siento, ve lo que yo no veo, piensa lo que yo no pienso, posee en fin conocimientos superiores á los que yo poseo. Esta teoría que se mete en todas las salsas, tan ridícula como la tan célebre del músculo peroné, *nada explica*, y como dice Mr. Rux, "es mil veces más maravillosa y más misteriosa, menos demostrada y menos indemostrable, que la de los espiritistas. Para decir semejantes disparates, es necesario carecer de sentido común. Cuando se piensa que semejantes boberías las sostienen los sabios, se pregunta uno á qué grado de estupidez nos conduciría la ciencia oficial."

A estos sabios de la ciencia oficial, pregunta quien escribe estas líneas: Si vuestro inconsciente (especie de diablo del Catolicismo) sabe hacer todas estas cosas, ¿porqué no las hace en todos los casos, en todos los tiempos y lugares? Hace 18 años, que en uno de los días más tristes que he tenido durante mi peregrinación en la tierra, dirigí con todo el fervor de mi alma, mi pensamiento á Dios diciendo: ¿Debo ó no debo creer en las palabras de aquel buen Jesús? ¿Será ó no verdad él "buscad y encontraréis, pedid y se os dará, llamad y se os abrirá"? Si Jesús no ha mentido, concededme ¡oh Dios mío! un rayo de vuestra divina luz que ilumine mi pobre entendimiento, y también unas facultades medianímicas que me prueben la verdad de la comunicación de los espíritus."

Terminada mi plegaria me senté ante una mesita donde ya había preparado un gran papel, me armé de un lapicero, y no habían transcurrido dos minutos, cuando sentí un viento muy fresco á mi alrededor, un aroma y una expresión tan agradable en mi alma, que me quedé dormido: desperté ó mejor dicho *me despertaron* cuando habrían transcurrido 5 minutos, durante



los cuales, sin saber cómo, se había dibujado en el papel el perfecto retrato de Voltaire y escrito algunos versos verdaderamente dignos de tal hombre. Semejante hecho me sorprendió; mas para mi convencimiento necesitaba otras pruebas; pedí, supliqué, rogué con lágrimas de mi corazón, que se repitiese el hecho, y no se me concedió.



Al día siguiente y á la misma hora rogué á Dios permitiera que los buenos espíritus repitiesen el hecho, y puedo decir que durante 12 horas, sin sentir cansancio, sin cambiar de posición y sin dormirme esta vez, mi mano trazó una sección de cuadros encantadores, más maravillosos los unos que los otros; todas las magnificencias de la naturaleza que puede tomar la imaginación del más hábil pintor se dibujaron en el papel como por encanto;



y así como no podré traducir los sentimientos que despertó en mi alma la prueba tan evidente de nuestra inmortalidad y de la comunicaci6n de los



espíritus, tampoco podré traducir la inmensa tristeza que se amparó de mi espíritu al ver que toda aquella sucesión de formas se fueron volviendo sombras y más sombras, hasta no quedar otro espacio que el suficiente



para escribir estas palabras: "Segundo; persevera en el trabajo, y con el tiempo demostrarás matemáticamente la comunicación de los espíritus. Ten presente que si no haces buen uso de tus facultades, desaparecerán como ha desaparecido cuanto hemos dibujado sirviéndonos de tu mano. *Lara*." Obedeciendo á los espíritus he trabajado con asiduidad; me han desarrollado varias facultades, siendo curioso el hecho de que cuando me conceden una nueva no vuelven á ocuparse de las anteriores.

A los adversarios del Espiritismo, á los aficionados á inventar teorías, les dirijo la pregunta siguiente: ¿Porqué en la actualidad, encontrándome en las mismas condiciones físicas y morales, rogando á Dios con igual fervor, siendo, en fin, el mismo hombre, por qué, repito, no he vuelto jamás á obtener los dibujos, ni los versos de aquellas dos inolvidables noches? ¿Si estas facultades ó conocimientos fuesen propiedad de mi espíritu, no es verdad que dispondría de ellas cuando y donde quisiera?

Otra cosa y en verdad muy seria: El célebre Aristóteles ha dicho:

"Nada penetra en nuestra inteligencia que no sea por el canal de nuestros sentidos. Este axioma está en absoluta contradicción con los dibujos que yo he obtenido, *sin haber ejercitado mis sentidos en el arte del dibujo*, y en el hecho insólito de haber dibujado cierto día el retrato de un espíritu que no quiso fotografiarse durante su vida terrestre.

Ahora bien; si el axioma de Aristóteles *es una verdad innegable*, como también *verdad innegable* que yo he dibujado perfectamente sin ejercitar mis sentidos en el arte del dibujo, yo digo: ¿qué escuela, qué sistema, qué teoría puede explicar racionalmente esta aparente contradicción de dos verdades matemáticas? Yo no conozco otra teoría que la del inmortal Allan Kardec que deje incólume el axioma de Aristóteles.

He aquí la teoría espiritista que todo lo explica:

"La muerte es la cesación de la forma corporal, pero jamás de la fuerza que constituye la conciencia; el alma, principio individual que sobrevive á la disolución del cuerpo, existe siempre, y puede, bajo ciertas condiciones que nos son desconocidas, manifestarse de nuevo por medio de un cuerpo humano accesible á las influencias de este género. Denominamos *médiums* á las personas susceptibles de recibir dichas influencias."

Esta teoría está confirmada por la ciencia experimental del siglo XIX.

En vista de lo expuesto y amparado en la firmeza de mis convicciones, pero siempre dispuesto á rectificar mis creencias en lo que tuviesen de erróneas, en seguida que se me demuestre, sintiendo con ello culto á la verdad, venga de donde viniere; nuevamente lanzo hoy mi cartel á los vientos de la publicidad para decir á los señores sabios

## CLERICALES Y SECTARIOS DE ROMA

### MATERIALISTAS Y NEANTISTAS

### IMPUGNADORES DEL ESPIRITISMO

Oíd todos:

¿Deseáis firmemente que 25 ó más millones de almas volvamos al Romanismo? Pues demostradnos por  $a + b$ , aunque sólo sea *la existencia de*



*vuestro Demonio*, que, á mi entender, es una de las más fuertes columnas que sostienen el edificio Romano.

¿Deseáis que 25 ó más millones de espiritistas dejemos de creer en la existencia de un Sér supremo, conciencia universal *que, según nuestra creencia*, todo lo gobierna? "Deseáis que lleguemos á convencernos de que la hu-

manidad no es otra cosa que una procesión de sombras, que aparecen y desaparecen en la tierra, sin que después de la muerte quede de ellas otra cosa que los huesos depositados en un sepulcro? Pues demostradnos por  $a + b$ , que el baile de un montón de átomos que se encuentran sin apercibirse; se asocian sin conocerse; átomos, en fin, sin inteligencia, sin voluntad ni dirección; *ignorando su propia existencia como decía Nus*; pueden crear por sí solos, el movimiento, la sensación, la vida, la individualidad, el pensamiento, las ideas, la reflexión, las pasiones, los signos, los sonidos articulados, un lenguaje para expresarse, las ciencias, las artes, las leyes, una conciencia que posee las nociones del orden, del bien, del mal, de lo justo, de lo injusto, que ama, que odia, y que siente lo bello, lo verdadero, y que posee la intuición (hoy la realidad) de una vida superior á la tierra.

Tened todos muy presente que tanto bien se hace demostrando un error como enseñando una verdad.

Recordad que no debe colocarse la luz bajo el celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré á todas partes.

Ya sabéis que quien conoce la verdad y no la enseña, comete un crimen de lesa humanidad.





¡Animo! ¡valor! acometed la empresa; pulverizad de una vez para siempre este maldito Espiritismo, que viene á la tierra con la pícara intención de descorrer el velo que cubre vuestras patrañas, egoísmos, ambiciones é imposturas que degradan moralmente la humanidad.

Un temor me asalta y es:

Que antes demostraréis, como dos y dos son cinco, que puede existir un efecto sin causa; que la hormiga es más fuerte que el elefante; que el paso de la tortuga es más veloz que el vuelo de la golondrina, ó bien que el ronquido del cerdo es más lindo que el canto del ruiseñor, *que demostrar que el inmortal Allan Kardec está en el error.*

*El Espiritismo marchando de consorcio con la ciencia, es el faro de luz divina que alumbrará á todo el mundo. O dicho de otra manera: La ciencia espírita es el reino de Dios y su justicia en la tierra.*

### ¡ MATERIALISTAS Y CLERICALES !

Si entre vosotros existe un hombre caritativo, á comenzar por el Papa, representante de Dios en la tierra, y Bonchener, representante del nean-tismo de Holbak, no podéis, no debéis perder la ocasión de ganar, no 3,000 pesetas, ni 10,000 como anuncié hace 4 años en los periódicos de París. Son ahora

### 20.000 pesetas de premio

las que pondré en manos de la persona que demuestre que el inmortal Allan Kardec *está en el error.*

Las condiciones para obtener el premio se encuentran, en la *Revista de Estudios Psicológicos* del mes de Noviembre de 1896, calle de las Cortes, n.º 209, pral., Barcelona, y en la "Revue Spirite", del mes de Octubre de dicho año.—Rue Saint-Jacques n.º 42, París.

Barcelona 20 de Agosto de 1900.

SEGUNDO OLIVER

Las condiciones aludidas son las siguientes: presentar una teoría más racional que la espiritista para explicar el hecho de que un sujeto que no sabiendo dibujo, trace el retrato de una persona muerta. Es menester que el autor de la teoría dé la prueba de la identidad del padre del señor Oliver, fallecido hace algunos años, y también su retrato.—*N. de la R*





## LA COMUNICACIÓN DE LOS ESPÍRITUS

### Su necesidad y universalidad según las Leyes Naturales

La comunicación es un efecto y corolario racional de leyes diversas:

Las transiciones, intermediaciones, eslabones de cadena, progresiones, ó series escalonadas, de que va llena la Naturaleza entera. Repetimos estos perifrasis porque son útiles para la involución de la idea:

Las semejancias, simpatías, afinidades, ó atracciones:

Las dependencias:

La solidaridad universal...

La materia y los mundos, las intermediaciones fluidicas, la vida, la inteligencia: *todo se comunica por una necesidad natural.*

En conformidad con los hechos, *La Serie distribuye las armonías...*

Vosotros los que negáis la existencia de los Espíritus, y os reís de ellos; sabed que el Universo está ocupado por seres de todos los grados del mundo invisible; que *todo se encadena* desde el alfa hasta la omega; y que no debéis reiros de la obra de Dios y de su omnipotencia.

### Analugía física de las mediumnidades

Las mediumnidades, en la solidaridad, son *intermediaciones afinidades*. Aunque los símiles no sean del todo exactos, podemos formar una idea de su papel.

Un sifón es el intermediario entre dos recipientes. Un árbol es una especie de sifón entre la atmósfera y la tierra. Una bomba, ú otras máquinas, nos darían otros ejemplos. La almendra, la nuez, la castaña, tienen cubiertas de *transición*. Si revisamos las palabras que empie-

zan con *peri* (*alrededor*), hallaremos muchas *envolturas* en objetos, frutos, ú órganos humanos, que son *eslabones de unión*.

*Todo es transición en la naturaleza, todo se encadena.*

*El Perispiritu es intermediario entre el cuerpo y el alma.*

Un poeta, que evoca la inspiración de Apolo, las Musas y los Dioses, es un órgano, un medium de transmisión entre el mundo real de la belleza y la fuente ideal de la misma, atribuída alegóricamente á los habitantes del Parnaso, distribuidores de la poesía, las artes y ciencias. Por el hilo se saca el ovillo.

Las mediumnidades tienen conceptos científicos y apropiados. Investiguemos la esencia de las cosas, y dejémonos de palabras.

El Perispiritu universal es la llave explicativa de los fenómenos.

### Testimonios históricos

Aceptaron y aceptan la comunicación todas las épocas y todos los pueblos, que han sido testigos de muchas manifestaciones tangibles, videntes, auditivas, parlantes, inspiradas, etc.

Diffícil es aprobar la cita de testimonios: Sócrates, Moisés, los Apóstoles, Tertuliano, Agustín, Orígenes, los Gnósticos, los Ortodoxos de cultos diversos.... Josefo, Luciano, Cicerón, Valerio, Máximo. Herodoto.... Swedenborg, Steki, Vahn, Bonnemère, D' Orient, Crookes... O hay que negar todo valor al testimonio humano, en cuyo caso no hay ninguna ciencia posible, ó hay que admitir la verdad de estos hechos.



Entre 600 millones que afirman y 6 individuos que niegan, fundándose los primeros en leyes naturales y universales y los segundos en sus antojos, no es dudosa la elección, en calidad, nosotros, de meros espectadores del proceso.

### Estado actual de la cuestión

Hoy los hechos no se atribuyen al demonio ni se niegan.

Se les da otro giro. Sin reparar mucho en las explotaciones de que han sido víctimas, bajo el prestigio de lo maravilloso, casi se deja la puerta abierta para resucitar novelas de talismanes y hechicerías que no siempre se demuestran, como sucedió entre los gnósticos y otros; y se les acompañan de creencias, no del todo progresivas. *Esto es un retroceso.* Si el Espiritismo es campeón del *libre-pensamiento absoluto*, también lo es del *progreso ascendente*, sin lo cual no tendría objeto.

*El Espiritismo es ciencia y filosofía: es el Cristianismo esclarecido:*

*Sin Rabbis*, propensos á dominios terrenales, con olvido de los intereses celestes y eternos, y poco dados á la emancipación del prójimo:

*Sin templos de piedra*, que oscurecen el templo de la creación, y sobre todo el de la conciencia, verdadera morada de la Adoración en su espíritu:

*Sin Ritos ni Ceremonias*, á lo Pablo, que apegan á las formas:

*Sin Milagros*, contrarios á la firmeza de las Leyes y perturbadores del orden, Armonía y Solidaridad.

*Sin Dogmas*, que matan la libertad filosófica:

*Sin Símbolos*, contrarios á la lógica y que hicieron ya su tiempo:

*Sin Imágenes, Enigmas ni Mis-*

*terios esotéricos*, que retrogradan á los emblemas, con frecuencia especulativos, á las Piedras basilidianas y amuletos, con otras chucherías:

*Sin Secretos bajo el celemin*, contrarios á la universalidad de la ciencia, que no necesita tapujos en lo bueno, y que nos llevan á las Iniciaciones antiguas:

*Sin entretenimientos pueriles de infancia*, que nos enredan en brozas accesorias, y hacen olvidar lo principal, la *palingenesia*, ó regeneración, el *humanitarismo*, el *conocimiento de nosotros mismos*, el amor universal y la ciencia.

La esencia del Espiritismo es *ascender hacia Dios*. Si se aparta de esta idea que equivale á la de *mejorarnos*, resultará inferior al Cristianismo libre y laico de los tres primeros siglos, muy superior al Paganismo; que al fin de cuenta, entre algunos sabios de Siria y Alejandría, no admitía entre Dios y el Hombre, como base capital, más mediador que el Cristo, es decir, la conciencia, el logro, la Razón, idea filosófica y trascendente, que concuerda con la Ley Divina ó Natural. (*Libro de los Espíritus*, pág. 621).

También, aparte, se incurre por algunos en la pretensión de reemplazar, abolir, ó hacer tabla-rasa de las mediumnidades y de los espíritus, por hechos debidos meramente á nuestras energías.

Esto trunca y limita las series; coarta el poder irradiativo nuestro y da otras actividades á la pluralidad de mundos y ambientes; y á los espíritus les deja como estatuas de yeso, á guisa de fósiles, en el Museo de creencias antiguas.

Me parece que este sería el resultado final, si se les consintiera á



los flamantes cristianos campar por sus respetos.

Pero hay en esto varios sofismas agazapados, que conviene analizar.

### Sofismas

A. Condenar por abusos limitados; argüir contra la bondad esencial y la universalidad de testimonios, por *alguna ilusión*; juzgar por circunstancias transitorias y accidentales; ó fallar en bloc, *no habiéndolo visto todo*; y sacar conclusiones absolutas y sin restricción por accidentes parciales.

No hay autoridad lógica para el tránsito de ascender de lo restringido y limitado á un sentido absoluto, general y universal; y menos la hay para *el absurdo de hacer ta bla-rasa de leyes grandiosas*.

B. No hay que desfigurar á los espiritistas, ni atribuirnos una credulidad exagerada. Kardec en el cap. XVI de *El libro de los Médiums*, pár. 130, hablando de los auditivos dice que *"hay muchos que se figuran oír lo que no está sino en su imaginación"* Podríamos hacer otras citas del mismo autor sobre las videncias de Swedenborg.

Estas citas dan armas á los adversarios, pero la verdad ante todo. En cambio *se prescinde de testimonios, como los de Crookes, que no convienen*.

Es vano todo argumento, demasiado levantado, que no toque la cuestión en sus puntos esenciales, es fantástico no explicar *todos los casos*, volver la espalda á los más concretos. Estos críticos están todavía por aprender.

Esto se llama ignorancia de la cuestión y sacarla de su terreno.

Aferrarse á un sistema único, y

ya hemos visto el paso que han llevado muchos, es un *círculo vicioso, repetir y no probar*.

C. La Ciencia no puede admitir el partido tomado, la pereza de investigación, el monopolio del buen sentido, ni el intento de reducir al silencio al adversario inexperto, que los hay en los médiums sencillos.

Por tales caminos es fácil llegar por temporada, á tomar por causas de un hecho lo que no lo es.

Si la tierra medianímica está mojada, algunos lo atribuyen al riesgo de algún Mahatma ó Fakir del Thibet; ¿pero no puede haber otras nubes de lluvia, si sus efectos anuncian lo contrario en su procedencia? No tengamos aquí un hecho análogo á los dictados atribuidos al Diabolo, que en todas partes trabajaba en contra suya.

Si aquí millones afirman los espíritus, con su actividad, sus fluidos, sus engranajes y funciones, forzoso será creerlo.

El crítico formal del Espiritismo tiene que tener las condiciones dichas por Kardec en el cap. II, párrafo 14, punto 8.º del Libro de los Médiums.

*Como á este criterio no se le ve el pelo y los fenómenos están busados en leyes naturales, tenemos Médiums y Espíritus para rato*; y lo mejor que pueden hacer nuestros contradictores es pasarse á nuestro campo con armas, bagajes y vituallas. Porque si no quieren venir ahora, ya vendrán ¿Qué van á hacer en cuanto sean errantes, que puede ser mañana, dentro de un mes, ó pocos años? Son demasiado ilustrados y buenos, y no les consideramos entre los que realizan la comunicación para negarla: son valerosos li-

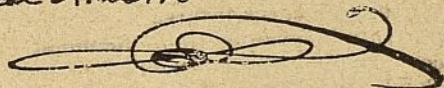


brepensadores, que se convencerán de esta verdad: *Las acciones de los espíritus son lo más y las de los hombres lo menos*: ¡Buenos modregos estamos los hombres en esto de dirigir las humanidades y ser los *ecos de la Revelación progresiva y Solidaridad Universal*, física, intelectual, moral y social, si no tuviéramos

*ayuda*, cuando apenas sabemos dirigirnos á nosotros mismos, y en nuestras manos todo lo más sublime se degenera y corrompe. .

Somos metafóricamente, en Espiritismo, y ante los seres superiores, unos verdaderos *melones y calabazas*. Reconozcamos é invoquemos su protección.

*Miguel Navarro Murillo.*



## LOS PRODIGIOS DEL HIDRO-MAGNETISMO

Todo el Departamento de Minas, en la República Oriental del Uruguay, se va pronunciado en favor del Sistema de Curaciones por el Hidromagnetismo que con tan feliz éxito realiza nuestro muy estimado amigo y colaborador D Luis Curbelo. Podrían parecer interesados los elogios que nosotros tributásemos al abnegado apóstol que, con sin igual constancia, viene luchando en pro de una causa tan humanitaria teniendo en contra á todo el elemento oficial. Por ello nos limitamos hoy á reproducir algunos artículos publicados por los más acreditados diarios de aquella república que, haciendo la causa del pueblo, acuden á los poderes públicos en demanda de que se conceda al Sr. Curbelo el ejercicio libre de su procedimiento que la carencia de títulos oficiales impide aplicar.

He aquí los artículos á que aludimos:

### MOVIMIENTO PROTECCIONISTA

En la ciudad de Minas empieza á operarse entusiastamente un movimiento de opinión favorable hacia la vida y conservación del Instituto Hidroterápico Minnano «Fe. Esperanza y Caridad» establecido allí desde hace muchos años, y que por motivo de las innumerables curaciones maravillosas realizadas por su fundador don Luis Curbelo Baez, con su inmejorable sistema del Hidromagnetismo, han surgido dos cosas diametralmente opuestas y que viven en eterna é irreconciliable disputa: la fama de las curaciones hechas que se agranda cada día, pasando fronteras sin dificultad, paseándose en triunfo por todas partes y pregonando las excelencias del sistema hidromagnético (*esta es la causa del pueblo*); y la otra es el afán de las persecuciones declaradas al señor Curbelo y su Instituto por los médicos de la localidad que no dejan descansar á su humanitario Director, á pesar de cumplir la prescripción oficial de tener un médico titulado al



frente de su Establecimiento. Es así, que el señor Curbelo ha sido acusado siete veces y sufrido prisión cuatro, por el delito de curar enfermos con su hidromagnetismo (*esta es la causa oficial.*)

Y no hay que hacerle; el pueblo y Departamento quieren que D. Luis Curbelo cure enfermos y que su indispensable Instituto funcione con el asentimiento del pueblo entero y del gobierno; y al hacerlo así ejerce un derecho inalienable, de protección hacia sus más caros intereses, de su propia salud, porque tiene formada su convicción de que Curbelo no es un charlatán, sino que la estadística de su Establecimiento prueba con hechos y números que allí nadie muere sino en caso muy excepcional.

Diremos como comprobación de este aserto, que el año pasado entraron en su clínica ciento sesenta y siete enfermos y todos fueron curados, muriendo solamente uno, y ese mismo muy justificado.

Todo esto ha hecho que el pueblo se convenza y admire á ese benefactor de la humanidad, y ponga hoy todo su conato y actividad en la presentación que hará al Ministerio y al Cuerpo Legislativo pidiendo el libre ejercicio de curar con el hidromagnetismo al señor Curbelo, sin imposición de tener un médico titulado al frente del Establecimiento.

Y el pueblo que lo hace así tiene la convicción de sus derechos, y el Estado le debe su protección, porque cuando un pueblo entero se levanta en queja y pide una cosa que necesita, la tiene que conseguir.

Constanos que firman ya la importante petición al Ministerio y al Cuerpo Legislativo más de tres mil adherentes, lo que es una prueba acabada de que un departamento entero se pone de pie y reclama justicieramente el amparo gubernativo á que tiene derecho.

Esos decididos vecinos piden, entre otras cosas, que para justificar la com-

petencia profesional de su defendido, se llame á éste á la clínica de un hospital en esta ciudad y se le confie la asistencia de enfermos á la par de cualquier médico, en cuya prueba tienen la certidumbre adelantada de que su patrocinado don Luis Curbelo saldrá brillantemente triunfante y demostrará que su pronóstico y diagnóstico se realizarán indefectiblemente.

Esta es una muestra de la confianza que las curaciones de Curbelo inspiran á todos y que su competencia está fuera de toda duda y de toda censura.

Constanos que el humanitario señor Curbelo no puede desplegar como deseara las alas de su reconocida filantropía en amparo de los obreros y de los pobres; primero por las erogaciones que le impone el sostenimiento de un médico titulado, y segundo por el temor á las denuncias de los que no sacan la mirada de su establecimiento buscando á cada paso un pero para fundar irrazonables acusaciones, no por casos fatales, porque allí nadie muere, sino porque todos se curan.

El señor Curbelo nos ha manifestado que si obtiene de la superioridad la facultad de ejercer libremente el hidromagnetismo, dispondrá en seguida un nuevo pabellón en su establecimiento destinado á la asistencia gratuita de los pobres y obreros, á los cuales suministrará de su peculio, cama, manutención y asistencia.

No se puede llegar á más; Curbelo ofrece hacer y hace cuanto de bello y hermoso puede hacer y ofrecer un espíritu lleno de amor y caridad por el prójimo desamparado, pues que ya es sabido que ni nuestros médicos ni boticarios caen en la *antigualla* de visitar enfermos gratis y dar drogas por el mismo precio.

El Gobierno debe, inspirándose en esos sentimientos de humanidad, conceder el permiso que se solicitará dentro de poco.

(De «El Liberal». — Montevideo 23 de Mayo de 1900).



## MANIFESTACIONES

AL SR. CURBELO

Pocos hombres en el país, como el señor Curbelo Baez, han logrado hacerse de una justa popularidad.

En los Departamentos del Este, sobre todo, goza de generales simpatías por los incalculables beneficios que ha producido su renombrado Instituto Hidroterápico de Minas.

En Minas, Canelones, Treinta y Tres, Maldonado, Rocha, Florida, Montevideo y La Plata, se recogen firmas,—que ya ascienden á más de 4 mil,—para solicitar de los Poderes Públicos se le conceda al señor Curbelo, sin necesidad de los servicios de un médico titulado, atender el Instituto Hidroterápico de que es propietario.

Son los hechos, que no sienten, y que hablan con más elocuencia que las palabras, los que han dado impulso á este movimiento.

El señor Curbelo tiene en su poder innumerables testimonios, que serán elevados á la consideración del Poder Ejecutivo, y en los cuales se constata la eficacia del método que sigue para las curaciones.

La sola presentación de esos documentos hará formar la convicción del Gobierno de que no se trata de apasionados entusiasmos y de pueriles exageraciones, sino de realidades, de grandes beneficios sociales, de bienes á la humanidad señaladamente importantes; de una actitud del pueblo no inconsciente como ocurre por lo general en las luchas de nuestra democracia, sino de peticionantes llenos de profunda fe, que no miden la magnitud de los obstáculos, porque éstos nada valen cuando se les opone la persuasión, la firmeza del propósito y la bondad del bien que se tiene en vista.

Queremos, por el momento, que nuestra voz sea escuchada como una

prueba de la realidad de nuestros asertos; es necesario que el convencimiento se haga acabado y maduro con el examen de la prueba que irá apareciendo, publicada en el diario *La Nación*, como en algunos otros de la capital, cuya veracidad y autenticidad garantimos.

Los peticionantes esperan que el gobierno de la república, inspirado como nosotros en el bien de nuestros semejantes, ha de ceder á lo que solicitan los departamentos del Este del país en el petitorio que oportunamente elevarán.—*Varios vecinos del departamento de Minas.*

(Del mismo diario en 16 de Junio)

## UN PUEBLO RECONOCIDO

Ya conoce sobradamente el público montevideano, el país entero y la vecina República argentina, lo que es y lo que hace el Establecimiento hidroterápico de Minas, fundado y sostenido vigorosamente por su propietario D. Luis Curbelo, contra las persecuciones de los médicos de aquella localidad.

¡Cuántos son los que conocen personalmente aquel Sanatorio edificado en el lugar más bello, aseado é higiénico de la ciudad de Lavalleja, entre perspectivas encantadoras, benéficos aires y galanos jardines que invitan al espíritu á abandonar las preocupaciones del trabajo diario!

¡Cuántos son los que le conocen por dicha propia, habiendo entrado allí con un pronóstico fatal de la ciencia médica, esperando el momento de despedirse de la vida, pero que, á los pocos días, han dicho á la muerte: *esperad, que aún no os pertenezco; el agua y el magnetismo me han vuelto á la plenitud de la vida!*

En verdad, los casos ocurridos en ese Instituto sanitario son tan maravillosos, que han hecho levantar de su letargo á la población de Minas, decidiéndola á tomar sobre sí la magna tarea de pedir al Gobierno y al Cuer-



po Legislativo, la protección que necesita este incomparable Establecimiento, no pidiendo inmunidades inmerecidas sobre nada ni sobre nadie, sino simplemente la facultad natural que necesita su propietario para poder curar libremente con agna y magnetismo.

Aquí no hay privilegios, ni farsas acomodaticias, ni hechos capciosos, sino realidades demostradas durante treinta y cinco años de constante práctica, de persecuciones y encarcelamientos injustos en que la población ha sido la defraudada: los hechos han emitido su voz tan poderosa, que ha llegado á aturdir los oídos del oficialismo médico, el cual ya se siente contrariado al hacer sus denuncias y al exponerse á las antipatías de la población.

Conocemos casos asombrosos que acreditan el método y la eficacia del tratamiento hidromagnético: la señora de D. Pedro Masguín, comerciante de esta plaza, asistida por varios médicos, desahuciada luego por éstos, por su afección pulmonar después de cuatro años de asistencia; vista y examinada por un médico de la capital que confirmó la opinión de los facultativos de Minas, fué traída como en último recurso al establecimiento del Sr. Curbelo y curada en seis meses! Hace de esto cuatro años y vive feliz, habiendo tenido nueva familia, y cuando el pronóstico facultativo apenas concedía algunos días de vida á la enferma!

Casos como éstos son tan generales, que han llegado á despertar de tal modo la animadversión de la clase médica, que el humanitario Sr. Curbelo ha sufrido siete denuncias y cuatro encarcelamientos por el hecho de *curar y no matar*.

El año pasado entraron á la clínica de su establecimiento 167 enfermos, y sólo murió uno fuera del establecimiento, curándose los demás.

Puede asegurarse sin exposición de errar, que los casos fatales son allí

mirlos blancos, después que el señor Curbelo haya pronunciado su diagnóstico y pronóstico.

Por eso es que el Departamento de Minas quiere conservar á todo trance ese Establecimiento y recabar del Gobierno del país la autorización para que el Sr. Curbelo pueda curar libremente con agua y magnetismo.

Y esos habitantes de Minas conseguirán su noble propósito; son tres mil adherentes que lo piden, y esa voz del pueblo no puede ser desoída por la Superioridad, porque es la reclamación de un derecho colectivo en que está interesada la salud de todo un departamento.

Elogiamos, como lo merecen, esa actitud definida de los habitantes de Minas y les auguramos un éxito feliz.—X.

(Del diario "España", de Montevideo.—15 de Junio, 1900.)

En parecidos términos se expresan la mayoría de los diarios del Uruguay, distinguiéndose en esta campaña "El Combate" y "La Nación". Este último inserta en 7 de Junio un largo relato, cuya extensión no nos permite trasladarlo á esta Revista, pero de cuya importancia dará idea el siguiente sumario, con el cual encabeza el artículo que se titula:

«*El Establecimiento Hidroterápico Minnano.*—Un caso de fiebre tifoidea.—Diagnóstico del Dr. Manegat.—Once días de tratamiento alopático sin resultado.—Cuarenta y un grados de fiebre.—Terrible pronóstico médico.—Remisión de la fiebre en veinticuatro horas por el hidro-magnetismo.—Alta del enfermo á las cuarenta y ocho horas.—Asombro de médicos y particulares.—Un boticario incrédulo.—Apuestas.—Otro enfermo desahuciado.—Cuatro días de vida no más.—



¡Curado por Curbelo en esos cuatro días!»

Nuestra más cordial enhorabuena á D. Luis Curbelo, deseando que el

más brillante triunfo corone sus tan desinteresados como laudables esfuerzos en pro de su humanitaria obra.

## EL PODER DE LA BONDAD

En Centa, donde el ruido de las olas se confunde con el que produce la cadena del presidiario, es donde tenía lugar por el año de 18... lo que vamos á referir.

En uno de los calabozos más lóbregos del presidio se encontraba Andrés, hombre corpulento, moreno, de barba negra y mirada en extremo antipática.

Ni la cadena á que estaba sujeto, ni las privaciones de aquel lugar de reclusión, ni los castigos que le imponían con frecuencia habían podido amansar á aquel ser feroz hasta lo sumo.

Sus compañeros le miraban como á una fiera: ninguno osaba contradecirle en lo más mínimo.

En un arranque de celos había matado á su mujer. Luego al verse perdido para siempre, como él decía, al notar la repulsión que inspiraba á la sociedad, al considerar que aquella mujer (la única que había amado en el mundo) se había burlado de él y había muerto en sus manos, al sentir las sacudidas de su conciencia, se apoderaban de él verdaderos vértigos que iban empeorando su carácter de día en día.

¡Infeliz! Si hubiera tenido instrucción no hubiera recurrido al crimen; pero ¡claro! abandonado por sus padres desde muy niño, sin tener un alma caritativa que le en-

señara la senda del bien, entregado á sus propios instintos, pidiendo hoy una limosna, atrapando mañana lo que no le querían dar, creció torcido hasta que fué á sepultarse en el abismo.

¿Y qué hacía allí? Purgar su crimen y nada más. Unicamente el Sr. Juan, el encargado de dar el rancho á los presos, se interesaba por aquel desgraciado. Llevado de su generoso corazón se había impuesto la tarea de transformar á aquellos desventurados por medio del arrepentimiento; pero comprendiendo que la conversión de todos ellos á la par sería punto poco menos que imposible, se fijó en uno de los peores, en Andrés, echándose la cuenta de que el más enfermo es el que más necesita la medicina.

No sólo de pan vive el hombre, solía decir con frecuencia. Es preciso que al mismo tiempo que les doy el alimento del cuerpo, les dé también el del alma que es el más necesario.

La empresa tal vez sea demasiado grande para un ignorante como yo; pero como mi intención es buena confío en que Dios me ayudará. Sí, sí, Dios me ayudará.

Y lleno de confianza corría á la celda de Andrés y aprovechaba todos los momentos para levantar aquel espíritu caído, para purificar



aquel corazón manchado por el crimen.

—Buenos días, hijo mío —le dijo al entrar con su acostumbrada bondad.

—¡Hijo de usted —le interrumpió el preso lanzando una carcajada.

—¡Hijo de usted! —repitió con amarga ironía. Si así fuera no me tendría usted aquí metido. Yo no soy hijo de nadie, estoy solo en el mundo

—No lo crea usted.

—¿Que no lo crea cuando lo estoy viendo?

—Ahora ¿está usted solo?

—Ahora estoy peor porque me está usted causando dolor de cabeza.

—Conque no le gusta el aislamiento, vengo á hacerle compañía ¿y se queja también?

—Porque más vale estar solos que mal acompañados.

—No diga usted esas cosas, por Dios; yo vengo con el mejor de los fines, deseo su bien, quiero que usted se reconozca, se enmiende y salga de ese terrible estado de ceguera en que se halla.

—¡Vaya, no me venga usted con los sermones de siempre; no quiero oírlo, ¿entiende usted?; no quiero oírlo.

—¿Y por qué, vamos á ver?

—Porque no me da la gana.

—¿No comprende usted que esa no es razón?

—Que no lo sea. A usted no le importa nada.

—Pues ya lo creo que me importa; siempre debe importarnos el bien de nuestros semejantes.

—¿Yo semejante á usted? ¡cualquier cosa! Tanta diferencia hay de usted á mí como del agua al vino.

—¿Y en qué consiste esa diferencia?

—Consiste... en que usted es... ¡qué sé yo! un tonto, mientras que yo soy un miserable.

—No se juzgue usted tan severamente; usted no es malo.

—Que no soy malo? ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!... ¡La primera vez que oigo una cosa así! No soy malo y he matado á mi mujer y me he hecho odiar de todos.

—Bueno, pero todo eso lo ha hecho usted porque no ha reflexionado un poco.

—Ya lo creo; pero la cuestión es que lo he hecho; de modo que he sido malo, lo soy y lo seré.

—No lo creo; usted lo que tiene es un carácter terrible, corregido éste, ya verá usted como se va arreglando de lo demás

—Pero como yo no quiero corregirme ..

—Sí quiere usted, sí.

—Entonces va usted á saber mejor que yo lo que quiero.

—Sí, porque conozco lo que le sucede. Usted quiere desechar ese modo de ser y no tiene fuerza para ello ¿no es eso?

—Eso sí es verdad.

—Pues bueno, yo le ayudaré á salir de ese estado.

—¡Imposible! ¡No puede ser! Lo mejor que puede hacer es marcharse y dejarme en paz.

—¡En paz! ¡Pobre criatura! Usted no sabe lo que se dice; como quedaría usted, sería en una guerra perpetua con sus pasiones y sus dolores. No, hoy no me marcharé hasta que me dé palabra formal de enmendarse de algo.

—¿Pero de qué me voy á enmendar?

—Por ejemplo, de esa acritud con que trata usted á sus compañe-



ros. ¿Qué culpa tienen ellos de lo que á usted le pasa?

—No tendrán la culpa, pero ya que me tienen aquí encerrado, me he de vengar en ellos. ¡Que se fastidien!

—Quien se fastidia es usted ¡infeliz! ¿No comprende que cuanto más daño haga, más responsabilidad tiene, más castigos sobre sí, más peso sobre su conciencia? Siga usted mis consejos y verá como se encuentra mejor y sino haga la prueba.

—Vaya, bueno, haré la prueba; es usted capaz de convertir á un demonio.

El Sr. Juan le tendió la mano.

El preso lo miró como el que ve visiones, se la alargó también y sintió que su interlocutor se la oprimía cariñosamente.

Ante aquel rasgo de nobleza, ante aquella prueba de afecto, ante aquella demostración de caritativo interés, el desgraciado Andrés sintió en su interior lo que nunca había sentido y dos gruesas lágrimas rodaron por sus tostadas mejillas.

Desde aquel día todos decían que Dios le había tocado en el corazón. Se comparó con el Sr. Juan, sintió

envidia de su modo de ser y se propuso imitarlo en todo y por todo.

Empezó por vencer sus arrebatos, se agarró después al trabajo y llegó á ser un modelo de humildad.

Bien pronto el que había sido temido, se encontró rodeado de atención y de cariño.

Cuando conoció las ventajas del bien obrar, se arrojó á los pies del Sr. Juan y besándole la mano le decía: ¡Bendito sea usted! ¿Cómo le pagaré tanto como le debo?

Aquellos dos seres eran completamente felices en aquellos momentos.

El uno se enorgullecía de su obra, el otro se sentía satisfecho de haber seguido los consejos de su compañero.

Si todos hiciéramos como el señor Juan, si nos convenciéramos de que se adelanta mas con miel que con hiel, si todos los asuntos de la vida los arregláramos con la caridad y la paciencia, comprenderíamos cuán grande es el poder de la bondad.

*Matilde Navarro Alamo*



## EL ESPIRITISMO EN CASTILLEJOS

Sr. Director de la "*Revista de Estudios Psicológicos*".—BARCELONA.

Estimado amigo y hermano: Desde hace algunos años era conocida en Castillejos, por cierto número de personas, aunque de un modo vago, la santa idea del Espiritismo; pero por un lado la carencia de médiums mecánicos ó intuitivos en

la localidad y por otro el desconocimiento más completo de la doctrina, en la generalidad, hacían que ésta fuera objeto del más absurdo ridículo dando margen á que nadie diera crédito á tan hermosas creencias.

Por fortuna para la buena causa,



llegó á este pueblo una Compañía dramática en el mes de Noviembre próximo pasado, y su director, don José Espinosa, espiritista de corazón y mejor creyente, en unión de sus hijos que profesan también sus mismas ideas, en los primeros días de su estancia en este pueblo se dió á conocer como tal y esto fué motivo suficiente para sostener algunas discusiones; él defendiendo sus creencias espiritistas, y los individuos de la población negando en absoluto; y como nada podía conseguir con teorías y faltaban médiums para convencer por medio de pruebas prácticas y buenas comunicaciones de elevados espíritus, tuvo que desistir de sus deseos de propaganda.

Sin embargo, como persona respetable y de creencias arraigadas desde muy antiguo, no por esto desmayó en lo más mínimo, sino, por el contrario, siguió más firme en sus ideas; y en la carencia de centros donde celebrar algunas sesiones y poder estudiar los diferentes fenómenos que se presentan, como son sus fervientes deseos; una noche, en los primeros días del mes de Diciembre, se reunió en su casa, en compañía de sus hijos y de la señora doña A., actriz de la misma Compañía y que hasta entonces había dudado completamente, y no teniendo otro medio, recurrió al velador, para ver si obtenía alguna comunicación.

Todos hicieron corro al rededor del velador y formaron la cadena: diez minutos transcurrieron en esa actitud sin conseguir el más pequeño resultado, cuando á los pocos momentos, tanto la hija mayor del director, como la señora A. se sienten poseídas de una especie de fluido magnético ó ataque nervioso, y sobrecogidas y llenas de espanto, am-

bas se levantan, negándose á continuar la experiencia.

En tal estado y sospechando el señor Espinosa que esto podría ser quizás un aviso, rogó á la señora A. que cogiera el lápiz y se pusiera á escribir; lo que consiguió después de las reiteradas negativas de dicha señora.

En efecto, cogió el lápiz y con una agilidad vertiginosa empezó á trazar en el papel líneas y algunas letras imposibles de descifrar en un principio: siguió en esta forma por espacio de quince ó veinte minutos... y cuál sería el asombro de todos, al observar que aquellas líneas y aquellas letras, eran palabras inteligibles y que obtenían una verdadera comunicación!

Pintar con todos sus detalles la satisfacción y el júbilo que se retrató en los semblantes de todos los allí reunidos, sería en extremo difícil.

— ¡Estamos de enhorabuena!—decía el director, lleno de entusiasmo.

— ¡Ya tenemos Médiu!—exclamaba otro.

— ¡Y médium Mecánico, nada menos!—gritaban todos á su vez.

— Esto es un fenómeno extraordinario que Dios ha operado en beneficio nuestro para demostrarnos su inmenso poder.

— Ya podemos constituir un centro y comunicar diariamente.

Era la primera piedra que debía formar los cimientos de tan grandioso templo.

Bien pronto corrió la noticia por el pueblo como chispa eléctrica, y bien pronto también empezaron á adherirse á la *santa obra*, lo mismo las personas más ilustradas, que las de la clase más humilde de esta localidad.

Desde aquella fecha no ha dejado



de verse concurrida la casa del señor Espinosa, donde se celebran las sesiones, por personas que antes negaban en absoluto y que hoy son verdaderos creyentes, á causa de las magníficas comunicaciones obtenidas gracias á Dios y á los buenos espíritus que nos dispensan el favor de acudir constantemente á tan modesto centro.

Cada día que pasa, hay más interés en conocer los grandes fenómenos psicológicos, y cada día también es mayor el número de adeptos á la grandiosa obra del santo Espiritismo.

En nombre de todos estos hermanos le saluda fraternalmente su afectísimo amigo y correlig. q. b. s. m.

*El Corresponsal.*

## EXPIACIÓN Y PRUEBAS DE UN ESPÍRITU

Sr. Director de la "*Revista de Estudios Psicológicos*".—BARCELONA.

Estimado amigo y h. e. c: Me permito exponer á su juicio un hecho recientemente acaecido en ésta, que los miembros de nuestro grupo juzgamos prueba elocuente de la reencarnación del espíritu; con las consecuencias compensativas de sus acciones; rogándole, si lo cree oportuno, su inserción en nuestra querida *Revista*.

El hecho es el siguiente:

En su edición de 7 de Octubre de 1899, el periódico local "*Nuevo Diario de Badajoz*," publicó la siguiente noticia:

«Las lavanderas que estaban ayer tarde en el río Jevora, en las inmediaciones del puente, fueron sorprendidas por una gran crecida del río.

Cuando se dieron cuenta de lo que pasaba estaban rodeadas de agua. Gracias á los auxilios de un barquero y de otras personas que allí había, pudieron salvarse todas, menos una joven de 18 años á quien arrolló la fuerza de la corriente y pereció ahogada en breves momentos.»

Transcurridos algunos días, en una de nuestras sesiones, cuando

nadie se acordaba de la desgracia relatada, se presentó espontáneamente un espíritu y dió la siguiente comunicación:

*Médium D. C.* —(Principió el espíritu su comunicación dando detalles que omitimos concernientes á su familia y al suceso que motivó su desencarnación) *Espíritu*: «Me llaman Pilar; hace pocos días que Dios tuvo á bien cortar el hilo de mi existencia cumpliéndose con ello una prueba pedida por mí.

Sí, hermanos; todos los sufrimientos de este mundo en que vivís son pruebas por vosotros pedidas para saldar cuentas contraídas en existencias anteriores.

Oíd mi historia:

Hace ya muchos años, muchos... yo era hebreo y poseía cuantiosas riquezas; tenía una hija en la cual cifraba, toda mi esperanza, si bien diré (porque hoy así me cabe reconocerlo) que más que amor paternal, era orgullo el que sentía por ella, pues hoy que veo mi corazón, hoy que puedo registrar hasta lo más recóndito de los pensamientos que me animaban en aquella triste existencia, hoy que puedo hablaros ingenuamente, os digo, hermanos, que



sólo estimaba á mi hija como una joya más de mis inmensos tesoros

Mi hija por el contrario era un corazón sencillo dotado de las más bellas condiciones, me amaba y respetaba verdaderamente... ¡ay! ¿porqué no participaba yo de aquel amor que me hubiera dado la felicidad? Pero no, no podía participar de él porque mi corazón estaba embotado por la ambición, y guiado por ella intenté unir á mi hija con otro de mi raza, pero mucho más viejo que yo.

Como para mí todo eran cálculos numéricos, no medí para nada las diferencias de edades y caracteres en aquellos amores, y creyéndolo conveniente para mis planes di cuenta del proyecto á mi pobre hija, la cual no lo rechazó debido al respeto que le inspiraba mi mandato. Sin embargo, desde aquel momento la ví languidecer; su existencia hasta entonces feliz fué para ella todo lo contrario, triste, meditabunda y penosa, porque en mi presencia fingía una calma que no había en su corazón: no pasó esto desapercibido para mí, porque algunas veces la ví ocultando sus lágrimas: ¡pobre hija mía!

Por un obstáculo imprevisto se dilató algún tiempo más su unión con mi amigo; esto fué causa de que variase por completo la disposición de ánimo de mi hija, porque en aquel período conoció á un joven casi de su edad al que amó, contrariando así mis deseos. (Aquí hizo un descanso el espíritu.) Ya os he dicho que mi hija amaba á ese joven. ó mejor dicho se amaron. Sabedor de estos amoros, puse todos los obstáculos que me fueron posibles, pues ya sabéis el fin que me proponía; pero como á nosotros no nos es dado destruir lo dispuesto por Dios, y esas dos almas venían para unirse, no fué posible con ruegos y con amenazas romper su amor. Sólo logré hacer peor la situación de todos, porque á causa de los obstáculos que interpusé entre los dos, convertí un amor puro en criminal. Debo daros

una aclaración y es que esta palabra es sólo aplicable á mis creencias en aquella época. Digo criminal, porque así lo creí; sin embargo, no hay tal crimen en la unión de dos seres, aun no estando sancionada por la sociedad y sus leyes. Toda unión que santifique el amor, no necesita sanción, porque la trae en si misma.

Pues bien, mi hija hnyó, y mi ira fué mayor por varias razones. El hombre que ella había elegido era de una raza aborrecida por mí; era cristiano; además de esto, que ya era sobrado motivo según mis creencias, venía al mismo tiempo á desbaratar mis ensueños de ambición y quebrantaba mis riquezas, quebranto que yo quería ocultar y abonar con la unión anteriormente proyectada.

No fué menos el encono que sintió mi amigo al verse burlado así, y como comunes iban á ser nuestros intereses y existencia, común fué nuestra alianza para vengarnos de mi hija y su seductor.

Hicimos averiguaciones para encontrarlos, y algunos meses después pudimos dar con ellos.

Mi hija vivía una vida modesta en un pequeño pueblo situado en una costa... ¡ya era madre! y pensamos vengarnos en su hijo. Yo os digo ante Dios que no fui yo el que concibió ese pensamiento; sin embargo, lo acepté con alegría, pues quería herirlos en su corazón, y una noche, seguido de mi amigo, entré por una ventana en el dormitorio de mi hija, arrebaté el niño de su cuna y ebrio por la venganza lo sepulté en el mar; después... ¡huí!; toda la tierra era poca para mí; en todas partes me seguía el remordimiento, y mayor era mi tormento porque siempre me seguía implacable mi amigo excitándome aún más á la venganza; pero yo estaba arrepentido.

La sombra de mi nieto me seguía por todas partes; los gritos de su madre los escuchaba hasta en mis ensueños; tal horror tomé á la vida que puse fin á mi existencia.



No por esto concluyeron mis sufrimientos; ignoro cuánto tiempo pasé en el sitio donde cometí el crimen; sólo recuerdo que un día ví aparecer á mi compañero; esto en vez de atenuar mis sufrimientos los aumentó, porque ya no solamente tenía que luchar con mis remordimientos, sí que también huir de su subyugación. Pasé muchos años sufriendo y esperando, porque al fin había entrado en mi ser la intuición de Dios. Después he reencarnado varias veces y en todas ellas me ha perseguido ese espíritu desgraciado, pues desde luego que vió mi arrepentimiento, extendió hasta mí sus obras de venganza.

Mucho he sufrido en esas encarnaciones; pero convencido de que el sufrimiento me haría adquirir la felicidad, siempre me presté gustosa á sufrir y pagar mis deudas anteriores, y al elegir cuerpo para esta última encarnación, lo hice con objeto de sufrir la misma muerte á que condené á mi nieto.

Hoy soy feliz, y más lo fuera sin la

influencia de ese espíritu desgraciado que aún me persigue.

Esto es cuanto tengo que deciros. Ahora os pido ayuda para hacer todo el bien posible á ese hermano, con quien desearia llegar á compartir la felicidad así como compartimos el crimen.—*Adiós.*

Hasta aquí la comunicación. Posteriormente el espíritu de Pilar nos autorizó para enviar copia de su dictado á la *Revista* suplicando su inserción. Debo añadir, para terminar, que habiendo evocado en el grupo varias veces al espíritu vengativo citado por Pilar, con el caritativo fin de llamarle al buen camino, no ha conseguido poder comunicarse, debido á su lamentable estado de atraso moral.

Le abraza fraternalmente su amigo y correligionario.

*El Corresponsal,*

A. A.

Badajoz, 3 de Agosto de 1900.

## LIBROS RECIBIDOS

**El Espiritismo en la Historia de la Filosofía.** por Valenciano Cel.—Biblioteca de la Revelación.—Alicante, precio 2 pesetas.—Próximamente nos ocuparemos de esta obra con la detención que requiere.

**España y los toros.**—¡La horrenda lidia! por Víctor Ozcariz. Precio 50 céntimos. De venta en Madrid y Valladolid (librerías de Fé y de Nuevo) y en Medina del Campo, imprenta Hermanos Roman.

**¿Comment est constitué l'Etre humain?**—Le Corps.—L' Astral.—L' Esprit et leurs correspondances.—Les Auras humaines.—Clef des Constitutions à neuf, sept et cinq éléments, par le Docteur Papus.—Paris: Chamuel, éditeur. Prix: 25 centimes.

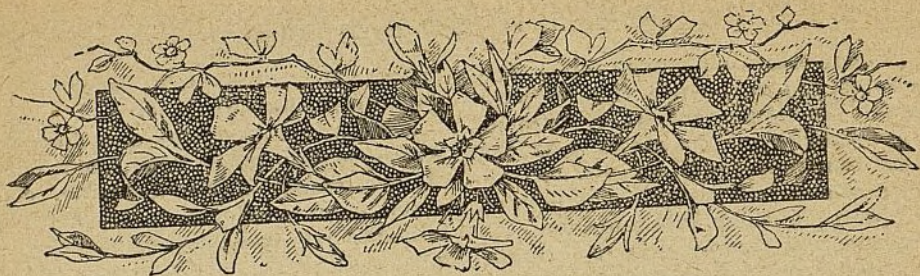
**El Universo Espiritista**, por don Víctor Ozcariz y Lasaga.—Santander, 1875. Precio 3 pesetas.

**¿Cómo acabará el Mundo?**, por C. Flammarión.—Biblioteca de la Irradiación.—Madrid, 1900. Precio 10 céntimos.

**L' homme est grand par son esprit.**—Ce qu' il doit savoir pour se connaître lui-même par l' enseignement du Spiritisme.—L' Evangèle par un esprit supérieur—Premier volume.—Paris, L. Chamuel, éditeur, 1900. Prix: 4 francs.

Acusaremos siempre recibo de todas las obras que se nos remitan y daremos noticia bibliográfica de las que recibamos dos ejemplares.





## POSTRIMERIAS

### MATERIALISMO

Todo va á terminar; mi sangre apenas  
 circula por las venas,  
 mi cerebro atrofiado  
 no graba en sus celdillas lo pasado;  
 mi ser se esteriliza y se destruye,  
 la vida se aniquila, se concluye,  
 y al terminar mi vida todo cesa;  
 lo mismo se concluye que se empieza.  
 Pero ¿por qué me rindo sin aliento  
 si escasamente cuento  
 de tres lustros la huella en mi sendero?...  
 Quiero vivir aún más .. Y, si yo quiero,  
 ¿por qué no lo consigo?  
 ¿qué titán, qué poder lucha conmigo,  
 si por más que batallo,  
 readido de luchar, fuerzas no hallo,  
 y como verde arbusto  
 me troncha, siendo aún joven y robusto?  
 Siendo yo *voluntad* y siendo *fuerza*,  
 ¿quién habrá de impedir que las ejerza?...  
 Inútil combatir: mi fuerza acaba,  
 y, cual hirviente lava,  
 mi cráneo abrasa, mi mejilla arde.. ;  
 qué tarde es ya, qué tarde..  
 se ofusca mi razón, tiembla mi mano...  
 es la muerte.. ¡la muer e! ¡qué temprano!  
 Renunciar para siempre á mis amores  
 estando de mi vida en los albores;  
 ser yo *nada* otra vez, me desespera;  
 espera, muerte, espera!..  
 no puedo.. se trastornan mis ideas...  
 Adiós, vida ruin .. ¡maldita seas!

¿No los veis! Es verdad. De varios modos  
 me sonrén, me escuchan y me aclaman.  
 ¡Sombras de mis mayores esperadme!..  
 Vosotros no lloréis, las manos dadme:  
 no lloréis os lo ruego;  
 hasta luego, hasta luego...  
 cese ya este dolor y esta agonía ..  
 vuela, vuela, alma mía...  
 no puedo más. . se turban mis ideas...  
 Adiós, mundo infeliz. ¡Bendito seas!

### ESPIRITISMO

Esto va á terminar; mi sangre apenas  
 circula por las venas  
 y mi ser material se postra inerte;  
 la ciencia, sus resortes agotando,  
 está mi vida orgánica alargando;  
 mas, no hay duda, la mal llamada muerte  
 cébase en mi envoltura carcomida  
 y pronto dejaré *vida* por *vida*.  
 ¿Por qué me he de quejar! si aun es tem-  
 esta separación, para consuele, [prana  
 rasgando del pasado el negro velo,  
 pondrá ante mí la aurora del mañana.  
 ¿Por qué me he de quejar! Torpe gusano,  
 dejo el capullo en nauseabunda fosa,  
 y libre de su red me lanzo nana  
 transformado en ligera mariposa;  
 á mi tiempo otra vez haré el tejido,  
 y en laboriosa oruga convertido,  
 mariposa seré que aún más radiante  
 con el iris mis alas abrillante,  
 y en esta lucha por el bien perdido,  
 viviendo eternamente  
 llegaré hasta la cúspide eminente,  
 dando gracias á Dios de haber vencido.  
 No me lloréis así, seres que un día  
 fuisteis mi amor y toda mi alegría;  
 esperad, esperad como yo espero  
 y pronto me veréis, porque yo os quiero  
 y á vuestro lado transcurrir ansío  
 mis incontables horas de albedrío.  
 Venid, y no llorad... Cercadme todos  
 cual hacen *esos otros* que me llaman.

*Angel Grinda.*



# COMUNICACIONES DE LOS ESPÍRITUS

GRUPO PRIVADO

*Médium A. M.*

## LA ARMONÍA

La belleza es la resultante de la armonía.

Todo lo bello es armónico y todo lo armónico es bello.

La corrección de líneas en la estatuaria y en el dibujo en general, constituyen la armonía y por lo tanto la belleza. La armonía de los sonidos constituye la belleza de la música.

La armonía también en las acciones todas de la vida del Espíritu, forman el ideal de la más pura belleza que podríais llamar de fondo.

En la naturaleza física todo es armónico; por eso todo es bello.

El tinte azulado de las lejanas montañas, el perfil del horizonte, el murmullo de las aguas, el susurro del viento, el azul del cielo, la luz del sol abriéndose paso entre una cortina de nacaradas nubes, el suave trinar de las aves, el perfume de las flores, todo eso encanta los sentidos y embelesa el alma y lo hallaréis bello porque es armónico.

Pero esa sublime armonía del mundo físico recuerda siempre al hombre otra armonía que siente en el fondo de su alma; armonía que en esa contemplación de la naturaleza rebosa á borbotones de su pecho; esa otra inefable armonía, ese complemento de todas ellas es la idea que despierta del Supremo Hacedor de todo lo creado.

¡Cuán pocos serán los que ante los

sublimes espectáculos que la naturaleza presenta al hombre, al compás de su corazón que late más acelerado no dediquen un pensamiento al autor de todas las maravillas!...

Y la armonía existe en todo; existe en la parte y existe en el conjunto; existe en lo que veis y existe en lo que no veis.

Buscadla en todas partes que en todas la hallaréis. Lo mismo bajo el plomizo cielo y en las anchas y nevadas estepas de las regiones polares, que bajo el radiante sol y espléndida vegetación de los trópicos; lo mismo, si levantáis la cabeza, en el rando movimiento de los astros, como si miráis á vuestro alrededor y los ojos se fijan en una gota de agua ó en un pobre tallo de yerba que holláis indiferentes, ó en un mineral inerte.

Armonía en el movimiento, armonía en las formas, armonía en el objeto, armonía en todo.

Procurad, pues, vosotros ser armónicos, porque sin duda el hombre ha de trabajar aún mucho para serlo; pero lo será al fin; trabajad, os repito, y entonces arrebatado vuestro espíritu en las celestes armonías, completamente desconocidas aun para vosotros, hallaréis allí purísimos goces en medio de la perfecta armonía de la creación.

ADIÓS.





En 1813 publica Delenze su *Historia del Magnetismo*, basada en 25 años de práctica magnética y de un constante estudio de los autores antiguos y contemporáneos. Algún tiempo después escribió su *Instrucción práctica sobre el Magaetismo animal*, que en nuestra época se ha traducido al castellano y que tan popular se ha hecho entre los espiritistas españoles y sudamericanos.

Delenze, además de ser una de las más grandes figuras del Magnetismo, era también un botánico distinguido, habiendo desempeñado los cargos de secretario del *Jardín de Plantas* de París y de bibliotecario del *Museo de Historia Natural*.

Alma de una rara elevación moral y pensador como pocos, magnetizador dotado de la experiencia de una larga vida consagrada á estos estudios, Delenze ha dejado impreso el sello de su personalidad en todas sus obras, en las que no se sabe qué admirar más, si la dulzura y amor al prójimo que en ellas se respira, la riqueza de conocimientos teórico experimentales que revelan, ó el carácter marcadamente práctico que las distingue.

En 1815 aparece en escena el aba-

te Faria, procedente de las Indias portuguesas, que dió en París algunas sesiones. El abate Faria no creía en el fluido magnético ni en el poder de la voluntad, sino que proclamaba que la causa del fenómeno residía en el sujeto y no en el magnetizador. Su procedimiento consistía en rogar á la persona que se sometía al experimento, que cerrara los ojos y se abstrajera. Luego con voz imperativa decía: «Dormid», repitiendo la orden dos ó tres veces.

De cada diez personas, una ó dos quedaban dormidas.

En 1819 el Dr. Bertrand, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, explicó un curso público de Magnetismo, cuyas doctrinas profesaba. En la misma época el general Noizet, discípulo del abate Faria y que como él atribuía los fenómenos á la imaginación, se asoció con Bertrand, á quien logró convertir á sus ideas. ¡Cosa rara! Algún tiempo después el general Noizet se pasaba á la escuela fluidista ó magnética.

En 1820 realiza notables experimentos en la Salpêtrière y en el Hôtel-Dieu, el barón Du Potet, á quien tanto debe el Magnetismo. Tal vez



se observa en sus obras falta de orden y de método, pero hay que tener en cuenta que él no trataba más que de acumular materiales, esperando que el porvenir se encargaría de elaborar sobre ellos la verdadera ciencia magnética. Ha dejado escritas muchas obras, entre ellas tres de gran importancia: *Manuel de l'étudiant magnétiseur. Traité du Magnétisme* y *La Magie dévoilée*; de esta última apenas se encuentra hoy un ejemplar (1).

(De 1831 á 1837). La Academia de Medicina, á propuesta del doctor Foisac, nombra una comisión encargada de examinar los fenómenos magnéticos. El Dr. Husson, encargado de redactar el informe, llega á admitir hasta la doble vista, el don de profecía, etc. Este informe quedó en el archivo, sin que la Academia lo rechazara ni lo aceptara.

Seis años después un magnetizador, el Dr. Berna, solicita de la Academia el nombramiento de otra comisión que por fin se nombró, siendo el ponente de ella el doctor Dubois (d'Amiens). El informe de esta segunda comisión, completamente desfavorable á la causa del Magnetismo, es aceptado por la Academia.

El Dr. Burdin ofrece un premio de 3.000 francos al que demuestre la posibilidad de leer sin auxilio de los ojos. Se presentan tres magnetizadores. Uno fracasa en sus tentativas, otro no llega á entenderse con la comisión y el tercero se retiró sin hacer ningún experimento. La Academia acuerda entonces no

volver á ocuparse más del asunto.

En 1842, James Braid, cirujano de Manchester, publica su obra *Neurypnology*. Braid era al principio un escéptico, en materia de Magnetismo. Impresionado por algunos fenómenos que observó en unas sesiones que dió Lafontaine, procuró luego repetirlos con algunos amigos. Se considera Braid como fundador del Hipnotismo, puesto que niega la existencia del fluido magnético y atribuye los fenómenos al estado especial del sistema nervioso del sujeto, producido por la inmovilidad del cuerpo y la fijeza de la atención. Pero Braid no ha negado nunca el Magnetismo; algunos de los fenómenos magnéticos confiesa no haber logrado producirlos con sus procedimientos. Trató de aplicar el Hipnotismo á la Frenología, tan en boga en su tiempo.

El Dr. Liebeault, de Nancy, publica en 1866 su obra *Du Sommeil et des états analogues considérés surtout au point de vue de l'action du moral sur le physique*.

Atribuye los fenómenos á la concentración del pensamiento sobre la idea única de dormir, á la inmovilidad del cuerpo y al aislamiento del mundo exterior. Según él, el sueño hipnótico no difiere en el fondo del ordinario.

El Dr. Liebeault es, por decirlo así, el decano de esa brillante escuela de Nancy que hoy marcha á la cabeza del hipnotismo científico, y que cuenta entre sus filas á los Beaunis, Liegeois, Bernheim y otros

El Dr. Charcot comienza á estudiar en 1878, con la ayuda del no menos ilustre Dr. Paul Richer, su principal colaborador en esta empresa. Director del Hospital de la

(1) En la redacción de la REVISTA existe uno de la 2.ª edición por el que se pagaron 90 francos hace 15 años. Contiene en fotografía el retrato del autor y un autógrafo del mismo. Se anuncia una edición económica de *La Magie dévoilée*. (N. de la R.)



Salpêtrière, limitó únicamente sus experimentos á las mujeres histéricas. De aquí el gran error de su escuela al suponer que el Hipnotismo es una *neurosis experimental*. No obstante, á la alta autoridad científica de Charcot se debe el que la ciencia oficial admita hoy sin discusión el Hipnotismo.

Y terminaremos este bosquejo histórico diciendo dos palabras acerca de un hipnólogo español, el doctor Sánchez Herrero, antiguo catedrático de Valladolid y hoy de la Universidad Central. Su obra *El Hipnotismo y la Sugestión* es altamente recomendable por los conocimientos que revela, por estar basada en una larga práctica, por el orden y método con que está escrita y por ser la más completa de las que hemos leído. Es también la más á propósito para un principiante que desea hipnotizar. A pesar de

sus protestas en favor del Hipnotismo, el Dr. Sánchez Herrero es más bien un ecléctico y en muchas ocasiones llega á admitir el fluido magnético. El capítulo consagrado al Contagio nervioso, por ejemplo, lo firmaría sin inconveniente alguno el magnetizador más entusiasta.

Como habrán observado nuestros lectores, nos hemos limitado únicamente en esta *Ojeada histórica* á hacer resaltar las personalidades más eminentes del Magnetismo y del Hipnotismo.

En el próximo artículo nos ocuparemos de marcar detalladamente las diferencias que existen entre las diversas escuelas que hoy se disputan la explicación de estos fenómenos y los principales argumentos que en su favor aducen.

JOSÉ CEMBRANO.

(Continuará.)

## LA MÉDIUM DE LAS FLORES

INVESTIGACIONES HECHAS EN EL «GRUPO MARIETTA» DE MADRID

**Pneumatografía**

**Bicorporeidad**

**Materializaciones**

**Aportes y otros**

**Fenómenos espíritistas**

POR EL VIZCONDE DE TORRES-SOLANOT

Un tomo en 4.º—Edición única.—3 pesetas.—De venta en las principales librerías y en la Administración de la «Revista de Estudios Psicológicos». Córtes, 209, pral. Barcelona.

## EL INFIERNO Ó LA BARQUERA DEL JUCAR

LEYENDA ESPIRITISTA OBTENIDA MEDIANICAMENTE EN EL GRUPO «LA PAZ» DE BARCELONA, DIRIGIDO POR JOSE M.ª FERNANDEZ COLAVIDA

Principió este dictado espiritual en la sesión del 25 de Julio de 1870 y terminó en la del 30 de Agosto del mismo año, por el

**MÉDIUM AQUINO**

Un tomo en 4.º—Edición única.—2 ptas.—De venta en las principales librerías y en la Administración de la «Revista de Estudios Psicológicos».—Córtes, 209, pral.—Barcelona.

Imp. de P. ORTEGA, Aribau, 13—Barcelona.



si necesita esta demostración; deme el señor cura razones, y así tal vez nos entendamos.

—¡Razones! ¿quién ha de discutir contigo, con una endemoniada, con una hechicera, como públicamente te llaman?

—Lo siento, señor cura; de ese modo os veré alejado de la verdad y experimentaré el sentimiento de ver que por vuestra parte no coadyuváis á la armonía; en una palabra, si vos no me ayudáis, señor cura, me será imposible sacaros del infierno.

El cura se echó á reir sarcásticamente, y volviéndose á la Condesa dijo:

—Está visto, señora; no hay medio de transigir.

—Sí; mientras no tengáis otras razones que las que acabáis de exponer, difícilmente convenceréis á nadie.

El cura la miró con aire despreciativo, y le volvió la espalda fingiendo distraerse con la corriente del río.

—Me has dado un mal rato, María.

—Perdonad, señora; toda verdad, cuando está en oposición con nuestros hábitos y modo de sentir, es amarga.

—Aun suponiendo sea cierto, has estado cruel y sientan muy mal en tus labios esas frases de reconvención para aquel que viene decidido y sirviendo de intercesor para mejorar tu fortuna.

—¡Mejorar mi fortuna, señora!—exclamó admirada María; —para eso es preciso que yo tenga ambición de mejorar mi estado, que no esté contenta de él.

—Claro está; es justo y natural que tengas el deseo de mejorar.

—Señora Condesa; siento en verdad tener que sacaros de ese error, pues considero que en vuestro buen deseo creisteis labrar mi felicidad. Yo, señora, no estoy descontenta: es más, soy dichosa; y no puede la señora Condesa, ni nadie en el mundo, darme otro estado mejor; pero, repito que agradezco su buen deseo.

—¿Conque, eres dichosa?

—¡Oh sí! ¿quién lo duda, señora?

—No lo entiendo; ¿dónde está tu dicha?

—Aquí—dijo María poniendo la mano en su pecho:—este corazón no late para las comodidades; no anhela la



molicie y el fausto; las riquezas para él son un peso enorme, y tanto es así, que cuando algo tiene lo da. Sólo goza el alma mía, señora, en la paz y la tranquilidad del sueño; vos, en cambio de todo esto que poseo, queréis darme azares, cuitas y lágrimas... Ah! señora!: guardad vuestro tesoro, que esas son las alfombras del infierno.

—María, estás en un error; hablas así porque no conoces otra cosa ni otra vida que la que te es habitual, y en tu sentir exagerado es infierno para tí todo aquello que no has visto: ¿quién te ha dicho que en el mundo no haya felicidad sino para los seres que viven como tú?

—No pretendo que la felicidad deje de existir allí también, sino que teniéndola yo segura aquí ya, no me parece que deba abandonarla por una eventualidad.

—Todo eso yo no lo traduzco más que por una insistencia en tu oposición; pruébalo al menos y tendrás razón para apreciarlo. Yo había proyectado que me acompañaras á un retiro, donde juntas nos consagraríamos, en común con las religiosas del monasterio, en honrar y adorar á Dios. Puesto que la vida retirada te gusta, yo no encuentro otra mejor; mucho más cuando allí estarías libre de estos trabajos rudos en que ahora te ejercitas y ajena á las exposiciones naturales de este lugar.

—Gracias, señora, gracias; no encuentro palabras con qué expresar mi agradecimiento; pero como yo creo en otro orden de ideas distinto del vuestro, es un absurdo, en mi sentir, que venida á este mundo para ser útil y apreciándolo así mi conciencia, vaya á encarcelarme por holgazanería y á vestir hipócritamente mis carnes con el hábito del egoísmo. Yo á mi vez, señora Condesa, os digo que no conociendo otra vida que la que os es habitual, no comprendéis la satisfacción y el inmenso placer que se experimenta cuando la noche llega y me reclino en mi dura almohada, convencida de que he cumplido mi deber.

—¿Pues que allí no se cumple con el deber?—preguntó la Condesa.

—No le hagáis caso á esta loca,—interrumpió el cura sin poderse contener.

—No, señor cura, allí se está en el infierno.

—Todo es infierno para ti.



—Claro está: ¿qué significa, señora, la discordia, la divergencia de ideas, la inutilidad?; pues allí no puede producirse otra cosa que cantos armónicos que nada satisfacen al desgraciado. Si me hubierais convidado á ir á curar enfermos en los hospitales, ya sería otra cosa; pero ¡vestir figuras de madera!... contraigo yo aquí más méritos, señora, pasando de balde al caminante.

—Está visto que no te dejarás convencer—dijo la Condesa.

—Ya recurriremos al alcalde de Mahora, cuyas razones serán más convincentes.

—¡Amenazas, señor cura! Me dais lástima! Estoy tranquila; no temo que el alcalde venga á incomodarme; ya veis como vuestro intento se frustra de todos modos.

—No es amenaza, María—dijo la Condesa;—pues es fácil que el señor cura te aprecie, á pesar de la ofensa que le has inferido. Hemos cumplido con nuestro deber verificando un acto de caridad; piénsalo bien; después de meditado, ya nos comunicarás tu resolución.

—Es cosa resuelta, señora Condesa, y os doy las gracias por tanta caridad.

—Ved cuán ingrata es y grosera—observó el cura á la Condesa.

María, con la calma que le era natural, le dijo:

—Señor cura, permitidme que os diga ó que no sabéis lo que es caridad, ó que estáis rabioso.

—Esa es tu enfermedad endiablada, que hasta la palabra caridad se despega de tus labios.

—Veamos, señor cura—dijo la Condesa, dejad que me diga lo que es caridad.

—¿Es caridad lo que estás haciendo conmigo y la señora Condesa?

—¿Y es caridad, señor cura, lo que la señora Condesa y vos pretendéis hacer conmigo?

—¿Quién lo duda? ¿Vas á ofender ahora á la señora Condesa también?

—No es tal mi ánimo, porque la señora Condesa obedece á vuestra gestión ó influencia, creyendo que realiza una obra meritoria; así pues, la lección de caridad, si la aceptáis, señor cura, es para vos.



—Sí, María; yo haré cualquier sacrificio que tú quieras; rebajaré mi dignidad, si es preciso, siempre que en ello consiga la satisfacción que anhele.

—Escuchad: yo os confieso que siento en el fondo de mi pecho un inmenso placer cuando os veo; y os confieso que hay momentos en que la pena me ahoga cuando reflexiono en vuestro pertinaz intento!

—María, eso es amor.

—No sé lo que es, señor; mas si es amor, es el amor más puro que pueda concebirse en la mente humana. Yo, señor Conde, tengo el afán de llevaros al camino del bien, y con vuestra persistencia es imposible que entréis en él.

—Es imposible que yo pueda conformarme á tu deseo si desistes en desviarme de mi intento.

—En ese terreno, señor Conde, no estaremos acordes nunca; si vos tenéis calma, tal vez nos veamos con placer algún día.

—María, ¿si será cierto lo que mi corazón siente?

—No, señor Conde; vuestro corazón os engaña.

—No me engaña, María; hay una voz, aquí dentro, que me dice que tú me quieres.

—Sí; pero esa voz es la voz de la materia, y la que debéis escuchar es el dulce sentimiento de mi alma.

—María, es mucho el fuego que arde aquí para que yo apague la hoguera.

—Pues es preciso, señor Conde; de otro modo perderéis la amiga que os ofrece su cariño fraternal.

El Conde conoció que continuando este diálogo, poco adelantaría en sus miras y decisión; así es que se aproximaba cada vez más hacia la joven. María, por el contrario, se retiraba.

—No huyas, María; no te alejes, pues si es verdad que tú lees en los pensamientos, ya conocerás lo dispuesto que estoy a llevar adelante mi propósito.

—Ya lo veo y por ello lloro desconsoladamente, porque mi voz no halla eco en vuestro corazón.

El Conde empujó á María hacia dentro, y como él ocupaba la puerta, la joven fué á refugiarse en el rincón de la choza, lugar donde acostumbraba sentarse su padre cuando ella recibía sus lecciones.



La oscuridad hizo titubear al Conde. Temía penetrar en el interior. Ultimamente, decidido, marchó con los brazos abiertos hacia el sitio donde suponía que la joven se había refugiado. El grito de ésta dió á entender que el Conde había llegado hasta ella.

—¡Padre mío!—exc'amó María al hallarse entre los brazos del Conde.

—Aquí no hay más padre, más voluntad, ni más amparo que mi deseo. Veamos todo el poder de una hechicera.

—¡Dios de mi alma, dadme fuerza!

Una luz fosfórica primero, vívida, intensa después, se interpuso entre María y el Conde.

María cayó de rodillas viendo la protección que en su fe esperaba.

El Conde retrocedió, restregándose los ojos y recogiendo su razón, pues no se daba cuenta del fenómeno.

Aquella luz fué difundiéndose y aumentando el punto opaco de su núcleo, hasta el extremo de que la claridad convirtiósese en una aureola que rodeaba la forma que en el mundo afectaba la entidad de Francisco. María y el Conde exclamaron á un tiempo:

—¡Mi padre!

—¡El señor Conde!

Javier no podía darse cuenta de lo que pasaba. Vió la mano derecha de aquella figura posada sobre la cabeza de María, y con la izquierda señalar la puerta de la choza.

Una voz que retumbaba en lo último de su conciencia, le decía:

—Salid, Conde; no es este vuestro lugar.

No pudiendo resistir á esta orden y visión extraña, se lanzó fuera de aquel recinto frenético y sin conciencia de sí propio.

María rezaba; pero un grito que llegó hasta ella, agonizante y triste, la sacó de su abstracción.

—¡Asesino! ¡Dios me valga!

El Conde cayó herido en la puerta de la choza; su agonizante grito fué el que sacó á María de su concentración.

Esta voló á la puerta y le cogió en sus brazos. Su primer acto fué rasgar su toquilla para restañar la sangre de su hermano.



La herida era terrible y mortal.

—¿Quién te ha herido, Javier?—exclamó María desconsolada.

La voz del Conde había expirado en su garganta.

—¿No me oyes ya? ¿no me escuchas? ¡Dios mío, amparadnos! ¡Javier! ¡Javier! ¿Quién te ha herido?

Una carcajada que sintió á su espalda sacó á María de la atención que prestaba al Conde.

Volvió su vista anegada en lágrimas y distinguió la figura de Roque con los brazos cruzados y barbotando esta frase:

—¡Habéis creído engañarme: cual vosotros saboreasteis el engaño, yo saboreo mi venganza!

—¡Huye de aquí, miserable! Huye de aquí... y que no te olvide Dios en tu camino.

—No me marcharé, estás equivocada; quiero llevar mi satisfacción más allá.

Levantándose María sobre una de sus rodillas, sin abandonar el cuerpo del Conde, repitió:

—Huye de aquí, huye, y Dios te ilumine. Vé y llora tu arrepentimiento. Pide á Dios vida y ocasiones para purgar tu delito.

Cuando María concluía sus frases, se apoderaba de la imaginación de Roque, la idea de arrojarle sobre aquélla, sin consideración á su víctima; pero á su primer impulso agresivo, *Leal* se abalanzó á las piernas de Roque mordiéndole en las pantorrillas con tal ahinco, que el miserable asesino echó á correr, tanto más, cuanto que acudían transeuntes por el camino.

María comenzó á dar voces de socorro: la gente se aproximó y la ayudaron á colocar al Conde en el lecho mismo en que murió Francisco.

Después, no ocurriéndosele á María otra cosa, lavó la herida del Conde con la misma agua con que tratara á su perro y en seguida se puso en marcha uno de los transeuntes para dar aviso en el molino y otro para ir por un médico á Valdeganga.

Inútil es decir que María lloraba como una Magdalena al lado del Conde.



## XVII

## El desencanto

Roque y Gregorio buscaban una ocasión durante la cual pudiesen llevar á cabo su proyecto: ésta la hallaron desde el momento que averiguaron el tiempo que María acostumbra invertir todas las noches en la primera choza que arrulló su infancia. Sabido esto, no faltaba más que poner mano á la obra, y así lo intentaron en la noche misma, antes que acudiese allí el joven Conde.

Gregorio y Roque conferenciaban sobre el modo de verificar el intento, en el sitio acostumbrado para sus citas.

Decía el guardabosque:

—Primero asegurémonos de la gente, que pudiendo estar próxima, vinieran á notar algo.

—Tienes razón. Vamos á ello,—contestó Roque.—Yo rondaré por este lado (señalando en dirección del molino) y tú por ese otro, observando quién pueda acercarse por las avenidas. Si no hay nada que nos lo estorbe, los dos concurriremos á la choza por la parte de la espalda de aquella en que está María, y puesto que la puerta de allí donde duerme está franca, gracias á tus puños, entraremos, cargaremos y volveremos aquí.

—Me parece bien; hasta luego—dijo Gregorio comenzando á marchar.

Roque tomó por el lado que él mismo había elegido; con toda la precaución posible, se fué deslizándose entre los árboles que sembraban la senda que conducía al camino.

Por aquel lugar, nadie absolutamente les observaba.

Cortó á la derecha, pasando como á unas veinte varas de la fuente donde la Condesa descansó de su paseo, y siempre en dirección á la orilla del río.

A poca distancia de la fuente, y en la misma dirección que él llevaba, le pareció observar un grupo como de tres hombres.

Estuvo indeciso por un instante si continuar ó no marchando; pero aprovechando el ruido que el viento hacía al sacudir los árboles, se dijo:



—Podré escurrirme agazapado entre la maleza y llegar cerca de ellos, gracias á este vientecillo que sopla.

Como lo pensó, lo hizo; deslizóse hasta llegar casi frente á los transeúntes, marchando al través de una espesa enramada.

Por la voz, aunque hablaba bajo, creyó reconocer en los individuos, al señor Cura.

—¡Tate!—se dijo,—si es el Padre! ¿A quién estará confesando en este sitio y á estas horas? Si yo pudiera distinguir... Esta maldita yerba me lo estorba; pero, en fin, éstos se conoce que no tienen ánimos de pasar por donde estamos, pues el que viene á ocultarse aquí no tiene gana de ser visto; no obstante, estaré en acecho por si así fuera.

Y siguió marchando hasta la orilla del río; desde allí volvió á cruzar hacia arriba, é inclinándose siempre hacia el lugar convenido, llegó pocos segundos después que Gregorio.

—¿Se aproxima alguien?—preguntó éste á su camarada.

—Nadie, Gregorio, pues aun cuando he visto allá por la fuentecilla al señor Cura y otros dos que no he conocido, me parece que no tendrán ganas de venir por aquí.

—¿Por qué?

—¡Tomal porque se esconden.

—Además, que aunque así fuera, tenemos tiempo de cargar con eso.

—Listos, antes que llegue el Grajo.

Gregorio y Roque entraron en la choza; se dirigieron al arca de María, suspendieronla, y al esfuerzo exclamó Gregorio:

—¡Canastos! ¡y cómo pesa!

—Mejor; así habrá para todos.

Con alguna dificultad logró Gregorio echársela á la espalda ayudado por su camarada.

Una vez hecho, salieron de allí marchando todo lo cautelosamente posible y fueron á refugiarse en el lugar de sus conferencias.

Al dejar el arca en el suelo, exclamó Gregorio:

—¡Canario! vengo reventado.

—Yo creo y siempre lo he dicho, que los pecados pesan.

—¿Si vendrás tú lo mismo?



—Hombre, he puesto de mi parte lo que he podido, señor Gregorio; y ahora pondré también lo que me corresponda de voluntad.

—Bueno, bueno, vamos al avío; que las chanzas roban tiempo. Uno de los dos tiene que salir á rondar, mientras el otro trabaja.

—Bien; ¿pero qué hago yo si soy el que rondo?

—Avisar si hay tiempo, y sino dejarlo mudo.

—¿Mudo? ¿y con qué? En mi vida he gastado arma ninguna.

—Toma —dijo Gregorio alargándole su cuchillo de monte.

—Barruntando estoy que voy á honrar vuestra prenda, Gregorio.

Al guardabosque, que era muy codicioso, pasóle por la imaginación, como un relámpago, la idea de si querría aquél llevárselo todo, y afirmándose en su escopeta contestó á Roque, á la vez que salvaba alguna distancia:

—Yo también barrunto que voy á descargar la escopeta.

—¡A ver, á ver el tío Malicia! Compadre Gregorio; si yo hubiera tenido esa idea, tiempo me ha sobrado para llevarla á cabo, por lo menos cuando veníais cargado.

—¡Qué quieres, Roque! A mí me ha dado mala espina tu barrunto.

—¡Pues no anduvo V. poco!

—Bueno es ir siempre delante.

—Al avío—dijo, y se puso á recorrer las avanzadas del lugar en que estaban.

Gregorio, entre tanto, rompía la tapa del arca, que saltó en astillas.

—Primera cubierta, libros—exclamó;—fuera libros!... Papeles, fuera papeles!... ¡Caramba! este hombre debía ser un doctor!... ¿No hay más que libros y papeles?... ¡Calle! aquí hay una caja .. (Abrióla y se encontró con un estuche que encerraba un retrato.) ¡Fuera!, y lo arrojó por el suelo.

Desesperado de no encontrar nada que diera satisfacción á su codicia, se tiró de los pelos, enfurecido ante aquellos objetos para él inútiles.

Dió un silbido, llamando á Roque; pero éste no contestó enseguida á su reclamo.



—¿Si acontecerá algo?—se dijo el guarbosque cogiendo la escopeta y lanzándose en la dirección que Roque había tomado.

A los pocos pasos dió con éste, que á todo escape y azorado se dirigía hacia el sitio.

—¿Qué sucede?—preguntó el guardabosque.

—¿Cuánto hay?—interrogó á su vez Roque.

—Nada. Estás azorado; ¿quién viene?

—Nadie.

Y luego añadió, después de una pausa:

—¿Conque no hay nada?

—Nada; ven y lo verás.

—Yo no soy tan desconfiado como el señor Gregorio.

—Sin embargo, no lo crees.

—Justo; aquel peso, algo sería.

—Sí; pero á mi juicio, lo que allí pesaba eran las ideas de todos los que han escrito en este mundo.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo ves,—contestó Gregorio al tiempo de tropezar con el montón de libros.

—¡Jesucristo! ¡Parece mentira!

—Sí que lo parece.

—¿Y qué haremos con este montón?

—Eso pregunto yo.

—Se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Quemarlos.

—Expuesto es...

—¿Por qué?

—Porque las llamas atraerán aquí á la gente.

—Peguémosles fuego y larguémonos.

Efectivamente, con el arca formaron una especie de parrillas y colocando los libros encima les prendieron fuego y se alejaron del lugar.

Gregorio, al marcharse, dijo á Roque:

—Tú vete al molino, que yo me voy por aquí. Adiós.

Y desapareció. Roque, paso á paso, dudaba en seguir el consejo de Gregorio.

Acababa, según creía, de matar al Conde, al que vió llamar á la puerta de la choza, y entrar: los celos sofoca-



ron su razón; lanzóse hacia el lugar donde, según imaginaba, el Conde le robaba su esperanza, y al retirarse éste, sin duda victorioso, en un instante de arrebato, sin pensar más, le hirió con el arma que Gregorio le había entregado.

Cuando después Roque se vió atacado por *Leal*, creyéndose perdido echó á correr en dirección de la barca, la cual estaba amarrada, según costumbre.

Intentó cortar la cuerda para aprovecharse de aquélla huyendo al otro lado; pero como le pareciese oír rumor de gente por el camino, concibió otra idea; arrojó el cuchillo que aun empuñaba al río, y procuró deslizarse por entre la alameda, para cortar derecho hacia el lugar donde le esperaba Gregorio.

Su cálculo era: obtenida una cantidad cualquiera, emprender la fuga; mas como esto había fracasado, y Gregorio le aconsejaba volverse al molino, se detuvo un instante para formar su composición de lugar.

—Ya que no tengo dinero—se decía—necesito aplomo, serenidad. Si tú, Roque, te vas al molino, allí te agarrarán, pues si María lo dice... ¿Y á dónde voy? Al molino. De este modo, si la ingrata se berrea, declaro yo que lo hicimos ambos y de ese modo la tendré por compañera de fortuna. Los mismos testigos hay para ella que para mí. Sí, sí, adelante, decididamente; á cualquier parte que me fuera me acosaría el hambre y me haría más sospechoso. Ese Gregorio tiene mucho sentido práctico; vamos á ver si puedo seguir haciendo con toda la serenidad que las circunstancias exijan, carantoñas á la molinera, mientras llega el aviso.

Por lo tanto, Roque se puso decididamente en marcha para el molino.

## XVIII

### Lágrimas de una madre

Apenas llegó al molino la noticia de lo que al Conde había sucedido, la Condesa se desmayó. Toda la gente, sin saber á quién preguntar ni qué decir, estaba presa de te-



rrible agitación, y el pavor se pintaba en todos los semblantes.

Los primeros momentos se dedicaron á la Condesa respecto al interior de la casa; en cuanto al exterior, los unos por curiosidad, los otros por interés, se dirigieron al lugar donde había sucedido el fracaso.

Después de consolada un poco la madre en aquel trance triste y fatal, sus primeras órdenes, al volver en sí, fueron mandar ir en busca del Conde. A pesar de su debilidad y abatimiento, fué también la Condesa á la cabeza de los que constituían su servidumbre, y merced á los esfuerzos de su voluntad y amor maternal, llegó al lugar donde yacía su hijo, poco después de haber llegado la gente.

La Condesa, apoyándose en María, que salió á recibirla, penetró hasta el borde de la cama, y al ver á su hijo cayó anegada en lágrimas sobre el cuerpo del infeliz herido, humedeciendo su rostro al sellar sus lívidos labios con un beso.

—¡Hijo de mi alma! ¡Ya lo presentía yo! ¡Consuelo mío! ¿Qué va á ser de tu madre abandonada?

—Señora Condesa, así no estáis bien; hasta para sentir se necesita estar cómoda.

La Condesa no hizo caso de las frases de María, pero se entregó dócil á la indicación de la misma, que le señalaba una silla en la cabecera de la cama.

—¡Javier! ¡Javier mío!

La Condesa, como es natural, abandonada á su dolor y víctima de su debilidad, fué presa de un vahido.

María, aproximándose á ella, le sopló en la frente y frotó sus sienes; después verificó un pase general y longitudinal desde la cabeza hasta los pies.

—¡Despertad, señora!—exclamó luego con imperio.

La Condesa, después de un ligero estremecimiento, abrió los ojos, suspiró, y estrechando las manos de María, reclinó su cabeza sobre la de Javier.

Este empezó á dar sus primeras señales de vida.

María tomóle el pulso, y dijo con acento de alegría:

—¡Victoria!

El Conde exhaló un suspiro.

María, aproximándose á su oído, le dijo con voz tenue:



—¡Javier! ¡Javier!

—¡Ay!—suspiró el herido.

—¡Hijo mío!—exclamó la Condesa abalanzándose á él.

—Dejadle, señora, dejadle,—interrumpió vivamente la joven.

La Condesa reprimióse un momento. mientras María volvía á llamar al Conde por su nombre.

—¡Javier! ¿Quién te ha herido?

—No... no sé

—¿Es hombre?...

—Sí.

—¿Viejo?

—No.

—¿Joven?

—No... sé.

—¡Hijo mío!—volvió á exclamar la Condesa.

—¡Silencio, por Dios!—interrumpió María.

—¿No sabes señas?

—No...

—¿Dónde te duele?

—Nada me duele.

—¿Podrás ver á tu mamá?

—¿Dónde está?

—¡Javier!... hijo mío, aquí estoy—exclamó la madre arrojándose sobre su hijo.

—No te asustes... mamá... esto... no es nada.

—Es verdad—añadió María,—no es nada; valor todos.

—¡Valor!—dijo la Condesa —¡Quién tiene valor para sufrir!

—Realmente, señora—replicó María,—no hay valor si no hay fe.

—¡Fe... ¿qué es fe?

—Señora... esa es cuestión para otro lugar. Ahora lo que importa es Javier.

Fuera de la choza se oía un ruido confuso, un murmullo entre el cual María creyó percibir las voces de ¡fuego, fuego! Se sobresaltó; pero á fin de no alarmar á la Condesa se dirigió á la muchedumbre que invadía los alrededores de la choza y se apiñaba á la entrada, logrando imponerles silencio.



El señor Cura, que llegaba en aquel momento, la enteró de que efectivamente había fuego.

El bosque ardía y la gente, al darse también cuenta de ello, se dirigió allí.

María suplicó al Cura que observase si había peligro en permanecer en la choza; y aparentando gran serenidad, á pesar de que preveía el peligro, advirtió á la Condesa lo que ocurría, afirmándole que no había para qué sobresaltarse.

La Condesa, abrazando á su hijo, contestó:

—¡Que arda todo!... ¿qué importa? Que arda todo, mientras arda yo aquí con él.

—No llegará á suceder tal cosa, señora; afortunadamente el viento corre de aquí para allí; además, hay mucha gente para extinguir el fuego que está en su principio.

Sin embargo, María, presintiendo más desgracias, esperaba con ansiedad al Cura, el cual no se hizo esperar mucho tiempo.

—¿Qué hay?—preguntóle María así que le vió.

—Que nos vamos á abrasar vivos—contestó;—que el bosque arde por entero; hay que huir inmediatamente.

—Pues es preciso, señor Cura, ver como nos llevamos al Conde.

—Ya lo he previsto. Mirad.

Efectivamente, cuatro hombres entraron con un catre, sobre el que con gran cuidado colocaron al herido para conducirlo al Molino.

María se encargó de la Condesa, acompañándola juntamente con la camarera que con ella había venido.

Tan velozmente como les fué posible, se alejaron de aquel *infierno material* que aumentaba cada vez más su intensidad devastadora, pareciendo como si quisiera devorar la comarca entera.

La comitiva, bordeando el bosque, pudo llegar sin obstáculo al Molino, al cual había acudido ya el cirujano de Valdeganga avisado por el Cura.

Colocado el Conde en su lecho, pasó el cirujano á inspeccionar la herida.

Ansiosa la madre, no separaba la vista de la fisonomía del cirujano, y su corazón se dilataba ó se comprimía á cada contracción ó dilatación de las cejas de aquél.



Al terminar, preguntó con ansiedad indefinible la Condesa:

—¿Qué tal?

—Grave, señora, grave.

—¿Morirá?

—Aun no es tiempo de poderlo asegurar—prorrumpió María, terciando en la conversación.

—Niña—contestó el cirujano,—más señales hay de ello que de otra cosa.

El cirujano de Valdeganga, en vista de la herida y considerando la gravedad de la misma, no quiso comprometer su reputación, tanto más, cuanto que era nuevo en el vecindario y necesitaba actos cuyos resultados vinieran en obsequio de sus propósitos. «Un fracaso, se decía interiormente, pudiera comprometerme y tener que salir de mi titulación para correr nuevas eventualidades; por mucho que la Condesa me dé, no puede darme el pan de toda la vida.» Firme en esta idea, se limitó tan sólo á exponer ligeras observaciones y un tratamiento usual determinado en un método que escribió y entregó á la Condesa, diciéndola:

—Si empeorase, señora, os aconsejo que llaméis á otro facultativo, pues yo tendré que ausentarme de Valdeganga. Por lo pronto, cualquiera otro que viniera, no diría ni más ni menos que lo que yo he escrito en esta instrucción.

—¿Os parece grave, verdad?

—Sí señora, mas esto no es decir que el Conde muera. Se está al principio y se cuenta con una naturaleza virgen y privilegiada.

—¿Por qué no os encargáis de la cura?

—Ya os lo he dicho, señora; además, tengo tres enfermos más graves aún que el Conde, y hasta tanto se resuelva la crisis no podría ausentarme de Valdeganga, como he dicho, sin que me remordiese la conciencia.

—¿No os duele dejar en este desconsuelo á una madre afligida, á una madre que sin vacilar daría cuanto posee por la vida de su hijo?—dijo la Condesa llorando con gran desconsuelo.

—¡Ah! señora, en el mismo caso se encuentran los interesados á que aludo. No sería yo el médico que mi pueblo



necesita, si no me mostrase firme ante las lágrimas y la codicia. Lo siento en el alma, pero me es imposible.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Abandonado mi hijo en trance tan grave!

—No, señora; sólo es por estos momentos; tenéis tiempo de sobra para recurrir á cualquier otro cirujano.

—¿A quién podré llamar?

—En todos los pueblos comarcanos encontraréis, señora, quien pueda encargarse de la curación del herido.

El cirujano saludó á la Condesa y salió del aposento satisfecho de haber podido eludir el compromiso.

La Condesa se abandonó á su dolor, y á fuer de derramar tantas lágrimas, quedó por un momento sin poder respirar y pidiendo con ademanes, pues su voz no salía de su garganta, agua para beber.

María, que había presenciado toda aquella escena, mirando al cielo, imploró su auxilio y se acercó á la Condesa.

Implantando la palma de la mano al lado izquierdo del pecho de aquélla, con los dedos levantados hacia arriba, é incorporándola con el otro brazo, insuflaba ligeramente su aliento en la boca de la Condesa.

—Agua—pudo al fin decir ésta terminado el acceso.

—No es preciso.

—Sí, que me ahogo.

—¡Oh! no, no; os haría daño. Ya la traerán para mojaros las sienes.

—¡Agua, María!

—No,—dijo ésta llevando sus labios á los de la Condesa, que selló finalmente con un beso.

—¿Veis?—dijo María con acento tiernísimo;—no hay necesidad; dejadme ahora que moje vuestras sienes.

Así lo hizo, empapando la punta de su delantal en el agua de un vaso y aplicándolo á las sienes de la Condesa.

—¿Estáis mejor?

—Sí.

—Levantaos.

—No puedo.

—¡Oh, sí, sí; levantaos.

La Condesa, á la voz de María, se incorporó, y ésta la ayudó á levantar diciéndola entre tanto:



—Pasead, sentaos ya, serenaos y si os repite el acceso y no estoy yo aquí, no pidáis agua; cuando os encontréis en idéntico estado, llamadme, y si no estuviese, pedid aire en vez de agua.

—Sí lo haré, pero siempre he visto pedir agua, porque la necesidad de ella se siente tanto!

—Es un error, señora. Tanto es así, que hay gran riesgo en beberla en semejante estado y quien diga lo contrario, no ha pensado mucho sobre este caso.

El Conde dormía al parecer tranquilamente. *Leal* se hallaba acurrucado á los pies del lecho del herido.

A una mirada de María el perro descendió con un cuidado impropio de un animal para ir á recostarse debajo de la cama. Este cuidado admiró á la Condesa.

—¿Veis, señora,—dijo María,—como hasta los animales se interesan por el Conde? Es seguro que mi *Leal* no se separará de aquí mientras no estemos una de las dos.

—¡Pobre animal!—exclamó la Condesa á la observación de María; y luego añadió, después de una pausa, durante la cual estuvo observando á Javier:

—Parece que respira bien; ¿no es verdad? Está tranquilo...

—Sí señora, duerme. Cobrad ánimo y no os preocupéis por lo que hayáis deducido de la entrevista con el cirujano. Tened por seguro, señora, que el Conde se levantará dentro de muy pocos días.

—¡Ay María! Tú me das la vida. Si muriera mi hijo, me volvía loca.

—Señora, mediante la voluntad de Dios, todo es hacedero; nosotras no podemos hacer otra cosa que servir de medio ó de facilitación á los recursos naturales, no perdiendo de vista que en nuestras manos está el experimentar el efecto que el Creador ha de provocar para sólo el bien; mediante esto, tocaremos el resultado que nuestros corazones anhelan.

—Sí, María; pero como yo he oído la gravedad en que está, no extrañarás que dude de volver á ver á mi hijo en el mismo estado del día de ayer.

—Pues ese es el mal, la duda: tened fe, señora. Escuchad un ejemplo: Ese perro que habéis visto bajar de la



cama con tanto cuidado por no molestar al Conde, hace muy pocos días que vino á mi casa herido por un disparo de vuestro hijo. El fué testigo de su obra, él también se ha visto sano sin más cuidado ni más auxilio que el que yo he podido prestarle; no ha habido otra diferencia en la herida que la de ser la de mi *Leal* más grave que la del Conde.

—¡Es raro! Me haces dudar, María.

—Preguntádselo á vuestro hijo cuando despierte.

—¿Podrá hablar?—preguntó la madre con ansiedad.

—¡Quién lo duda!

—¡Ay! María ¡temo tanto por su vida!

—Tened fe, señora.

—¿Y piensas curar al Conde como has curado á tu perro?

Sonrióse María y respondió á la Condesa:

—Y bien, señora, aunque así fuera, ¿se arrepentiría vuestro hijo de haber logrado su curación empleando la misma medicina que sirvió para curar al perro?... Son preocupaciones, señora Condesa, que es preciso que abandonéis, comprendiendo que tan organismo es el uno como el otro.

—¡Oh! sí... pero el de un perro!....—observó la Condesa con cierto desdén.

—Pues nada; suponed, por un instante, que no hay más medicina que esa: ¿dejaríais á causa de vuestra preocupación, morir á vuestro hijo por no usarla?

—¡Oh! no—respondió sin vacilar la Condesa.

—Pues entonces, dejad que así suceda, puesto que viene de Dios; quien para sus criaturas no tiene más que una medicina, esto es: su voluntad. Hágase pues la voluntad de Dios.

—Así sea.

El Conde empezaba á despertar. Sus labios secos y el movimiento de su boca le indicaron á María que tenía sed. Esta le aproximó un vaso de agua magnetizada que el Conde saboreó con placer.

—¿Qué tal, señor Conde?—preguntó María.

—Bien; ¿y mi madre?

A la pregunta del Conde, la Condesa quiso contestar presentándose á la vista de su hijo; pero María la detuvo



con una mano, mientras que con la otra corría un poco la colgadura de la cama.

—Esperad—dijo al oído de la Condesa, y luego dirigiéndose al Conde, le interrogó:

—¿Queréis hablarla?

—Sí.

—Os va á molestar; no debéis hablar.

El Conde la miraba fijamente.

—Si me ofrecéis no decir palabra ninguna, ni alteraros, ni conmoveros, la llamaré.

—Sí.

—Bueno, voy á hacerlo. Me parece que no me conocéis?

—Sí, te conozco.

—¡Me miráis tan extraordinariamente!

—No importa; te conozco.

—Entonces no estáis sereno.

—Sí, lo estoy.

María puso la mano sobre la frente del Conde, quien á su influencia comenzó á bajar los párpados; después, llevándola á distancia hacia los pies y verificando dos ó tres veces este movimiento, le dijo al Conde:

—Pues bien, voy á llamar á la Condesa... ya sabéis; me habéis prometido no alteraros... ¿No es esto, señor Conde?

—Sí.

María acabó de correr la colgadura y fué á sentarse junto á la Condesa, que lloraba viendo renacer su esperanza.

—Pero yo quiero hablarle, María—decía la Condesa al oído de la joven.

—Podéis hablar recio; ahora no os oye.

—¿Cómo que no me oye?—preguntó la Condesa sobresaltada.

—Ya lo veis: está durmiendo.

—Pero si estaba despierto ahora mismo.

—Pues ahora duerme.

—No entiendo esto, María.

—Es natural, señora; yo os lo explicaré. El señor Conde se despertaba un tanto contrariado. Vuestra presencia le hubiera alterado más de lo que estaba, y con mayor motivo si hubiese observado la huella de vuestras lágrimas. Y para que no tuviera lugar vuestra entrevista sino con la



calma y tranquilidad necesarias á su estado, lo he dormido.

—¡Que lo has dormido!

—Ya lo veis; no puede estarlo más.

—¿Luego tú duermes á las personas?

—Cuando para ello me prometo un bien y puedo realizarlo, lo hago.

—Me estás admirando, María.

—Pues es cosa muy natural.

—Me haces vacilar y al fin voy á concluir por creer lo que el vulgo dice de ti.

—La señora Condesa no debe ir de ligero en la apreciación; así es que cuando vea una serie de efectos cuya explicación le parezca después natural, espero rectificará su juicio aventurado.

—Pero dime algo que me satisfaga.

—Señora Condesa, yo no puedo instruiros sobre el particular, que no tengáis el ánimo libre de preocupaciones y propendiendo á mirarlo todo bajo un punto de vista extraordinario. Además, necesito para ello que vuestra fe ó vuestra confianza me ayude, pues de otro modo no llegaríamos jamás á entendernos.

—Cuenta con ello. No escucharé nada con prevención; tengo una curiosidad viva de saber lo que es eso.

—Me alegro; pues de este modo empezaréis un nuevo estudio.

—¿Un estudio?

—Pues qué, señora, ¿creéis que basta ver abierto el libro de la gran naturaleza para leer en él? ¡Ay, señora Condesa! Tenéis que empezar por el alfabeto.

—Cuestión tan larga, no me mueve ya á curiosidad.

—Me alegro.

—¿Te alegras? ¿por qué?

—Porque yo no solicito de vos la curiosidad.

—Pues, ¿qué?

—La ingenuidad y el buen deseo; solamente así podéis comprender, porque entonces estudiará vuestro criterio y no vuestra alucinación, pues yo no soy hechicera ni mucho menos. Que hay agentes en la naturaleza desconocidos hoy á la generalidad, pero al alcance de la misma, para resolver y explicarse ciertos fenómenos, que, por lo mismo



que no los conocemos, nos parecen sorprendentes, no lo dudéis. En fuerza pues de mi estudio sobre esto mismo, de mi docilidad y buen deseo, he llegado á conocer algo más de lo que hoy generalmente se sabe. Esto se me ha dado gratuitamente y para el bien, y del mismo modo y con el mismo fin, debo yo transmitirlo á los demás. Ved por qué, señora, me ofrecía yo á auxiliáros en vuestros sufrimientos morales y físicos, sin más condición que aquellas que os expuse. Duéleme el veros desgraciada pudiendo ser feliz relativamente en este mundo; en una palabra, Condesa: tengo empeño en sacaros del *Infierno*.

—Eres un enigma para mí, María. ¡Tienes ideas tan raras! ¡Son tan extrañas y tan distintas de las que todos tenemos, que no puedo decidirme, por lo mismo que no conozco la excelencia de tu teoría.

—Señora Condesa, cuando cambiáis de lugar, ¿dejáis de beber por esto el agua del nuevo país y respirar el aire distinto de aquel que abandonasteis?

—Claro está que no; pero es porque el agua y el aire en todos los países son iguales.

—No será así cuando en unos os va mal y en otros mejor.

—Bien; pero todos tienen aire y aguas útiles para la vida.

—Precisamente, esto es. El aire y el agua de todos los países, fuera las infecciones, son respirables y potables, pero no iguales; porque en unos son más puros que en otros. Pues he aquí la comparación: en todos los sistemas religiosos, políticos, económicos, etc., etc., se observa la misma analogía; todos son, podría decirse, *respirables y potables*; la cuestión está en la pureza ó mejor dicho en las impurezas de los males, que es preciso descartarlos para la más perfecta armonía. Aquí lo tenéis explicado todo.

—Algo me parece distinguir en medio de esa oscuridad.

—Iluminaos con la luz de la razón y veréis clara y distintamente la verdad en todo. Nada es para mí más satisfactorio que el convencimiento interno de que hago el bien á mis hermanos. Si os curo, señora Condesa, estoy pagada con el placer que me resulta y que interiormente experimentaré al alcanzarlo. Aprended á verificar los actos de vuestra vida por el placer que os resulte al practicarlos y tendréis aquí el preludio de la felicidad de ultratumba.



—Todo eso es consolador, María; tus teorías y tus creencias me atraen; pero te confieso que para que yo te siga, es necesario que descendas á detalles.

—Cerrad vuestros oídos al interés y condescended con paciencia...

Aquí fueron interrumpidas por la llegada del Cura, y al verlo aproximarse María, se dirigió á la cama para poner en relación á la Condesa con su hijo.

—¿Qué tal, señora?

—Bien.

María, volviéndose al Cura, le dijo:

—Esperad un instante, pues se necesita algún silencio para que el señor Conde despierte con tranquilidad.

No pierda de vista el lector que á la presencia del párroco, *Leal* salió escapado de debajo la cama, gruñendo á la irradiación de este personaje.

## XIX.

### Las primeras diligencias del sumario

Como era natural, el médico de Valdeganga apenas tuvo conocimiento del suceso, pasó aviso al Juzgado.

El Alcalde y el Escribano de Mahora con los testigos que quisieron acompañarles, marcharon al lugar de la ocurrencia.

El respeto que les inspiraba la casa del Conde les hacía rehacios á su entrada, por lo que hicieron que el molinero les anunciara.

La Condesa estuvo pronta á recibirles, y el Alcalde, con todo su séquito, penetró hasta el salón, donde aquélla les esperaba con el Cura.

—Señores,—les dijo la Condesa,—aquí estoy á las órdenes de la autoridad. Nadie más anhelosa que yo de encontrar al asesino de mi hijo.

—Todos tenemos igual deseo—contestó el Alcalde saludando respetuosamente.

—Sí, todos, todos venimos animados por igual deseo—añadieron en coro los asistentes.

—Gracias. No encuentro modo digno de recompensaros



—Señora—dijo el Alcalde,—es preciso que os sirváis designarnos una sala donde podamos actuar con libertad.

—En esta misma podréis ejercer vuestras funciones, y si no fuese bastante este velador, se mandará traer una mesa capaz para que llenéis con holgura vuestro cometido.

—Además, señora—observó el escribano,—necesitamos y os agradeceríamos que se ponga un portero que impida la entrada aquí á todo el que no fuere llamado.

—Así se hará.

La Condesa, por medio del Cura, dió las órdenes oportunas para satisfacer los deseos de aquel tribunal que se constituía en su casa, retirándose después al aposento del Conde.

El Alcalde preguntó al párroco.

—Decidnos, padre; ¿por quién se supo aquí la ocurrencia del lugar?

—Yo no puedo determinarlo—contestó éste,— porque me hallaba fuera en aquel instante; mas el molinero deberá saberlo, pues él fué quien lo participó á la Condesa.

—Pues que llamen al molinero.

El portero marchó á cumplir la orden. El Cura se retiró y el escribano, después de haber doblado su papel en forma diligenciaria, se dispuso á abrir el encabezamiento de aquellos interrogatorios, severos preludios de las actuaciones del juzgado.

A poco entró el molinero. El Alcalde preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Antonio Gómez, para servir á vuesamercé.

—¿Qué edad tenéis y cuál es vuestra profesión?

El molinero contestó á estas nuevas preguntas, como á todos los etcéteras del formulismo, y su declaración en síntesis fué la siguiente:

—Si el señor Cura dice que yo avisé á la señora Condesa, no se ha engañado, á pesar de que él no se hallaba en el molino cuando tal hice, pues de aquí salió pocos momentos antes que el señor Conde. Yo lo supe por un desconocido que trajo el recado de parte de María, que dijo: *Al señor Conde lo han asesinado*. Pasé como Dios quiso á participárselo á la señora, y cuando salí, la noticia ya había cundido por todo el molino y aquel hombre se había mar-



chado. Pero, me encontré con Roque, criado de la casa, azorado y todo confuso, que nos traía la misma noticia. Después ví al Conde herido en la choza de donde le trajimos á causa del incendio que se declaró en el bosque á poco de haber llegado nosotros.

—¿No sabéis nada sobre ese otro suceso ni qué pudo producirlo?

—No señor.

—¿Tiene el señor Conde enemigos?

—Lo ignoro.

—¿No habéis visto nunca alguna persona sospechosa por los alrededores del molino ó por el bosque?

—Sobre este punto os podrá ilustrar mejor el guarda Gregorio, pues yo no salgo de aquí á causa de mi oficio. Esta noche, cuando fuí á dar agua al Martín, me pareció ver dos ó tres hombres agrupados hacia el lado de la fuente-cilla, pero no movieron mi curiosidad, y no hice caso.

—¿Eso fué mucho antes del suceso?

—Como una hora.

—¿El señor Conde había salido ya?

—Sí señor.

—Y el señor Cura?

—También.

—¿Quién más había salido de la casa?

—No puedo decirlo porque no lo sé.

—¿Tenéis algo que añadir ó que ratificar á lo que habéis declarado?

—Nada, señor Alcalde.

—Está bien, dijo éste,—y dirigiéndose al portero ordenó: —Que entre Roque.

El criado se presentó sin hacerse esperar, pues conocedor de la casa había estado escuchando la declaración del molinero á través de las vidrieras del aposento de la Condesa. Inútil es añadir que se presentó sereno en la apariencia, confiando en su composición de lugar que ya había forjado en vista de la declaración del molinero.

—¿Cómo te llamas?

—Roque...

Sobre la señal de la cruz, juró y respondió á todas las preguntas primeras del señor Alcalde y luego dijo: Que él



volvía de bañarse, cuando se encontró con un desconocido que deduce fué el que llevó la noticia al molino, pues al llegar la supo por el clamoreo y asombro general, pues aquel hombre pasó por su lado sin hablarle. Que vió al Conde herido dónde y cómo lo vieron todos.

—¿Estabais en casa cuando salió el señor Conde?

—No señor.

—¿Y cuando salió el señor Cura?

—Tampoco.

—¿Pues dónde estabais á esas horas?

—Próximo á bañarme ó bañándome.

—¿En qué sitio?

—En la parte que cae hacia la fuentecilla.

—¿No visteis á nadie por aquellos lugares?

—Cuando regresaba pude ver separados de la senda dos ó tres hombres que hablaban y entre ellos, sin asegurarlo, me pareció estaba el Cura.

—¿Y por qué dedujisteis que fuese el Cura?

—Por lo gordo y la negrura del traje; mas yo no juro que fuera él.

—¿Y no os pareció conocer á los que le acompañaban?

—Los otros... la sombra del ramaje los ocultaba de tal modo á mi vista, que sólo aprecié sus bultos.

—¿No os pareció alguno el Conde?

—No señor.

—¿No oísteis alguna frase?

—No me detuve y hacían mucho estrépito las hojas que azotaba el viento.

—¿Sabeis quién puede haber herido al Conde?

—¿Si yo lo supiera, estaría vivo, señor Alcalde?

—¿Y del incendio?

—Ni pizca.

El Alcalde determinó llamar á la Condesa. Esta llegó y tomó asiento junto á aquél, quien con toda la deferencia de que era digna, la pidió dijese cuanto supiera del suceso.

La pobre madre, entre un raudal de lágrimas corroboró haber sabido por el molinero la noticia. Que cuando llegó á la choza se encontró á su hijo asistido por los celosos cuidados de María la barquera, la que lloraba al lado del



Conde como una hermana. Que por el cirujano de Valldeganga supo que su hijo estaba en peligro de muerte. Que de los labios del Conde oyó con acento entrecortado decir que le había herido un hombre que no pudo conocer; y por la barquera que fué al salir de aquella misma choza. Y por último que le habían conducido á escape á casa al notar el incendio del bosque.

—¿Tenía enemigos conocidos el señor Conde?—preguntó el Alcalde á la Condesa.

—No señor; mi hijo es muy bueno.

—¿Sabéis á qué hora salieron el señor Conde y el señor Cura?

—No lo sé, mas no creo que salieran juntos.

—¿Por qué?

—Por no haber mucha armonía en sus ideas.

—¿Estaban pues reñidos?

—No señor; opuestos en opinión solamente.

—¿Política ó religión?

—No; cuestiones... domésticas, de familia.

—¿Sospecháis de alguna persona?

—De nadie. Todos á mi parecer le quieren en la comarca.

—Señora, podéis retiraros si gustáis.

La Condesa inclinó ligeramente la cabeza saludando, y se retiró enjugándose las lágrimas que á cada observación asomaban á sus ojos. El Alcalde mandó llamar acto seguido á la barquera, á la que dijo *ipso facto* al entrar:

—¡Tú eres la hechicera!

—*Vox populi!* Así me llaman.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué te llaman así?

—Pregúntelo V. al vulgo de donde parte la opinión.

—Pero tú consientes ese apodo y aun haces alarde de él.

—Nada de eso, señor; lo consiento y dispenso del mismo modo que consiento y dispenso me preguntéis de un asunto ajeno al objeto de estas actuaciones. Y en cuanto al alarde, os engañáis, señor; yo jamás hago alarde de nada y mucho menos de esa estupidez.

—¿Cuándo, y para qué fué el Conde á vuestra choza?

—¿Cuándo? Ayer al anocheecer. ¿Para qué? Para hablar conmigo.



—¿Pero á qué hora fué la cita?

—Aventurada es la pregunta; sin embargo, sabed que entre dos amigos *lañ citas*... no tienen precisión.

—¡Eh! Eso no es contestar á la pregunta.

—Me ha parecido impertinente.

—¿Qué decís?

—Digo que el señor Conde no ha de acudir á citas para verme, ni yo concedo citas á nadie, y añado que si el señor Conde quiso verme, fué cuando lo tuvo á bien; por lo tanto, no puedo fijar la hora con la exactitud precisa que parece desea V. Ya he dicho que fué al anochecer.

—¿Y cómo sucedió la agresión?

—¡Oh! No lo ví. El Conde salió de mi morada. Así que llegaron á mi oído los ayes que exhalaba, salí azorada y lo encontré en el suelo, exánime; me abalancé á él, restañé su herida, pedí socorro á voces, llegaron algunos transeuntes y me ayudaron á colocarle en mi modesto lecho. Pedí que se fuera á avisar á la Condesa, al médico, y creo que uno de aquellos buenos aldeanos fué al molino y otro avisó al cirujano de Valdeganga como más inmediato. Sin embargo, yo practiqué la primera cura, y á poco de haberlo efectuado llegó la señora Condesa con todos sus servidores y juntamente con ellos vino á esta casa, huyendo del incendio del bosque que nos sorprendió casi en aquel mismo instante. Añadiré para aclarar la acción que se persigue, que, en un momento de lucidez, el señor Conde contestó á mis preguntas diciendo le había agredido un hombre que no pudo conocer; lo cual oyó asimismo la señora Condesa que estaba junto á nosotros.

—Siendo vos amiga del Conde y hechicera por añadidura...

—Gracias—interrumpió secamente María.

—¿No os dijo—prosiguió el Alcalde,—ni adivinasteis quién pudiera tenerle rencor?

—Entre el Conde y yo, señor Alcalde, á pesar de nuestra amistad, no existe grado de confianza suficiente para que me haya puesto en antecedentes acerca de los pormenores de su vida íntima.

—¿Antes de la llegada del Conde visteis á alguna persona sospechosa alrededor de vuestra morada?



—No señor.

—¿Quiénes fueron las últimas personas con quien hablasteis que conocieran al Conde?

—La señora Condesa y el párroco de Valdeganga, que también me visitaron por la tarde.

—¿Qué causa reconoce el incendio del bosque?

—La ignoro. Nos apercibimos de él cuando nos hallábamos prestando auxilio al Conde, al que, como ya he dicho, acompañé y no he salido de aquí ni un instante. Creo que acerca del particular, el Guardabosque y los que acudieron á extinguir el incendio podrán daros noticias de tal incidente también harto fatal.

—¿Y cómo, siendo tú adivina, no puedes designar á los delincuentes de semejantes hechos?

—¡Ah! señor Alcalde. Yo creía que sólo era peculiar del vulgo la extraviada creencia de mi hechicería; pero veo con sentimiento que vos participáis del propio error, cuando tal pregunta me hacéis. Comprended, señor, que yo no puedo saber más que lo que leo, lo que se me dice y lo que experimento.

—Sin embargo, se cuenta que adivinas ó lees en lo porvenir.

—¡Jamás! Yo lo que podré hacer, como vos y como todo aquel que tenga un criterio regular, será ver ó leer en lo pasado, tocar y sentir lo presente y presentir ó conjeturar lo futuro. El ver á la vez en las tres etapas del tiempo, sólo es dado á Dios, no á los hombres.

—Y á los Santos—observó el Alcalde.

—Si el señor Alcalde no tiene que preguntar más acerca del asunto del señor Conde, me permitirá que me retire, pues hago falta á su lado.

—¿Le curáis?

—Le cuido, le asisto para ayudar á su alivio según mi deseo y el de su madre.

—Es que se dice y hay quien se queja de que eres intrusa en la facultad de curar.

—Pues dicen y se quejan mal y sin motivo. Yo no daría crédito jamás á quien tal dijera; pues para expresarse de un modo tan absoluto, se necesita uno de estos dos sentimientos: el de seguridad ó el de petulancia;



para el primero, Dios; para el segundo, los ignorantes.

—Pues en adelante debes abstenerte, porque te pararía mal al atribuirte una facultad que no posees.

—En otra ocasión, señor Alcalde, contestaré á la objeción, pues hoy sólo se trata de los agresores del Conde y destructores de su propiedad.

—Está bien y no olvidarlo. Puedes retirarte.

María salió y se dirigió al cuarto del Conde, mientras el portero llamaba al señor Cura y el alguacil iba en busca del guardabosque.

El Párroco entró y fue á sentarse en el sitio en que lo hiciera la Condesa.

El Alcalde le dijo:

—Señor Cura, bien sabemos que no es éste el Tribunal al que debéis comparecer para hacer luz acerca el asunto que nos ocupa; pero si para mayor auxilio nuestro y esclarecimiento no tenéis inconveniente en decir lo que sepáis, os escucharemos agradecidos.

—No hay inconveniente, señor Alcalde.

—Pues encabezad, señor Escribano, la declaración del señor Cura.

Después de haber rasgueado algunas líneas sobre el papel, el Escribano leyó: Dijo; y el Cura se expresó de esta manera:

—El alboroto que observé en la servidumbre y dependencia de la señora Condesa, motivó que quisiese informarme de la causa que lo motivaba, y entonces supe que el señor Conde había sido agredido y que la señora Condesa había partido para el lugar del suceso. Sin querer saber más, me dirigí también presuroso allí. Vi al señor Conde en la choza de la hechicera, la cual había practicado, según allí se dijo, la primera cura. Después, como se declaró el incendio, fui á conocer la gravedad del mismo, y siendo suma, volví á la choza dando parte de él y regresamos con el herido á este lugar. Es todo lo que puedo decir acerca de este asunto.

—Señor Cura, ¿á qué hora salió el Conde de su casa?

—Lo ignoro.

—¿Estabais aquí cuando salió?

—No sé.



—¿Habíais salido vos antes de tener noticia del suceso?

—No señor.

—Pues hay quien dice que os vió hablar con dos ó tres hombres junto á la fuentecilla...

El Cura palideció, y disimulando su contrariedad se apresuró á decir:

—Es falso.

—Pero, ¿qué es lo que es falso?

—Eso.

—¿Qué es eso? Pues he dicho que hay quien afirma haberos visto.

—Que haya quien lo diga, no lo niego, aunque me extraña; que yo estuviera allí, no es verdad.

—Pues son dos los que lo sostienen.

—Así será, señor Alcalde; pero vos mismo habéis reconocido que no es éste el tribunal que ha de interrogarme; por consiguiente, no añadiré una palabra más á lo que he manifestado.

—Como queráis, señor Cura; pero recordad que os habéis ofrecido....

—A declarar—interrumpió el Cura;—no á ser interrogado.

—Perfectamente—dijo con cierto tono de gravedad el Alcalde.—¿Tenéis que añadir ó rectificar algo?

—Nada.

—Pues podéis retiraros.

—Adios, señores—dijo el Cura, manifestando en su semblante el disgusto que le habían causado las pertinaces preguntas del Alcalde.

Apenas desapareció el Cura, se llamó á Gregorio; mas éste no había parecido aún y se expidió en su virtud papeleta de citación.

Evacuadas algunas citas de que no hacemos mención por no ser de interés, y unido á lo actuado el dictamen facultativo del cirujano de Valdeñana, pasaron al lugar del suceso para tomar nota de los detalles que se observaran.

Vieron la sangre del Conde coagulada en la esquina derecha de la choza, un pequeño rastro hasta la cama y huellas de la primera cura. Se supone que la barca debió conducir al asesino desde la orilla izquierda á la derecha,



en su fuga, porque la barca estaba atada, las amarras manifestaron el corte, y los transeúntes que auxiliaron á María, según declaraciones, se encontraban ea la orilla derecha, por cuyo motivo se explica que pudieran venir en su auxilio sin que tuviera que abandonar al Conde.

No obstante de opinarse así, era sospechosa la negativa del Cura, contradiciendo las declaraciones que hablaban de su salida del molino poco antes de la del Conde y asimismo la contradicción con las declaraciones de Roque y el Molinero.

Siendo oscuro este punto, y estando en sumario, nada pudo saberse de positivo y sólo se hacían conjeturas. No faltó quien creyera, aunque sin fundamento, que el Cura había herido al Conde, ó de orden suya alguno de los que estuvieron hablando con él. También se atribuía la quema del bosque á venganza de Gregorio, por haber sido despedido de la casa.

El lector, que sabe perfectamente todo lo acaecido, tendrá lugar de apreciar la fuerza de los incidentes para producir esta atmósfera que pesaba sobre el Párroco. Más adelante se verá claramente la solución de este asunto.

## XX

### La Providencia

Antes de presentar la escena anterior, hablamos de *Leal*, y ahora conviene que sigamos en su marcha al fiel é inteligente cuadrúpedo.

Salió, como dijimos, ligero como un relámpago de debajo del lecho del Conde; atravesó con la misma celeridad la distancia que media desde el molino á la fuentequilla, donde el pobre animal iba á saciar su sed; mas tropezó con Roque y se paró corta á distancia gruñendo y enseñando los dientes como si algo le espantara.

—¡Canarios!—dijo Roque;—este animalejo ha puesto pleito á mis pantorrillas.... ¡Como te acerques!—añadió poniéndose en actitud de defensa,—yo te aseguro que no te quedarán ganas de volver. ¡Fuera! ¡largo!—dijo acompañando sus palabras con un fuerte chasquido de lengua.



El perro seguía gruñendo, y apoyado en su cuarto trasero esperaba el momento oportuno para escapar de allí y salvarse de la agresión de Roque.

Este se agachó para coger una piedra, cuyo momento aprovechó *Leal* para huir de su enemigo.

—Este bicho ha de ser mi perdición. Si estoy en la casa, el perro; si salgo al campo, el perro; si duermo, el perro; si como, el perro; ¡á que voy á morir yo rabiando! ¡Esto de no vivir tranquilo en ninguna parte! Más me valdría haberme arrojado al río... Cuando vuelvo la vista y veo todo esto arrasado, desierto, hecho ceniza, encuentro el retrato de mi alma. ¡Arrastrado de til! ¡Cómo te cegaste, Roque! ¿Y quién no ciega mirando los ojos de esa traidora? ¡Oh! más contento estaría si hubiera sido ella... ¡Cruel!

Quedó un instante pensativo, cuando acercándose Gregorio, le tocó en el hombro para sacarle de su ensimismamiento, diciéndole:

—Mal sitio para pensar es este.

Roque se volvió sorprendido y exclamó:

—¡Ah! ¿sois vos? Dios os guarde, señor Gregorio.

—Que él te guarde, Roque.

—Sí, que nos guarde á los dos.

Y después, intencionadamente, añadió:

—Yo no sé, señor Gregorio, qué es lo que siento cuando le veo.

—¿Qué sientes?

—Lo mismo que cuando veo al perro de María.

—Bien, hombre; pero ¿qué sientes?

—¡Friolera!... el haber conocido á ambos.

—¿Tanto te pesa?

—Como que no puedo dormir, ni vivir.

—Te ahogas en poca agua.

—Quisiera tener vuestro pecho.

—Eso no se alcanza sino habiendo nacido con valor suficiente. Los cobardes son los que se amilanan.

—¡Ah! sí, sí,... podéis escupir por el colmillo... ¿Cómo os habeis atrevido á venir aquí?

—¿Qué tiene de extraño? ¿no estás tú?

—Decís ¿qué tiene? señor Gregorio:... ¡que hemos venido á la tierra del espanto!



—¿Del espanto?... ¿por qué?

—Porque aquí no hay bicho viviente que com aá gusto.

—Los que no tengan estómago como tú, Roque. Te veo blando y como no tengo seguridad de ti, preciso será que me asegure...

—¿Por qué decís eso?

—Te veo como no creí, y es muy fácil que si no pongo remedio, nos comprometamos los dos.

—Compadre Gregorio, ¿V. cree que yo soy un becerro, que me berreo sin más ni más?

—Mis temores tengo.

—¿De veras, señor Gregorio?

—No lo dudes, y si no me das muestras de tu valor con las que puedas vencerme de mi seguridad, estoy viendo que te harán *enmudecer*.

—¿De veras, señor Gregorio? Pues yo al que veo colgado si no se va V. de aquí, es al guarda de aquel bosque... de aquel bosque... está V.?—repitió Roque con sorna.

—¿Por qué?—preguntó con fría calma el antiguo guarda.

—Porque, según tengo entendido, al señor Gregorio y al señor Cura, les cuelgan el milagro.

—¿Y por dónde lo deduces?

—No sé; pero ciertos rumores dicen que el asesino debió escaparse por la barca, pues encontraron cortada la amarra.

—Bien pudo cortarla y no irse—contestó incidentalmente Gregorio;—pues la corriente, después de suelta, pudo arrastrarla hacia la otra orilla.

—¡Ya! V., por no dar valor sospechoso á su incomparecencia, quiere dar á entender que no se fué por la barca.

—No lo digo por eso.

—¿Pues por qué?—preguntó Roque con cierta secreta emoción.

—No;... lo he dicho casualmente.

—Bueno, la verdad es que V. no se ha presentado á dar su declaración.

—¿Y quién me ha llamado?

—Por ahí le busca el alguacil.

—Cuando me encuentre, cumpliré con mi deber. Y el señor Cura, ¿por qué?



—Porque dicen que le vieron hablar con dos facinerosos antes de que sucediera el hecho, y como el señor Cura niega esto, se hace sospechoso.

—¿Y quiénes eran esos facinerosos?

—El señor Cura debe saberlo.

—¡Sí que es raro! Mire V. por dónde el pobre párroco va á pagar culpas ajenas.

—¿Hombre está V. seguro de eso?

—¿Y quién no lo está? El señor Cura es un infeliz y no es capaz de semejante felonía.

—Pues, señor Gregorio, á los infelices los ahorcan; y V. debe creerme, ó ir al tribunal estudiando antes lo que va á decir, ó poner pies en polvorosa, porque, amigo, en donde las dan las toman.

—Nada temo.

—Dichoso V., señor Gregorio. ¡Canastos! ¡Demonio de perro!—añadió Roque irreflexivamente al ver cruzar á *Leal* por delante de ellos más ligero que un rayo.

—¿Qué es eso?—preguntó flemáticamente Gregorio.

—¡Qué ha de ser!... seguramente voy á morir rabioso.

—¿Te ha mordido algún perro?

—Que yo me acuerde no señor, —respondió Roque; fijando su vista escudriñadora en lo ojos de su interlocutor;—pero de pocos días á esta parte, no veo más que perros por todos lados.

—¿Bebes agua?

—Ahora sí, señor Gregorio: desde que uno no depende directamente de la despesa del señor Conde, mis tripas se han vuelto un estanque.

—Pues entonces, no rabiarás.

—Así lo creo!... ¡Voto á bríos! ¿No veis el maldito perro otra vez por allá?

—¿Por dónde?

—Hacia la barca.

—Sí, ya lo veo. Es el perro de María.

—¡Ah! ¿lo ve V. también, señor Gregorio?

—Sí.

—Vamos, entonces no es manía.

—¿Sabes. Roque, que te vas á volver loco?



—Más valdría, señor Gregorio; porque loco y estar en el limbo, es una misma cosa.

—Pues, hijo, esto á mí no me conviene.

—¿Por qué, señor Gregorio?

—Porque los locos y los niños dicen las verdades.

—¿Qué escamado anda V.!

—Y debo estarlo al ver un mandria como tú.

—Si yo soy mandria ¿qué será cualquier otro? ¿V. se ha figurado que no se necesita valor para estar viendo constantemente las escenas de aquella noche y que el susto que me revuelve el estómago, no venga á manifestarse en la cara? ¿V. cree que el estar oyendo constantemente por todos los rincones del molino las conjeturas del suceso, no es bastante para turbar á cualquiera? Bien se ve, señor Gregorio, que V. no se encuentra por aquí; por eso le he dicho poco antes que viene V. á la tierra del espanto. Confíeseme V.... con franqueza: ¿no le tiembla á V. el corazón cuando pisa V. las cenizas de este bosque? No se le hunden á V. los pies y se le va la vista, cuando pasa por encima de esos carbones? Señor Gregorio, si á V. no le sucede nada después de todo, bien puede V. decir que es de piedra.

—Es verdad, Roque, que yo tengo el corazón más duro que el cristal; pero temo por tu valentía y te aconsejo que te vengas conmigo y dejes estos sitios, porque, de lo contrario, es muy fácil que te marees á la vista del peligro y caigas en el abismo.

—¿Y á dónde iremos sin que nuestra fuga no se haga sospechosa y la mano de la justicia no nos alcance?

—No tengas miedo, Roque.

—¡Yo... miedo! No le temo más que al hambre y á ese maldito perro;... ¡ese animal será mi castigo!...

—Pero, hombre, ¿por qué te preocupa tanto el perro? ¿qué hay de común entre tú y ese animal?

—Que me ha mordido las pantorrillas,—exclamó Roque irreflexivamente, pero preocupado á la vista de *Leal* que pasaba á escape por delante de él.

—¿Pues no me habías dicho antes que no te había mordido ningún perro?

—¡Ah! sí es verdad, señor Gregorio—contestó Roque saliendo de su absorción.



—¿En qué quedamos, sí ó no?

—¡Que no!

—Pues si no te ha mordido, algo te ha hecho ó le has hecho tú á él.

—¿Y qué he de haberle hecho?

—Nada,... no soy curioso; lo que importa es que te resuelvas á venir conmigo.

—¿Y á dónde vamos?... ¿qué va á ser de nosotros?... ¿con qué contamos?

—Eso no te apure: yo voy á ver ahora á la Condesa, y está seguro que no me volveré sin dinero. Con lo que me dé, nos marcharemos antes que nos imposibiliten hacerlo.

—¿Tiene V. seguridad?

—Tan seguro... como que si no te vienes, es preciso que para seguridad de uno de los dos, el otro quede tan frío como al que le entierran—dijo Gregorio con firmeza y cierto tono fatídico.

—Dada esa seguridad, marcharemos; pero si el plan fracasa, tenga V. entendido, señor Gregorio, que á mí no me asustan amenazas; yo no temo á otra cosa que... á ese perro;... maldito sea!

*Leal* acababa de cruzar con la misma ligereza y recelosamente por delante de ellos.

—No cabe duda—dijo para sí Gregorio,—que el perro tiene algo que atemoriza á este cobarde, pues no habiéndole mordido, no se explica esta subyugación. En fin, sea lo que fuere... Luego, dirigiéndose á Roque, le dijo entregándole su escopeta:—Guárdamela y espérame aquí que voy á ver á la Condesa. Entretanto, puedes matar á tu perro.

—Bueno, aquí le espero. Tiene V. razón; si tengo la fortuna de que pase por aquí, le suelto un escopetazo.

Roque se sentó junto al tronco de un árbol de los pocos que habían quedado ilesos, ó esper el regreso de Gregorio y á la vez que acechaba á *Leal*.

El exguardabosque, paso á paso y arreglando sus vestidos, marchaba por la senda que conducía al molino.

—¡Cáspita!—se decía,—y he dejado la escopeta á aquel animal, cuando puede hacerme falta... voy á volver, y por lo menos que me dé el cuchillo..., porque, hombre prevenido...



Se volvió y cuando estuvo cerca le gritó:

—¡Roque!

—¿Qué es eso? ¿Se arrepiente V., señor Gregorio?

—De ninguna manera.

—¿Cómo pues...?

—Es que he reflexionado que voy sin armas, cosa que no es muy conveniente para el paso que voy á dar.

—¡Diablos!—exclamó Roque;—intenta V. matar á alguien?

—No; pero bueno es no andar desprevenido.

—¿Por ventura cree V., señor Gregorio, que es algún tigre la Condesa?... ¡Vaya! si le tendrá V. tanto miedo como yo al perro?

—Sea como fuere, no considero oportuno el ir desarmado.

—Sea: tome V. la escopeta. Mala facha hará V. con ella hablando con una señora.

—No; no quiero la escopeta.

—¿Pues qué?

—El cuchillo que te dí la noche... que ya sabes.

Roque quedó por un instante perplejo y buscando en su imaginación la excusa que había de dar á Gregorio.

—¡Calle! ¿pues no me lo regalasteis?

—No hice tal, pero sea; préstamelo tú á tu vez.

—Señor Gregorio, le véo á V. con malas intenciones, y bueno será que no echemos más leña al fuego.

—No te preocupes, Roque. Yo necesito ir armado por si da la casualidad de tener que batirme en retirada forzada.

—¡Ca!... Para pedir dinero á quien siempre tiene para V. la bolsa abierta, no necesita de mi cuchillo.

—Bien, Roque, no seas majadero; préstame esa herramienta.

—¡Canastos! Es V. más pesado que el sol en la canícula.

—Vamos, despacha, que el tiempo urge.

—Pues es el caso que no lo tengo aquí.

—Bien, dime dónde está; yo iré por él.

—¡Ca!... no puede V. sacarlo de donde está.

—Bien, pues vé tú; aquí espero.

—¡Qué compromiso! Es el caso, señor Gregorio, que... yo no no lo puedo sacar tampoco.



—Pues hombre, ¿dónde está?

—¿Dónde? No lo sé.

—No lo entiendo.

—Es muy fácil. Se me ha perdido.

—¡Que... se... ha... perdido!—pronunció cadenciosamente Gregorio y haciendo suya una idea que cruzó por su mente como un relámpago.—Pues ahora te exijo que me digas en dónde lo has perdido ó por lo menos cuándo.

—Aquella misma noche.

—¿Dónde?

—En la choza de María. Sin duda cayó cuando cargamos con el arca.

—No puede ser; he estado yo después allí.

—Bien, pues por allí cerca.

—No me digas más, Roque; sé lo bastante ya y nací antes que tú: sólo te advierto que sentiré en el alma esté el cuchillo en manos de algún pájaro de mal agüero. Si esto es así, me darás cuenta de ello.

—Compadre, tenga V. calma... Bástele que le diga que el cuchillo está seguro, pues no hay nadie que lo pueda recoger. Se lo digo á V. para su tranquilidad.

—¿Pues dónde está?

—En el fondo del río. Y no me pregunte V. más.

—No necesito saber más tampoco—dijo poniéndose al cabo de lo ocurrido, Gregorio, el cual volvió nuevamente la espalda, sintiendo en el alma no ir armado por lo que pudiera ocurrirle.

A pocos pasos de haberse separado de Roque, volvió la cara al oír el estampido de su escopeta.

—¡Ahí va—¡ahí va—gritaba Roque lleno de rabia.

—¡Qué diablos de manía!—se dijo Gregorio al ver cruzar á grandes brincos al perro no muy lejos de él llevando un objeto oscuro en la boca que por la velocidad de la carrera no pudo distinguir bien. Luego, preocupado con su plan de conferencia, prosiguió sin distraerse su camino.

## XXI

### Asombro, confusión y confesión

—Podéis pasar, señor cura, y tomar asiento si os place.

—dijo María dirigiéndose á la Condesa como para pedir



su venia.—Ya estamos en disposición de comenzar nuestra interlocución con el Conde.

El Cura tomó asiento frente á la Condesa y á la izquierda de María, estando ésta á los pies de la cama del Conde, y á su cabecera recostada la madre.

—¿Qué tal, señora Condesa?—preguntó saludando el párroco.

—No parece que vamos mal—contestó ésta.

—Me alegro de la mejoría.

Después de un intervalo, durante el cual cada personaje buscaba en su imaginación la frase con que había que romper el silencio, María fué la primera que se dirigió al Conde, diciéndole:

—¡Javier!

Este no contestó, aunque se estremeció ligeramente.

—¡Javier!—repitió María con acento vibrante.

—¿Qué?

—Es preciso que os despejéis, que abráis los ojos, que presentéis naturalidad para engendrar confianza en los presentes. ¿Estáis dispuesto?

—Sí.

—Veamos.

El Conde sacó los brazos por el embozo de la cama, frotóse ligeramente los párpados, pasóse la mano por las sienes y exclamó:

—Vamos, ¿qué quieres?

—Ante todo, infundir confianza en vuestra madre, para que ésta pueda arrojar de sí el abatimiento; después, lo que Dios quiera.

—Bien, ¿qué quiere mi madre?

—¿Qué puedo querer, hijo mío, más que tu completo restablecimiento? ¿Cuál puede ser el anhelo de tu madre, cuando tan próxima se ha visto á perder para siempre la joya de su corazón?

—Aunque mi curación—contestó el joven—fuese imposible, madre mía, estáis equivocada pensando en que para siempre me había de apartar de vuestro lado; lo que entre nosotros existiría, en su caso, sería una separación durante un intervalo más ó menos largo. Vos, María, hablad á mi madre sobre este asunto; decidle que nosotros sólo cam-



biamos en la manera de exponernos; decidle que toda forma es anonadable en tanto que en relación del progreso peculiar el alma conserva sus sentimientos; decidle que de éstos, el que es imperecedero es el amor, fuente de consuelo, ancho camino de bienandanza, término dichoso de nuestro deseo; decidle, en fin, que por el amor se unen íntimamente las almas sujetas á la tierra, con las almas que pueblan los mundos y los espacios; que todos, sin distinción de nadie, nos veremos cerca de Dios.

—Si mal no entiendo—observó el Cura,—señor Conde, estáis diciendo un sacrilegio, y en los momentos graves por que estáis atravesando, cumple á mi deber, como sacerdote y como ministro del Altísimo, haceros comprender que debéis abandonar esas ideas y fijaros, recordando que pudierais ser del otro mundo, en la gloria de Dios, en las angustias de su Madre santísima, en la solicitud de los santos y santas de la corte del cielo, delante de quienes debéis exclamar, señor Conde, *mea culpa* por si Dios tuviera á bien llamaros á juicio tras este penoso tránsito.

Fácil le será comprender al lector, que no estando en relación con el Cura, como lo estaba con su madre, el joven nada oyó de la observación del celoso párroco. María, que esperaba por medio del Conde dar una prueba de lo que ellos llamaban hechicería, se permitió observar al párroco:

—Señor cura: el señor Conde, en este instante, no puede percibir más que lo que por conducto de su madre ó mío hiera sus sentidos; así pues, si queréis observar los fenómenos que han de presentarse aquí, permitidme que os ponga en relación con el señor Conde.

—¿Qué es eso de relación?

—No me extraña la pregunta. Ved, oíd y palpad.

María se colocó equidistante del párroco y el Conde, y dijo enseguida al primero:

—Señor cura, dadme la mano.

Y le alargó la derecha.

—¿Para qué tanta ceremonia?

—Por lo que más améis en el mundo, y por respeto de la señora Condesa, me atrevo á rogaros que me deis la mano.

—Bien: ¿pero qué quiere decir todo esto?



—Señor cura... acceded; ved, oíd, tocad.

Fué tal la insistencia de María y la mirada suplicante de ésta, que el párroco no pudo menos de ceder á lo que él consideraba un capricho.

Una vez la mano de éste en poder de la barquera, ésta se dirigió al Conde, diciéndole:

—Javier, alargad vuestra mano

El joven la tendió poniéndola á la izquierda de María. En esta actitud, dijo:

—Entended que estáis unido del mismo modo que yo paso mi mirada del uno al otro (ambos se removieron); ¿no es verdad? María soltó las manos de ambos: el Cura retiró la suya como el que huye de un ascua ardiendo, y la del Conde cayó pesadamente sobre la cama.

Ahora que todos estamos en relación, que todos podemos compenetrarnos recíprocamente, oídme: Dios es el poder absoluto; lo misión del espíritu es el poder relativo; cuando la misión se cumple, cuando la misión es sincera, cuando la misión tiende á su fin, la voluntad de Dios se cumple.

No es María quien en este instante os habla. Espíritus que de parte de Dios venís, afirmad la fe derramando vuestros efluvios en los seres que me escuchan y decidles cuán fuera de mi misión estaría si yo hiciera confesión de cuantos conocimientos tengo. Después que concluya este acto, cuando termine el fenómeno que habéis de presenciar, no os daréis cuenta de él para relatarlo; su recuerdo quedará dentro de vuestra conciencia, para vuestras decisiones ulteriores. ¿Qué veis?

Los tres permanecieron unidos. Es indescriptible lo que ante sus ojos aparecía. Nadie podía descifrar la realidad visible, no estando en antecedentes de la historia de cada uno.

El Conde suspiraba con amargura; la Condesa derramaba lágrimas de contrición, y el Cura, confundido, temblaba como un gozado.

María, extática, la vista en el cielo, entreabiertos los labios y secos por la ansiedad, extendiendo los brazos como si quisiera abrazarlo todo, cayó de rodillas exclamando:

— ¡Dios nuestro! Padre universal; ayuda á los bue-



nos espíritus que intentan la fusión de estos seres que tan heterogéneos en tendencias pululamos por la tierra. Recemos todos.

Durante este momento de oración, *Leal* entró, dejando á los pies de María los objetos que en sus idas y venidas había transportado desde el lugar de la quema.

—Conde, ¿qué veis?

—Un libro, un medallón, un legajo y un pliego.

—¿Dónde están?

—Aquí.

Y volviéndose á la Condesa y al Cura preguntó:

—¿Tenéis conciencia de ello?

—Sí—contestaron ambos.

—¿Conocéis su origen?

—No—dijeron todos del mismo modo.

—¡No lo olvidéis nunca! Sea un sueño para vosotros y escuchad, que el Conde os lo va á decir: despertad.

Y María, al pronunciar esta frase, tomó nuevamente asiento á los pies de la cama.

La joven había unido su influencia propia á la que de su padre experimentaban para crear la situación que se acaba de detallar, pero no conocía el objeto ni mucho menos el resultado que había de producir la referida situación. Así es que cuando vió depositar á sus pies por *Leal* los objetos que éste fué transportando en sus idas y venidas por delante de Gregorio y de Roque, un ligero estremecimiento invadió su ser y las lágrimas asomaron á sus ojos, necesitando toda su fuerza de voluntad para aparecer serena.

Aquellos objetos no podía *Leal* haberlos extraído del arca; ésta, por consiguiente, debía haber sido fracturada por alguna mano aleve, y el animal, conociendo las pertenencias de su ama, los llevaba hasta sus pies.

Su dolor subió de punto cuando halló entre aquellos objetos un resto carbonizado. Era uno de los libros de su padre.

—¡Qué será esto!—se decía;—¿cómo este libro aparece quemado é intacto lo demás? ¿Quién se ha atrevido á allanar el sagrado mío y depósito venerando que mi padre me confió? Dadme valor, Dios mío, para escuchar la triste no-



ticia que espero ante estos despojos, pues no parecen otra cosa! ¿Seré indiscreta, reflexionaba, si me atrevo á satisfacer esta curiosidad, este anhelo que mi pecho siente? Perdonadme, si interpretando mal la extraña influencia que me impulsó á crear esta situación, me permito interrogar al sonámbulo la razón de todo.

Después de un instante de profundo recogimiento, María dijo al párroco:

—Señor cura, luego cuando recordéis, fuera de este lugar, lo que vais á saber aquí, no pronunciéis mi nombre con odio en vuestro pecho.

Y dirigiéndose á la Condesa, exclamó:

—Señora, del mismo modo os suplico que no tengáis prevención conmigo, si algo se revela aquí de lo que guardáis en lo más hondo de vuestro corazón. Entended ambos que es la puerta que al lado del camino del vicio abre paso al de la virtud.

Más que al sentimiento de la ira, ábrase vuestro pecho al del arrepentimiento y el amor.

La Condesa y el cura escuchaban á María fatigosamente, según lo indicaba la penosa respiración y convulsas contracciones de que eran presa.

María, dirigiéndose al Conde, le llamó:

—Javier, ¿estáis dispuesto á ayudarnos á resolver el problema que puede llevarnos á todos al buen camino?

—Sí.

—Responde: ¿por qué está ese libro achicharrado á mis pies?

—Porque ha sido extraído de entre las cenizas del bosque.

—¿Por qué se encontraba allí?

—Porque Roque y Gregorio robaron tu arca, y no encontrando en ella la satisfacción de su codicia, la prendieron fuego, el cual se comunicó al bosque.

—¿Qué otro objeto es ese y á quién pertenece?

—Es el retrato que mi madre entregó al Conde antes de su matrimonio.

La Condesa fué presa de una fuerte convulsión, que María se vió obligada á contener con la sola imposición de la mano.



—Tranquilizaos, señora; es premio la purificación: además, que lo que aquí los tres escucháis, fuera de aquí no lo recordará ninguno, exceptuando lo que particularmente le concierne; mientras que una mirada mía no os haga recordar, ya juntos ó separados, lo que vais á saber. Estando en mi mano, debéis comprender, señora, que yo no seré cruel.

—¿Qué es ese legajo atado con cintas amarillas?—prosiguió María.

—Una serie de documentos—contestó el sonámbulo—justificantes de vuestra entidad y la de vuestro padre, relacionados con la Condesa.

—Sin desatarlos ni romper el sello que en ese plomo se ostenta, podrás decirnos lo que es cada uno de los documentos que lo componen?

—Sí.

—¿Sois sólo vos quien los ha de ver?

—No.

—¿Quiénes son?

—Todos.

—¿Cómo haremos esto?

—Sometiendo el legajo al contacto de todos y mandándolo tú.

—Está bien. Señor cura, levantad ese legajo.

El párroco, como movido por un resorte, se adelantó hasta el centro de la habitación, cogió el objeto citado y quedó inmóvil como una estatua, esperando la orden de María.

—¿Lo tenéis ya?

—Sí—contestó con voz imperceptible.

—Miradlo bien; ¿lo veis?

—No muy bien.

—Llevadle á vuestros ojos.

El Cura lo ejecutó así.

—¿Lo veis ahora?

—Sí.

—¿Podéis leerlo?

—Sí.

—Pues bien, entregad el legajo á la Condesa.

El Cura se aproximó para entregarlo á la Condesa; pero



una nueva convulsión de ésta le impidió cumplir la orden.

—Condesa, es vuestro *Purgatorio*. ¿No queréis curaros? Es vuestra medicina. Valor y calma, resignación y fe en Dios. Tomad los documentos.

La Condesa alargó sus manos en una crispación horrorosa, y arrebató convulsiva y frenéticamente el legajo que le ofrecía el Cura.

—Está bien; calmaos. Llorad. . Llorad más.

Y la Condesa dió rienda suelta á su llanto, desahogando así el sentimiento que comprimía su corazón.

—¿Estáis más tranquila ahora? —preguntó la joven.

—Sí. Quitadme esto, que me abrasa.

—No lo tengáis con recelo. Si no queréis curar vuestro sufrimiento, arrojadlo; nadie os obliga. Dios os dió espíritu; un alma absolutamente libre; de otro modo, ¿dónde estaría su purificación y cómo manifestaría su misericordia, atributos ambos infinitos? Arrojadlo, Condesa, si queréis renegar de esa misma bondad divina.

—Oh. no... yo quiero curarme... yo quiero el perdón... pero... esto pesa horrorosamente sobre mi pecho y abrasa con su ardor mis manos, mis labios y mis sienes.

—Bueno, Condesa, dádmelo.

Esta quiso entregar á María, tan veloz como lo dijo, el legajo que entre sus manos tenía.

—Oh, no, despacio; quiero que significuéis en la entrega toda la resignación de vuestro espíritu, pues de otro modo creería que no tendríais valor para leerle.

—¡Oh! sí, sí.

—¿Lo creéis?

—Sí.

—Hacedlo.

Cumpliendo la orden mentalmente, las lágrimas y los suspiros que le arrancaba aquella lectura regeneraban su alma.

—Dádmelo ahora.

María recibiendo el legajo, lo entregó al Conde y le dijo:

—Tomad, Javier; mirad eso, y nos iréis diciendo lo que contiene.

El Conde recibió el objeto que María había colocado sobre su estómago, y se dispuso á empezar la designación pedida.



—¿Cuál es el primer documento?

—Una carta amorosa de un D. Juan X. á Luisa.

—¿Conoce alguno de los presentes á ese D. Juan?—preguntó María.

Nadie contestó.

—La franqueza—dijo María—y la espontaneidad, son propiedades características de la verdad; así es que el silencio no satisface á esa virtud. Javier, ¿lo conocéis vos?

Después de una breve pausa, dijo el Conde:

—Yo lo he visto alguna vez, mas no lo he tratado nunca.

—¿Y vos, Condesa?

—Sí—contestó ésta secamente.

—¿Y vos, señor Cura?

—También—barbotó á su pesar el padre.

—En ese caso, quedo libre de hacer su descripción y de decirlos su paradero, pues parece natural que sepáis, que allá en la capital de Andalucía, os ha olvidado vuestro común amigo D. Juan Exthevan y Comp.<sup>a</sup>

Una conmoción eléctrica agitó los miembros de los magnetizados. Inútil es decir que esa fuerza galvánica magnética no era en los tres ni de la misma intensidad, ni de la misma calidad, pues en sus fenómenos se podían ver distintivamente las sensaciones que cada uno de por sí experimentaba.

—Perfectamente—dijo María.—¿Y esa Luisa la conocéis? ¡Perdonad, Condesa, si soy cruel!...

—Sí—dijeron los tres á una voz.

—Pasad, Javier, al documento que sigue.

—¿Cuál es?—preguntó éste.

—El borrador de una carta del señor Conde, en la que anuncia á la Condesa: primero, su viaje por tiempo ilimitado; segundo: la decisión de que le acompañe en este viaje su hija, que recogerá á su paso por Extremadura; tercero: la recomendación para que cumpla y haga cumplir las órdenes y disposiciones que deja extendidas en el legajo 27, letra H, de su archivo; cuarto: que siendo fácil que no pueda regresar al hogar doméstico por tener necesidad de asistir á una cita de honor, con mayor motivo le recomienda que no busque rastro alguno, ni de él ni de su hija,



pues previstos de antemano, tiene encargos y acuerdos para resolver todo peligro lo más conforme con el decoro; quinto: que no vacile en el cumplimiento de sus disposiciones, como así lo espera, atendiendo las altas teorías y miras aristocráticas de honor y de grandeza; sexto: que parte confiado y satisfecho de haber cumplido cual corresponde á aquel caballero que la tendió su mano para llevarla á su altura, ignorando lo que valía.

—¿Qué más hay?

—La firma.

—¿De quién?

—De mi padre.

—¿Estáis seguro?; miradlo bien.

—¡Ira de Dios!...—exclamó.

—¡Calma!; estáis bajo la férula de ese poder que no conocéis! Calmaos—añadió después de una pausa;—eso daña á vuestra herida.

Y volviéndose á la Condesa, le dijo:

—Es preciso, señora, pasar del *Infierno* á la gloria. Recordad que Jesús dijo: confesaos unos á otros, y como la materia es siempre rebelde...

María se vió en la precisión de tener que calmarla un poco con su fluido.

—¿Podéis seguir, Javier, diciéndonos lo que encierra el documento que sigue?

—Sí; es otro borrador de una carta á D. Juan, en la que dice que le perdona la ofensa, pero que en cambio le ruega procure no divulgar su criminalidad si en algo tiene la honra de su amor; y al mismo tiempo le aconseja procure en lo sucesivo no ponerse al alcance de su vista.

—¿Qué sigue después?

—Una nota de las disposiciones que deja en el legajo letra H de su archivo 27.

—Leed las notas.

«Primera: Testamento cerrado, en que deja al póstumo »todo su caudal y títulos, quedando para la Condesa viuda »el usufructo y tutorería, durante la menor edad.»

«Segundo: Declara á la Condesa heredera en el caso de »muerte ó aborto de su concepción.»

«Tercero: Usufructuaria en el caso de contraer segundo



»matrimonio, pasando después todo al primogénito más próximo de la familia.»

«Cuarta: Orden para que mis descendientes respeten el contrato que tiene verificado con Francisco A., guardabosque en Bolinches.»

«Quinto: condiciones de este contrato.»

—¿Las leo?

—No hay necesidad. ¿Qué sigue?

—Contrato, perteneciente á Francisco, del duplicado que extendió con el Conde.

—¿Qué más?

—Nombramiento del guardabosque de Mayorazgo de Bolinches á favor de Francisco A.

—¿Qué más?—volvió á preguntar María.

—Ultimo ruego del guardabosque de Bolinches á su hija. ¿Lo leo?

—Sí.

«Siempre he creído, hija mía, que no podría jamás llegar el caso de que después de conocida la historia y los designios de tu padre, éste, por despecho tuyo, viniera á sufrir un anatema ó una maldición, ajena siempre de los buenos espíritus. Desde luego conté con que tu alma, embebida y saturada de mis ideas y sentimientos, sería por lo menos misericordiosa conmigo. Si me he engañado, María, perdóname; soy doblemente digno de compasión por los errores en que viví.

»Cuando llegues á leer este manuscrito, habrás traslucido perfectamente al través de los números anteriores lo que fui, lo que eres, y lo que debieras ser. Si no te conformas con el estado en que vives, para deshacer toda duda y corroborar tu concepción, diré: La imagen que contiene el medallón es la de tu madre; Dios la perdone y nos perdone á todos, pues cada cual sufre en el mundo su prueba peculiar. En cuanto á mí, es muy probable que cuando leas estas líneas, haya un individuo que en tu lugar represente tu casa; no le odies, como no le odio yo, y compadécele en su estado, sea cual fuere. Por si no te conformaras con mi determinación y quisieras recuperar con escándalo del mundo y de la caridad acaso, todo lo que yo por satisfacción mía, por error te robo; en una Bi-



»blia hay un papel encarnado y pegado al folio 80, en  
»cuyo papel tienes señas y detalles precisos de quince mil  
»pesos que puedes utilizar para recuperar lo que perdiste  
»ó para salir del estado en que te dejo. Sujetándome á tu  
»voluntad y deseo, no puedo decirte más, que ello sería sa-  
»tisfacción ó prueba para mí. Cuando mires el retrato de  
»tu madre, cuando sobre él derrames tus lágrimas, dale  
»un beso de mi parte, pues no le guardo rencor. Esto te lo  
»corroboro el saber que tu madre fué de humilde cuna,  
»hermosa como ella sola, altiva como una reina, ligera  
»como una alondra; quien sin embargo de conocerla, la  
»hizo mi compañera, merece saborear toda la virtud de tan  
»bella fruta. Esto es todo, hija mía; el culpable es el que  
»toca aquella manzana, mito que nos representa el primer  
»tiempo. Bésala, repito; llama hermano ó hermana tuyo á  
»aquel ser que tú crees usurpe tus derechos, pues es culpa  
»mía y no de nadie, que no supe sufrir este sentimiento  
»incalicable y que no describo por no llenar de más  
»amargura tu corazón.»

—Hay una invocación—dijo el sonámbulo,—y después la firma.

—¿Qué sigue después?

—Carta de Luisa al señor Conde, en la que implora perdón y le ruega no le arrebate su hija, cuya carta á su pie tiene el borrador de la contestación en la que le dice que la perdona, aunque lo resuelto es definitivo.

—¿Qué hay después?

—Varias notas explicando y resolviendo diversos acuerdos que se desprenden de lo que le lleva leído.

—Basta, pues.

Y dirigiéndose á la Condesa, dijo:

—¿Luisa, has oído bien?

—Sí.

—Haces ingenua confesión á aquel, á cuyo amor respondiste con ingratitud?

—Sí—contestó, casi sin voz, la dama y con estremecimiento nervioso.

—¿Sientes ese mismo dolor que por espacio de veintidós años ha llevado en el seno de su alma aquel espíritu que tanto ruega por todos?



—Sí—contestó la Condesa de la misma manera.

—¡Oh, señora!: decid conmigo «Padre nuestro»—añadió María cayendo de rodillas como la Condesa y elevando juntas sus preces al cielo.

—Falta pues—exclamó María levantándose y dirigiéndose al Cura, vuestra confesión.

El párroco se estremeció.

—Javier, dejad ese legajo; mirad ese pliego doblado que hay en el suelo. ¿Lo veis?

—Sí.

—¿Qué es?

—Un contrato entre dos bribones.

—¿Los conocéis?

—Sí, lo firman ambos.

—¿Quiénes son?

—Mi predilecto y el predilecto de mi madre, es decir, Roque y Gregorio.

—Ved, señor cura, lo que eso exige; si no, os lo leerá el sonámbulo.

—Sí; lo sé.

—Javier, Condesa, ¿sabéis la relación que eso tiene aquí con alguno de los presentes? No hay que estremecerse, señor cura; la confesión no la hacéis á través de una rejilla. Si es franca, si desde el fondo de vuestra alma eleváis á Dios el sentimiento que os produce vuestro pecado, la absolución es el fruto inmediato que recoge el pecador.

Y volviéndose al sonámbulo, le preguntó:

—¿Tiene relación con algún otro personaje, ú otros, aunque esa relación sea mediata?

—Sí, la tiene con otros dos hombres que estuvieron con el Cura hablando secretamente cerca de la fuentequilla la noche de la ocurrencia.

—¿Quiénes eran esos personajes, señor cura?

El párroco guardó silencio.

—Es inútil que os empeñéis en callar: todo lo sabemos; la pregunta sólo es por vuestro bien. Teneos caridad: entended la justicia de Dios de distinto modo que la predicáis. Decid.

—El alcalde de Valldeganga y el secretario,—contestó el Cura con voz apagada.



—¿Sobre qué hablabais?

—Sobre la destitución de Gregorio, que imposibilitaba nuestro negocio.

—Ya veis, señor Cura, que los pasos en esta vida, todos son trascendentales; estáis expuesto á pagar vuestro delito por la complicación en que os encontráis en el atentado contra el Conde. Sin embargo, esta es la ocasión en que un verdadero arrepentimiento puede hacer útil el tiempo que habéis desperdiciado, y aprovechándolo por el contrario en satisfacción de vuestra codicia. Pedid perdón á Dios y rogadle conmigo para que dentro de las leyes naturales salve, si así conviene; esta terrible circunstancia.

El cura y María oraron fervorosamente. Esta, después, se dirigió al Conde.

—Javier, visto esto y correspondiéndos á vuestra vez el confesaros, ¿queréis decirnos qué sois?

—¡Un miserable!

—No, Javier, no; un hermano mío. Ten reminiscencia de este suceso y serás regenerado. Ten presente, y no lo olvides, que todos somos hijos de Dios. todos hermanos! Reza conmigo, Javier. y acompáñame á rogar por aquel que provoca tanta concordia y tanto amor!

María se arrojó sobre el lecho de su hermano, cuyo rostro cubrió con un turbión de lágrimas y besos. Después, irguiéndose en una actitud digna é indescriptible, haciendo señas á *Leal* para que retirara los objetos, dijo:

—Despertad.

Los concurrentes así lo verificaron, sin darse cuenta en aquel instante de lo ocurrido.

## XXII

### El amor metálico

Una vez terminada la extraña revelación de María, apareció en el umbral de la puerta un criado, anunciando á la señora Condesa que Gregorio deseaba hablarla.

Esta se levantó después de haber dicho al doméstico que le introdujera en su gabinete.

María previno á ésta, que durante su entrevista con Gregorio, hiciera por recordar un hecho que ya conoce.



La Condesa salió, quedándose en la habitación el Cura, María y el Conde. Cuando la dama llegó á su gabinete, en él esperaba Gregorio de pie y calculando el lugar y actitud que debiera conservar durante la entrevista: así es que, disimuladamente, se interpuso entre ésta y la puerta de entrada.

—Dios te guarde Gregorio —dijo la dama tomando asiento é indicando á éste que lo hiciera también.

—Gracias, señora Condesa—contestó el exguardabosque volviendo la vista hacia la puerta.

—¿Qué es esto?—preguntó la dama al observar la mirada de Gregorio.—¿Parece que estáis receloso?

—En verdad, señora Condesa, lo requiere el caso: es de tan alto interés lo que voy á comunicaros, que convendría, si me dais vuestro permiso, cerrar la puerta y asegurarse de que no nos oye ningún curioso importuno.

La Condesa, aunque con extrañeza, consintió en la pretensión de Gregorio, en la creencia de que iba á referirle el nombre del asesino de su hijo ú otra circunstancia por este estilo; empero se olvidó de asegurar del mismo modo la puerta de escape que comunicaba con un pasillo que conducía á las habitaciones del Conde.

Gregorio no notó tampoco esta salida por estar perfectamente disimulada en la pared por los adornos que decoraban el gabinete; así es que creyéndose seguro, se explicó de la manera siguiente:

—Pues bien, Luisa...

La Condesa, que no acostumbraba desde mucho tiempo á oírse nombrar de esta manera, quedó perpleja, y su mirada investigadora fué á estrellarse en la de Gregorio, que, más potente, la hizo bajar la vista.

—¿Parece que recelas?

—Lo que parece es que has olvidado que soy tu señora, la Condesa de X.

—Perfectamente; no vengo á hablar á la Condesa; vengo á hablar á Luisa, á aquella Luisa que en las praderas de nuestra Galicia, por primera vez suspiró amores y vendió á su amante.

La Condesa, atónita por el giro que tomaba el asunto y sin poder presumir la causa de un cambio tan extraño,



dada la situación difícil, se resolvió á esperar para conocer el verdadero intento de su antiguo amante.

—¿Y á qué viene recordar esto? No eres tú quien tiene derechos para evocar delicias pasadas.

—Oh, sí, señora; prueba evidente de que tengo derechos, es que los uso.

—No es uso, sino abuso.

—Ahorremos calificaciones; lo que yo quiero son resultados más positivos: toda vez que aquella protección que me ofreciste la has olvidado, vengo á cumplir mi oferta.

—Gregorio!...—dijo espantada la Condesa.

—Calma, Luisa; no hay que asustarse; aun te queda un recurso que vengo á proponerte para que veas una vez más que soy generoso contigo.

Después de una pausa, la Condesa exclamó:

—Explicate.

—Antes haré una breve reseña por si has olvidado lo que me debes.

—No tienes necesidad de ello.

—Sí la hay; no quiero que digas que yo me voy de ligero, apoyándome en mis sacrificios. Verás cuán pequeño es el que de ti reclamo.

—¡Hola!—dijo para sí la Condesa;—se trata de dinero; mas no me explico, siguió reflexionando, mientras Gregorio tomaba asiento, que necesite de esta forma para una exigencia ordinaria en él. Otra cosa habrá.

—Seré breve; no cansaré mucho tu atención. Nosotros—continuó Gregorio,—eramos felices y arrullamos nuestros amores por aquellas breñas en que pacían mis ganados en la propiedad de tu padre. Sabes que un día se presentó un gallardo mancebo que, pretendiendo cazar aves, cazó á Luisa. Yo, por no perderte de vista, porque siempre ardía en mi pecho el mismo fuego para ti, me conformé á seguirte, sin poder realizar nuestra unión que tú hiciste imposible. En cambio, me aseguraste llevarme siempre á tu lado. Tras de esta esperanza, te seguí á pesar de lo mucho que me repugnaba verte en brazos de aquel Conde. Has venido realizándolo hasta aquí, porque te figuraste que la voluntad de tu hijo sería bastante disculpa para olvidar tu promesa. Además, ya aquella lozana her-



mosura de tus pasadas edades se ha marchitado, ha concluído para ti la vida que desde Condesa empezaste; ya no esperas amantes, y por lo mismo no necesitas de mis sacrificios. Esto ha hecho que tiendas sobre lo pasado un espeso velo, bajo el cual has creído cegarme; pero, Luisa, te has engañado; al través del velo aparezco yo exigiendo, como con toda ingrata debe hacerse, el cumplimiento de la oferta.

—Bien: ¿qué quieres?

—Cumplir tu deseo, ya que me alejas de ti. Aléjame; mas para ello comprenderás que no me bastan los pies; que necesito otra cosa para volverme á mi país á recordar en aquellas praderas las horas que tan tristemente perdí contigo, como pobre incauto.

—Bien: pero dí. ¿qué quieres?

—Muy sencillo; oro.

—¿Es posible, Gregorio, que no te hayas cansado de pedir? No me explico cómo encuentras siempre fundamento para hacerlo.

—Pues es muy natural la explicación. Siempre que me das un motivo como el presente, debo pretender alejarme de una señora que entre los perfumes de sus salones olvida la miseria de los que se sacrifican por ella. ¡Fundamento!... aunque no lo tuviera, ¿no es bastante, Luisa, el verte siempre desdeñosa y muy distante de satisfacer el sentimiento de mi corazón?

—Tú abdicaste ese derecho al consentir mi matrimonio con el Conde y al trocarlo por las ventajas materiales que te ofrecía un puesto en su servidumbre.

—Aunque así fuera, Luisa, tampoco tienes razón. Yo abdiqué porque tú me obligaste á ello; pero, respóndeme, ¿sucedió lo mismo cuando tú me obligaste, llorosa y afligida como una Magdalena, á servir de confidente en aquellos amores en los cuales, á no haber sido por todo el cariño que yo te tengo, hubieras perecido treinta veces? Pues entonces, *señora Condesa*, ni abdiqué yo, ni abdicó el Conde: ¿con qué habeis satisfecho tanto á mí como á aquel estúpido señor, mis sacrificios y su ceguera? Vaya, vaya, Luisa; muy distintos y muy pequeños se ven los objetos cuando se miran desde arriba. Los que desde abajo los vemos, ob-



servamos todos los detalles; conocemos su verdadera magnitud y no nos engañamos. Así pues, para concluir, sólo haré una pregunta. ¿Crees tú que te he servido bien?

—Sí.

—¿Crees haberme recompensado?

—También.

—Pues te engañas en una cosa y en otra. Mala recompensa es la de verme arrojado de tu lado; y para servirte bien, antes que verte descender hasta el hediondo fango en que hoy te agitas, debí quitarte esa existencia que aun provoca mi despecho.

—¡Gregorio!... Termina pronto. ó sal de aquí.

—No puede ser, *señora Condesa*.

—Salid, tú os entrego á los tribunales como incendiario y ladrón.

Gregorio se estremeció; comprendió que la amenaza de Luisa podía cumplirse, cuando con tal convicción le hablaba. Su calma no por eso se alteró de un modo visible.

—¡Diablos!—se dijo;—esto está peor de lo que me figuraba! ¡Y estoy sin armas! ¡Ah, veremos si mis fuerzas no me han abandonado. El resuello de una mujer casi física, no puede darme mucho trabajo.

Y luego en voz alta, añadió cruzándose de brazos:

—Luisa, dispénsame que me ría: ¿qué pretendes con amenazas inútiles é infundadas? Si has creído evadirte, estás en un error. Reflexiona un instante siquiera, pues de lo contrario, iré, sí, á los tribunales, pero tú habrás andado más deprisa que yo.

La Condesa cayó de rodillas con las manos cruzadas en su pecho é implorando mentalmente, mientras con sus lágrimas desahogaba su comprimido corazón.

—Eso es; ved aquí lo que son las mujeres: mucha altivez, mucho poder cuando exigen; pero mucha flaqueza también cuando apelan á sus lágrimas! No, *Condesa*; ha mucho tiempo que estoy acostumbrado á verlas y no me enternece ya. Dadme el oro que necesito.

La Condesa no contestó, ni aun lo oyó por la abstracción en que se encontraba.

—Calláis!...—dijo moviéndola por un brazo.

Salida de su éxtasis y queriendo arrojar de sí «quella



influencia terrible y asquerosa, se levantó de pie con aire de dignidad, diciéndole:

—Salid... yo os perdono; perdonadme á la vez si no sois un miserable.

—¡Miserable yo!—dijo Gregorio arrojándose sobre la Condesa, quien al empuje cayó sobre el sofá exhalando un grito de horror ante la actitud y mirada de Gregorio.

La puerta de escape se abrió y en el umbral apareció María con toda la gravedad que le era propia. Detrás estaba el Cura.

Gregorio midió sus fuerzas y comprendió que estaba acorralado: tras de aquellas dos figuras veía fuerzas más superiores que las suyas.

—No asustarse, señores,—dijo haciendo un esfuerzo sobre sí.—es un accidente de los que acostumbran á darle á la Condesa: un poquito de agua.

—Gregorio, abrid aquella puerta é id por ella vos mismo —dijo María;—tened presente que en este mundo no debe desatenderse jamás ningún consejo dado de buena fe: idos sin miedo; recordad que os ofrecí mi protección; si no sois guardabosque, es porque vos mismo os habéis destruido vuestra esperanza. No os quejaréis de mí.

—Y ¿quién eres tú?

—¡La Condesa!...—dijo el Cura penetrando hasta el centro de la estancia.

—¡La Condesa!...

—Sí, mi hija—dijo la Condesa viuda, vuelta de su estupor.

Imposible es describir la perplejidad de Gregorio, quien comprendiendo que no debía desperdiciar la ocasión, y mirando al Cura dijo:

—Si vos me lo abonáis, tendré al fin que creerlo.

—Sí, Gregorio: se sabe todo y á tanta caridad, lo mejor es la confesión. Ahora te resta tu penitencia; pídele á Dios que sea corta y ligera.

Gregorio quedó sumido en un caos indecible.

—¿Qué debo hacer, señor Cura? Porque á mí me corresponde seguir el mismo camino que á vos.

—Sí, hijo mío; haced lo que yo: pedir perdón y arrepentirse, ya que no podemos indemnizar tanto daño.



Gregorio miró á María y despues á la Condesa, y salió de la estancia murmuraddo para sí:

—¡Dios me valga!

### XXIII

#### La verdad es una

Ya vimos, antes de esta escena, salir á la Condesa del cuarto de su hijo, donde quedaban María y el Cura. No parecía sino que este señor esperaba la ocasión de la salida de la Condesa, á juzgar por la prisa con que dijo á María:

—¡Qué lástima que no creas en Dios!

—Estáis en un error, señor Cura; creo en él y no comprendo el por qué de vuestra exclamación.

—Muy sencillo, María. No puedo explicarme lo acontecido sino creyéndote adivina por el resultado que hemos visto; pues una de dos, ó á ti te protege el Diablo, ó te protege Dios.

—Eso es, señor Cura, que no os habéis parado nunca á observar y mucho menos á estudiar lo que á vos corresponde. En primer lugar, el *Diablo* no existe.

—¡Jesús .. María!...

—Nada, señor Cura; fuera preocupaciones; si de buena fe así lo creéis, escuchadme. El Diablo no es otra cosa que una figura sintética del mal y de las contrariedades, la cual el hombre ha utilizado para representarse, desde la enunciación de la doctrina de Jesús, el principio de separación de esta misma doctrina. Siendo así que esto es muy relativo, no tiene representación real. El bien y el mal, nosotros lo apreciamos material, física y moralmente. Materialmente, cuando no alcanzamos el resultado práctico en nuestras operaciones y nuestros cálculos nos resultan mal, y mal que, según los cálculos de otros, este resultado les agradaría; luego en sí, en este caso, el mal es muy relativo pues que depende del objeto y de la tendencia nuestra. Voy á poner os un ejemplo, señor Cura. Recordad cuando la Condesa y vos vinisteis á proponerme que la acompañase á Madrid. No os alteréis, pues al referirlo, lo expongo como idea práctica; lejos de mi ánimo, herir



vuestra susceptibilidad. En vuestro cálculo era un bien para vos, para Gregorio y los cómplices de éste y para mí también el que yo dejara de servir mi barca; unos para satisfacción de su deseo, yo porque mejoraría de condición. Ahora veréis cómo depende del modo de concebir y de calcular la apreciación del mal material. Lo que vosotros creíais que era un bien, para mí era un mal; me separabais del cariño que me liga á la tierra de la paz y de la tranquilidad con que vivo, y para vosotros, según mi juicio, era también un mal lo que se creía un bien, pues hoy estáis tocando que á no haber sido así, no tendríais el placer de experimentar esa satisfacción interna que resulta de la decisión de entrar y obrar en el camino práctico del bien moral. ¿Lo habéis comprendido? Ya lo veis; según unos, el bien, tal como así lo creían, era un mal tal como yo lo aprecio.

—Es verdad—contestó el Cura.

—Mal físico. Esto se explica sencillamente al pensar que los temperamentos no son todos iguales. Así pues, un médico debiera observar que en diferentes enfermos difiere un mismo tratamiento en razón directa de los temperamentos que posee cada uno de estos enfermos, pues lo que aliviaría á uno, podría precipitar á otro la enfermedad ó provocar otra dolencia, en virtud del desnivel ó desigualdad, mejor dicho, de temperamento en el organismo humano.

Ejemplo: Antes que el señor Conde cayera enfermo y yo le tratase con el mismo medicamento que á mi perro, tuve que tener en cuenta la diferencia de organismo; así es que las infusiones son más atenuadas ó dinamizadas; la acción magnética, el Conde la recibe por la implantación de la palma de la mano, por mi voz, por mi mirada y pases á distancia, y últimamente la necesidad de provocar la cicatrización de su herida por ese bálsamo que veis sobre la mesa y el cual formará la película sobre que se establezca la unión rápida de los tegumentos. Mi perro, por el contrario, no ha necesitado tanta delicadeza; en su organismo como en el de casi todo animal, es más activa la fuerza asimilatriz y reparadora. La Condesa, después de adquirir la calma necesaria, no necesita otra acción mag-



nética que la que puede comunicarse con mi mirada y mi voz. ¿Entendéis, señor cura?

—Sí, comprendo, á pesar de que no me explico eso que dices de magnetismo; pero veo la analogía en el sistema ordinario de la medicina actual.

—Bueno, me resta probaros el mal moral: para apreciarlo bajo este prisma, necesitamos saber lo que es el bien y tener conocimiento de él, para por oposición conocer aquél. Todos nuestros actos, que perfectamente ajustados están á los principios de amor, pues de él se desprende la caridad, la justicia y el sacrificio, tienden al bien. En cumplimiento de este principio, nos da una satisfacción interna que constituye la fruición de ese placer inexplicable como irradiación del deseo que el Padre común tiene para todos sus hijos; de manera que cumpliendo con los preceptos del amor, se cumple con el afán de Dios. Faltando á estos preceptos, se provoca el sentimiento de éste, al ver la ingratitud de sus hijos, pues nosotros recibimos su misericordia y todos los frutos de su bondad para amarnos recíprocamente. Consecuencia inmediata, señor Cura; nosotros obramos mal cuando faltamos á los sublimes preceptos referidos, y al obrar así sentimos y hacemos sentir esa sensación triste, desconsoladora y desesperante de su acción.

—Es verdad.

—Pues entonces, el mal no es otra cosa que lo que llevamos dicho. La representación de este mal, porque nosotros necesitamos vestirlo todo, la hemos personificado en un ser que se ha llamado Diablo. Aquel que no haya profundizado esta verdad, solamente se ha contentado con el símbolo que una imaginación poética debió crear, puesto que el mal no se rige; es la consecuencia, como ya he dicho, que experimentamos al separarnos de nuestra misión, y el deseo divino.

Acostumbramos, cuando sufrimos las consecuencias lógicas de nuestra conducta en unos casos, de las leyes naturales en unos casos, llamar calamidad á esta experimentación, y por no tomarnos el trabajo de inquirir la causa primordial ó productora de esta calamidad ó calamidades, atribuimos, porque así nos halaga, estos efectos á un mito,



disculpa viviente de nuestros errores. Esta es la flaqueza humana: no tenemos el valor suficiente para conocer, confesar y corregir nuestros defectos.

—María, algo de verdad hay en lo que acabas de decir, pero debemos convenir que al creer de ese modo, barrenamos el principio de la fe, que debe ser indestructible en todo cristiano católico apostólico romano.

—No lo veo así, señor Cura, á menos que no entendáis la fe de distinta manera que yo.

—Algo tendrá que ser, María; mas cuando tantos hombres eminentes, sin tener que recurrir á las palabras de Cristo y á las del mismo Evangelio, han convenido y creen con más razón que nosotros en la existencia de Dios y en la del diablo, en que hay infierno...

—Sí, sí, todas las zarandajas que esos *eminentes* han inventado á título de revelaciones de Jesús y sus evangelistas...

—¡Qué estás diciendo: ¡Por Dios, María!

—Señor Cura, mientras no se deje V. de aspavientos y exclamaciones, no nos entenderemos.

—¡Pero si no se te puede oír, mujer! Estás delirando, y en verdad que me duele porque yo no quiero el mal para nadie.

—Me alegro que así piense el señor Cura: ese es el camino del bien; por él nos acercamos á Dios, camino que nos designó Jesús y que unos egoístas ambiciosos borraron á la vista humana; empero los seres que al mundo llegan y del mundo parten, no verifican sus peregrinaciones inútilmente. El que de aquí salió ó de cualquiera otra esfera para volver otra vez y purificar su espíritu, trae consigo ya, en cada encarnación, un átomo más del germen del progreso. Vos, señor Cura, pensáis hoy así; cuando volváis á pisar esta tierra, pensaréis de otro modo, y si tropezáis con otro espíritu como el mío, estaréis más dispuesto para recibir el aviso.

—¡Jesús, qué disparate!

—Si por decir estos disparates, crucificaron á Cristo, ¿qué extraño es que vos, señor Cura me consideréis loca como á él le creyeron cuando declaró que nadie era profeta en su patria.



Yo os explico lo que es el bien y lo que es el mal: os empeñáis en ser sordo, peor para vos. Los hechos prácticos, señor Cura, que habéis venido observando estos días. ¿no os dicen algo?

—Sí, que eres una bruja.

—¡Bah! volvemos al principio de la cuestión; sin embargo, acepto el calificativo, pues es cuestión de nombre. Yo no pretendo honrarme ni ensalzarme al traeros al terreno de la prueba: ¿creéis, señor Cura, que el diablo puede más que Dios? (esto aceptando la idea que tenéis formada de esos dos poderes sobrenaturales.)

—No, eso no puede ser.

—Pues entonces, ¿cómo concebís que el diablo se oponga á la voluntad divina y destruya sus propósitos? ¿Las leyes de Dios no son inalterables?

—Sí.

—¿Cómo el diablo las altera? ¿Vale tanto como Dios?

—Lo que El permite...

—¡No puede ser! Dios es infinitamente misericordioso y justo, y no puede consentir semejantes hipótesis nacidas sólo de un falso criterio, ó por lo menos dudoso.

—¿Cómo te explicas, entonces, esas inspiraciones perversas de algunos hombres? ¿Era dureza de corazón que á veces demuestran los grandes talentos?

—Muy sencillo, y sobre todo muy natural.

—Bueno, veamos.

—De dos maneras. ¿Admitís, por supuesto, la existencia del alma y de la materia?

—Sí.

—Pues bien, tanto el uno como el otro principio, obedecen á sus leyes peculiares, pues sin ellas no veríais la materia agrupada y afectando las formas del reino animal, vegetal y mineral, y del mismo modo otro orden de leyes espirituales hacen que el espíritu presente análogamente una escala jerárquica, digamoslo así, de su misma esencia. Y como á la materia, en sus sucesivas transformaciones ó modificaciones, la vemos presentarse progresando en la complicación orgánica, por ejemplo, asimismo el espíritu progresa purificando su esencia. No hay más diferencia sino que la materia nacida para contener



el espíritu, no conserva su individualidad eternamente.

Ahora bien. Los seres funcionan en la naturaleza de dos modos ó con arreglo á dos tendencias, la material u orgánica, y la espiritual; y como las funciones de éstas están en razón de su progreso, de aquí, que aquéllas sean más ó menos armónicas entre sí: de aquí que hay hombres cuyo progreso no está nivelado, mejor dicho, cuyo adelanto intelectual sea superior al moral, como con frecuencia vemos.

—Bien; pero todo eso no me dice nada.

—¿Cómo no? ¿No se deduce de aquí, que el hombre, por ejemplo, que no tiene un gran desarrollo moral, obra en razón de su atraso?

—¿Entonces, supones que Dios hizo al hombre imperfecto?

—No tal; Dios hizo á todos los espíritus iguales, porque la esencia que los constituye, es irradiación suya; pero el espíritu para apreciar su felicidad ha de merecerla, temiéndola conciencia de ella. ¿Podríais vos, señor Cura, tener conciencia de un placer si antes no le conocíais? Cuando no se le conoce, no se le desea.

—Seguramente que no.

—Ved pues cómo los espíritus no son imperfectos, sino que nacen para merecer la felicidad que se anhela. Según vuestra creencia, el pobre insecto comparado con el hombre como el simple musgo comparado con los árboles, serían creaciones imperfectas, y no es así. No sale nada imperfecto de la mano del Creador; todo cumple su destino, por más que lo complicado de su organización escape á nuestra vista.

—Bien; según eso, tú no estarás conforme con el *Génesis* cuando dice que todo apareció, al crearlo Dios, perfecto. No creerás tampoco que esta perfección fué perdida por el pecado original.

—Yo creo que todo nació perfecto, pero en los diferentes períodos de los tiempos nunca el hombre, en general, fué más adelantado que lo es hoy. Su desarrollo no tendría razón de ser después de haberlo perdido.

—Difícil es de probarse eso.

—¡Oh! señor Cura, muy sencillo, muy fácil; lástima que



# OBRAS ESPIRITISTAS

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL PUBLICADO POR LA  
REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

## INDICACIONES

Los pedidos deberán hacerse acompañando su importe en sellos, libranzas del Giro mutuo ó letra de fácil cobro á la orden de *José C. Fernández*.—*Barcelona*.

Cuando se pidan encuadernadas las obras que en el catálogo no se indique que lo estén, aumentará su importe con lo que cueste la encuadernación.

Se admitirán los billetes de Banco de todos los países por el valor á que se descuenten en Barcelona el día de su recibo.

Los paquetes que se expidan á cualquier punto de la Península serán francos de portes para el comprador, quien abonará solamente *veinticinco céntimos* por el certificado.

Cuando el pedido no llegue á *cinco pesetas*, se acompañarán otros *veinticinco céntimos* para gastos de correo.

TÍTULOS DE LAS OBRAS	PRECIO	
	Ptas.	Cénts.
<b>DE ALLAN KARDEC</b>		
(OBRAS FUNDAMENTALES)		
<b>El libro de los Espíritus</b> (parte filosófica).—Contiene los principios de la doctrina espiritista sobre la inmortalidad del alma, la naturaleza de los espíritus y sus relaciones con los hombres, las leyes morales, la vida presente y futura y el porvenir de la humanidad, según la enseñanza dada por los espíritus superiores con auxilio de diferentes médiums.—Un tomo de 350 páginas en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica</i>	1	»
<b>El Libro de los Médiums</b> (parte experimental).—Contiene la enseñanza especial de los espíritus sobre la teoría de todos los géneros de manifestación, los medios de comunicar con el mundo invisible, el desarrollo de la mediumnidad y las dificultades y escollos que pueden experimentarse en la práctica del Espiritismo.—Un tomo de 493 págs. en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica</i>	1	»
<b>El Evangelio según el Espiritismo</b> (parte moral).—Contiene la explicación de las máximas morales de Cristo, su concordancia con el Espiritismo y su aplicación á las diversas posiciones de la vida.—Un tomo de 445 páginas en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica</i>	1	»
<b>El Cielo y el Infierno ó la Justicia Divina según el Espiritismo</b> .—Contiene el examen comparado de las doctrinas sobre el tránsito de la vida corporal á la vida espiritual, las penas y las recompensas futuras, los ángeles y los demonios, las penas eternas, etc., etc., seguido de numerosos ejemplos sobre la situación real del alma durante y después de la muerte.—Un tomo de 494 páginas en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica</i>	1	»



TÍTULOS DE LAS OBRAS	PRECIO	
	Ptas.	Cénts.
<b>El Génesis, Los Milagros y Las Predicciones según el Espiritismo.</b> —Caracteres de la revelación; el bien y el mal; papel de la Ciencia en el Génesis; uranografía general; bosquejo geológico de la tierra; génesis orgánico, espiritual y mosaico; caracteres de los milagros; los fluidos; los milagros del Evangelio; teoría de la presciencia; predicciones del Evangelio; etc.—Un tomo de 494 páginas en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica.</i>	1	»
<b>Obras póstumas.</b> —Interesantes estudios, en los cuales se desarrollan diferentes puntos de la doctrina espírita, dados á luz después de la muerte de su autor.—Un tomo de 444 páginas en 8.º	3	»
<i>La misma obra en edición económica.</i>	1	»
<b>Los seis libros anteriores, edición económica, encuadernados en un tomo á la holandesa.</b>	8	»
<b>¿Qué es el Espiritismo?</b> —Contiene el resumen de la doctrina espiritista y las respuestas á las principales objeciones.—Un folleto 66 págs. en 4.º	»	50
<b>DE CAMILO FLAMMARION</b>		
<b>Dios en la Naturaleza, ó el Espiritismo y el Materialismo ante la Ciencia moderna.</b> —Un tomo en 8.º con el retrato del autor	4	50
<i>La misma obra en edición económica.</i>	2	»
<b>La Pluralidad de mundos habitados</b> —Condiciones de habitabilidad de las tierras celestes.—Un tomo en 8.º con láminas sueltas	5	»
<i>La misma obra en edición económica.</i>	2	»
<b>Las Maravillas Celestes.</b> —Descripción de nuestro sistema planetario é idea general de los demás sistemas.—Un tomo en 8.º con grabados.	5	»
<i>La misma obra en edición económica.</i>	2	»
<b>Narraciones del Infinito.</b> —Comprende los dos libros siguientes:	1	»
<i>Lumen.</i> —Historia de un alma.	1	»
<i>Historia de un Cometa.</i> —La Vida Universal y Eterna	1	»
<b>Los Mundos reales y los Mundos imaginarios.</b> —Viaje pintoresco al cielo y revista crítica de las teorías sobre los habitantes de los astros.—Un tomo en 8.º con una lámina	4	50
<i>La misma obra en edición económica.</i>	2	»
<b>Últimos días de un Filósofo.</b> —Diálogos sobre la Naturaleza, las ciencias, las metamorfosis de la tierra y del cielo, la humanidad, el alma y la vida eterna, por <i>Humphry Dawy</i> , con un prólogo y muchas notas de Flammarión.—Un tomo en 8.º con grabados.	4	»
<i>La misma obra en edición económica.</i>	2	»
<b>Contemplaciones científicas.</b> —Nuevos estudios de la Naturaleza y exposición de las obras eminentes de la ciencia moderna.—Un tomo en 8.º con una lámina.	4	50
<b>La Atmósfera.</b> —Descripción de los grandes fenómenos de la Naturaleza.—Dos tomos en 8.º con grabados	10	»
<b>Astronomía popular.</b> —La tierra y el cielo.—Descripción de los fenómenos del Universo al alcance de todos.—Un tomo en 8.º con grabados.	5	»
<b>Viajes aéreos.</b> —Impresiones y estudios.—Diario de á bordo de doce viajes científicos en globo, con planos y topografías, etc.—Un tomo en 8.º con grabados.	5	»
<b>Historia del Cielo.</b> —Historia popular de la Astronomía y de los diferentes sistemas imaginados para explicar el Universo.—Un tomo en 8.º con grabados.	6	»
<b>Las Estrellas y curiosidades del Cielo.</b> —Astronomía popular.—Descripción completa de las estrellas visibles á primera vista y de los objetos celestes fáciles de observar.—Dos tomos en 8.º con grabados y láminas en colores	14	»
<b>Urania</b> (novela).—Un tomo en 8.º con grabados	6	»



TÍTULOS DE LAS OBRAS	PRECIO	
	Ptas.	Cénts.
<b>El Fin del Mundo.</b> — Un tomo en 8.º con numerosos grabados . . . . .	5	2
<b>¿Qué es el Cielo?</b> — Un tomo en 8.º con grabados . . . . .	2	50
<b>Los Terremotos</b> y la erupción del Krakatoa. — Un t. en 8.º con grabados.	4	2
<b>La Astronomía y sus fundadores.</b> — Copérnico y el sistema del mundo. —		
Un tomo en 8.º con grabados . . . . .	2	50
<b>Estela.</b> — Un tomo en 8.º con grabados. . . . .	5	2
<b>DE MAGNETISMO E HIPNOTISMO</b>		
<b>Manual del Magnetizador práctico,</b> por Regazzoni.— Edición «Sócrates».		
— Opúsculo indispensable á todo magnetizador, en especial á los principiantes, por las notables lecciones que encierra y la claridad con que se exponen. — 60 páginas en 8.º español.	2	25
<b>Instrucción práctica sobre el Magnetismo animal,</b> por Deleuze.— Un tomo en 8.º de 320 páginas . . . . .	2	50
<b>Procedimientos magnéticos,</b> por el profesor H. Durville (edición <i>Revista</i> ).	2	25
<b>El Magnetismo humano,</b> considerado como agente físico, por H. Durville.	2	25
<b>El Hipnotismo, El Magnetismo y la Mediumnidad científicamente demostrados,</b> por Arturo d'Anglemont, versión española por D. Juan Juste. Extracto de las <i>Armonías Universales</i> , parte complementaria de la importante obra <i>El Fraccionamiento de lo infinito</i> . 220 páginas en 4.º	3	2
<b>El Magnetismo animal (Hipnotismo y Sugestión).</b> — Estudio histórico y crítico, por el doctor J. S. Morand, director y redactor jefe de la «Gazette médicale de l'Algerie» y oficial de la Legión de Honor. Traducción del doctor López Solís.— Obra adornada con grabados y encuadernada en tela y oro.	6	50
<b>El Magnetismo, Sonambulismo y Espiritismo.</b> — Estudios curiosos y filosóficos, por García-Ramón.— Obra adornada con láminas y encuadernada con tela y plancha oro . . . . .	4	2
<b>Magnetismo é Hipnotismo.</b> — Exposición de los fenómenos observados durante el sueño nervioso provocado, bajo el punto de vista clínico, psicológico, terapéutico y médico-legal, con un resumen histórico del <i>Magnetismo animal</i> , por el doctor A. Cullerre, miembro de la sociedad Médico-psicológica. — 4.ª edición con 28 láminas intercaladas en el texto. — Versión española por E. Simancas, licc. en Medicina y Cirujía.	4	2
<b>Magnetismo, Hipnotismo, Sugestión y Espiritismo,</b> contiene cuanto se relaciona con la ciencia moderna psicológica y su trascendental aplicación á la adivinación, á la medicina y á las relaciones con lo suprasensible. Obra adornada con profusión de grabados, por Polintzieu . . . . .	1	2
<b>Hipnotismo y Sugestión.</b> — Estudio crítico.— Aplicaciones á la Terapéutica, á la Medicina legal y á la Pedagogía, por el Dr. E. Bertrán Rubio. Con 10 láminas separadas del texto; clichés de la colección del autor y fototipias de D. Félix Laureano . . . . .	4	2
<b>La Sugestión mental y la acción á distancia de las sustancias tóxicas y medicamentosas,</b> por los doctores H. Bourru y P. Burot, profesores de la Escuela de Medicina de Rochefort; versión castellana de D. Agustín Fúster Fernández, licenciado en Medicina y Cirujía. — Un tomo en 12.º con figuras intercaladas en el texto . . . . .	4	2
<i>La misma obra encuadernada en tela.</i> . . . . .	5	2
<b>El Sonambulismo provocado,</b> estudios fisiológicos y psicológicos, por H. Beaunis, profesor de Fisiología en la Facultad de Medicina de Nancy; versión española de la última edición francesa, por D. Enrique Simancas y Larsé, licenciado en Medicina y Cirujía. — <i>Cuarta edición española.</i> — Un tomo en 8.º, ilustrado con 6 figuras intercaladas en el texto.	4	2
<i>La misma obra encuadernada en tela.</i> . . . . .	5	2
<b>El Nuevo Hipnotismo, ó Magnetismo animal,</b> por E. Moutin, con el retrato del autor y 10 figuras en el texto. — Un tomo de 500 páginas en 8.º . . . . .	4	2



## OBRAS NUEVAS

Ptas. Cts.

- Maravillas de las Ciencias ocultas**, por Ricardo Ruiz y Benitez de Lugo. Recopilación de datos análogos á los que publica Camilo Flammarion en su última obra «Lo Desconocido y los Problemas psíquicos».—Un tomo en 8.º de 525 páginas. . . . . 2'50
- La Medium de las Flores**. Investigaciones hechas en el grupo espiritista «Marietta».—Pneumatografía, Biorporreidad, Materializaciones, Aportes y otros fenómenos espiritistas, por *El Vizconde de Torres-Solanot*.—Un tomo en 4.º, edición única.. . . . 3 »
- Inspiraciones**. Poesías póstumas, por Matilde Alonso Gainza, con un prólogo de Manuel Navarro Murillo y una dedicatoria de Matilde Navarro Alonso. . . . . 1'50
- Memorias del Padre German**. Fragmentos copiados y anotados por Amalia Domingo y Solér.—Un tomo en 4.º 3 »
- El temblor de tierra**. Poema descriptivo y filosófico, por Salvador Sellés. . . . . 1 »
- El Teatro espiritista**, por Manuel Jimeno Eito.—Un volumen compuesto de los dramas siguientes: *Los Muertos hablan*, en un acto, *Alas y Cadenas*, en 3 actos y un epílogo, y *Como se vengán los Soles*, en 3 actos. . . . . 2'50
- Magia teúrgica**, por Q. López Gómez.—Un tomo de 300 páginas en 8.º. . . . . 4 »
- Las Vidas sucesivas**, por Gabriel Delanne.. . . . 1 »
- La Evolución anímica**, por el mismo.. . . . 3 »
- Vuestras fuerzas y medios para utilizarlas**, por Prentice Mulford.. . . . 2 »
- La Enfermedad de los místicos**, por V. Melcior y Farré. 3 »
- El Espiritismo en la historia de la Filosofía**, por Valeriano Cel.—Un tomo de 270 páginas en 8.º. . . . . 2 »
- El Infierno ó La Barquera del Júcar**. Leyenda medianímica, obtenida en el grupo «La Paz», de Barcelona.—Un tomo en 4.º, edición única. . . . . 2 »



# Obras publicadas

## POR LA

### REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

#### DE BARCELONA

	Ptas.
<i>Obras fundamentales del Espiritismo por Allan Kardec</i>	
<i>El Libro de los Espíritus</i> (parte filosófica); edición en 4.º	1
<i>El Libro de los Médiums</i> (parte experimental); edición en 4.º	1
<i>El Evangelio</i> , según el Espiritismo (parte moral); edición en 4.º	1
<i>El Cielo y el Infierno</i> , ó la Justicia Divina; edición en 4.º	1
<i>El Génesis</i> , los Milagros y las Predicciones; edición en 4.º	1
<i>Obras póstumas</i> ; edición en 4.º	1
<i>Las seis obras anteriores</i> ; edición en 8.º, cada título.	3
<i>¿Qué es el Espiritismo?</i>	0'50
<i>Caracteres de la Revelación Espiritista.</i>	0'25
<i>Catecismo Espiritista</i> , por Turk	0'50
<i>Celeste</i> , novela fantástica	2'25
<i>Cuadro Sinóptico</i> , sobre el problema de la unidad religiosa	0'25
<i>Dictados de Ultratumba</i> , por Manuel Navarro Murillo	1'50
<i>Devocionario Espiritista</i> , colección de oraciones escogidas (novena edición, con el retrato del autor)	1
<i>El Espiritismo es la Moral</i> (medianímica).	1'50
<i>El Espiritismo ante la Ciencia</i> , por Gabriel Delanne.	3
<i>El Fenómeno Espiritista</i> , por Gabriel Delanne	3
<i>El Alma y sus manifestaciones á través de la Historia</i> , por Eugenio Bonnemère.	3
<i>Id. id.</i> , encuadrada en tela.	4
<i>El Hipnotismo, el Magnetismo y la Mediumidad</i> , científicamente demostrados, por Arthur d'Anglemon	3
<i>El Espiritismo en la Biblia</i> , por Steki	0'50
<i>Guía Práctica del Médium curandero.</i>	1
<i>Instrucción práctica para la formación de Grupos espiritistas</i>	0'25
<i>Lecciones de Espiritismo para los niños</i>	0'25
<i>Leila</i> , ó pruebas de un Espíritu (novela espiritista), por Matilde Alonso Gainza; primera y segunda parte	3'50
<i>La Médium de las Flores</i> . Investigaciones y fenómenos del grupo «Marietta», por el Vizconde de Torres-Solanot	3
<i>Marietta</i> , páginas de dos existencias (medianímica)	2'50
<i>El Infierno ó La Barquera del Júcar</i> ; Leyenda medianímica.	2
<i>Melodía</i> , para piano y canto, dictada por el espíritu de Isern.	0'50
<i>Primer Congreso universal espiritista</i>	1
<i>Revista de Estudios Psicológicos</i> ; enciclopedia del año espiritista; 30 tomos: uno.	5
<i>Romanza</i> para piano y canto (medianímica)	0'50
<i>Sucinta idea del Espiritismo</i> (agotada)	gratis
<i>Los Espiritistas contestando á un folleto del cura de San Carlos de la Rápita.</i>	0'50
<i>Biblioteca Sócrates. Obras destinadas á facilitar la introducción al estudio del Espiritismo.</i>	
<i>La Fórmula del Espiritismo</i> , por Alverico Perón	0'40
<i>Noción del Espiritismo</i> , por Huelbes-Temprado.	0'50
<i>El Espiritismo al alcance de todos</i> , por Allan Kardec	0'30
<i>La Pluralidad de Mundos y el Dogma Cristiano</i> , por C. Flammarion.	0'50
<i>El Infinito</i> , por Alverico Perón	0'20
<i>Manual del Magnetizador práctico</i> , por Regazzoni.	0'25
<i>Miscelánea espiritista</i> , por Alverico Perón; dos tomos de muy interesante lectura.	2
<i>Lecciones de Espiritismo</i> , traducidas por Fernández-Colavida	0'25
<i>Lo que hay acerca del Espiritismo</i> , por Q. López	0'50
<i>La Nueva Doctrina</i> , por Rogerio Walt	0'40

Y además, los periódicos gratuitos *Rayo de Luz* y *Hojas de Propaganda*, cuyas colecciones se han agotado. Ayuntamiento de Madrid





# REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS DE BARCELONA

Fundada en 1869 por D. JOSÉ M.<sup>a</sup> FERNÁNDEZ-COLAVIDA

*Ex-Directores:* José M.<sup>a</sup> Fernández-Colavida. El Vizconde de Torres-Solanot. Alverico Perón (Enrique Pastor y Bedoya).—*Director:* D. MANUEL NAVARRO MURILLO.—*Secretario de la Redacción:* D. J. Antonio Almasqué.—*Bibliotecario:* D. Teodoro J. Bartolí.—*Administrador:* D. José C. Fernández.—Valiosa colaboración.—Grupo medianímico.—Clínica Hidromagnética y Homeopática.—Sección de Frenología.

Esta REVISTA se publica mensualmente y se ocupa de todo lo que está en relación con la Psicología moderna en consonancia con los adelantos de la ciencia, de las manifestaciones y enseñanzas de los Espíritus, de la moral cristiana más perfecta, de la inmortalidad del alma, de la naturaleza del hombre y su porvenir, de la historia del Espiritismo antiguo y moderno, de Magnetismo, Hipnotismo, Ciencias ocultas, etc. Exhornan sus páginas

## Ilustraciones á la autotipia

con retratos de los espiritistas más notables; fotografías de aportes, de materializaciones, etc.; vistas de monumentos espiritistas; dibujos relacionados con estudios y experiencias psíquicas etc.

Anexa á la REVISTA, se publica una selecta

## BIBLIOTECA ESPIRITISTA

de la que mensualmente se reparten cuatro pliegos correspondientes á obras doctrinales, científicas, de literatura espírita, medianímicas, etc., etc., alternando las de autores españoles con las más notables que se publiquen en el extranjero.

Suscripción á la REVISTA, 5 Ptas. al año.

Suscripción á la BIBLIOTECA, 5 Ptas.

Las dos suscripciones reunidas, 9 Ptas.—Extranjero, 15 Frs.—Pago adelantado.

Los pedidos de suscripciones y toda la correspondencia se dirigirán á la Administración:

Córtés, 209, Pral. — BARCELONA

Los giros y libranzas á la orden del Administrador

Ayuntamiento de Madrid

Se remitirán números de muestra á quien los pida.